

HELIOS

ANGEL GANIVET ❖

❖ ❖ EPISTOLARIO

Tiene la presente generación un matiz nuevo en la curiosidad, que pudiera llamarse engolosinamiento psicológico. Browning pudo decir á sus contemporáneos: «La única cosa digna de ser mostrada á la humanidad, es un alma de hombre.» Debemos para ser justos, decir de los nuestros: «Lo que más apetece conocer el hombre es un alma humana,» localizando y retrotrayendo á regiones de espíritu la antigua frase: «Nunca el hombre ve al hombre sin placer.»

De aquí que, inconscientes despreciadores de los hechos, al cabo fenómenos reflejos y no otra cosa, busquemos con avidez el hogar donde se fraguaron; y saltando por cima de las obras escudriñemos minuciosos el alma del autor. Por eso, una correspondencia que dice intimidades, nos seduce y cautiva. Hoy ofrecemos los primeros fragmentos de un incomparable epistolario. Llámase el que escribió Angel Ganivet, y son sus cartas soliloquios del alma al alma,

aún más que mensajes al alma del amigo, con ser tan honda la amistad que las hizo escribir.

Ganivet ha sido un precursor: nosotros, los recién llegados á justas de belleza, debemos no poco á la impulsión, luminosa por meridional, serena y firme por virtud de alto intelectualismo de aquel que compuso Granada la bella. A la hora de nuestro nacimiento al mundo del pensar, llegó su muerte, trágica dos veces, por lejana, por brumosa. Fué una lección amarga de la vida, como despertar de tanto y tanto ensueño. El pensador ensoñador buscó en el morir refugio contra el tedio de la vida. Aquel alma que radiante juzgábamos, andaba en amistades con la negra tristeza. Miserable cosa es la vida, ya que no basta el trato con lo bello para endulzar lo amargo del vivir.

Un su muy noble amigo, Francisco Navarro Ledesma, poseedor de la más rica colección de sus cartas, descubre á nosotros la intimidad del que murió: y con la publicación de este Epistolario que hoy comienza, rendimos al espíritu selecto de Angel Ganivet el más digno homenaje que está en nuestro poder ofrendar: porque lo más alto que cabe decir de un hombre que pensó como grande, es dejarle que por sí mismo diga.

19 de Febrero de 1894.

ESTOY deseando leer *La de San Quintín*, para que se me vayan ciertas dudas que tengo. No conozco más que tu opinión, la de Bofill, que me pareció mal intencionada, y las de A..... y L....., que no salen de los modestos límites de la gacetilla. La duda principal que tengo está en un punto: en la manera de marcar la tendencia socialista que parece contener la obra. Las teorías políticas en que el nuevo estado llano entra como principal ingrediente, son susceptibles de dos aspectos, que pudieran llamarse popular y aristocrático, ó noble y vulgar. A cualquiera se le alcanza que el socialismo, que predica la mayor parte de los políticos de oficio, que han tomado la nueva dirección, es un mercantilismo tan grosero, si no más, que el que hoy disfrutamos. Toda transacción en este sentido me parece mala, porque despertar deseos de reivindicación para sustituir simplemente las personas, no el sistema, es un revolucionarismo de clase que no resuelve nada, porque hace falta todo lo contrario: romper con esa tradición que nos presenta, en *turno pacífico*, el gobierno de ciertos grupos explotadores en esta ó en aquella forma, hoy aristócratas, mañana mercachifles, pasado quizás *las masas*. No es que yo crea que Galdós sea capaz de adular los sentimientos vulgares; pero sí creo que al suscitar un tema (no digo tesis) como el del cruce de *elementos* (aquí de Torquemada), para indicar una especie de orientación en este tejemaneje de intereses encontrados, convendrá «poner los puntos sobre las *ies*». Puede producir mucho bien ese enlace final de lo viejo y de lo novísimo, para que la gente se acostumbre á ver juntas ciertas cosas que parecen estar sepa-

radas por abismos. Poner al lado del noble aristócrata el obrero noble, aunque tenga ciertas deficiencias de detalle en su partida de bautismo, es de excelente efecto. Mas el ennoblecimiento del obrero no debe ser, á mi juicio, materialista, científico, ni el fin la lucha por la vida, á estilo norteamericano. Cabe en las sociedades, como en las personas, una organización estática y otra dinámica: vivir sin apresuramientos, sin excitación por grandezas de oropel ó progresos indefinidos, sin trabajar á lo burro ó á lo Zola, por *devenir* ó *parvenir*, algo puramente ficticio y pasajero. El mundo convento y no el mundo locomotora. Cualquier persona que no esté aturdida por el vaivén de los acontecimientos, por la *fiebre del día*, prefiere, no ya la calma relativa, sino el estado de nirvanhí, á esos trotes brutales en pro del garbanzo. Se comprende que el curso de teología búdica que Rosny da en la Sorbona tenga muchedumbre de oyentes, y aun que la doctrina tenga no pocos sectarios. Todo el que mire con alguna benevolencia las cosas humanas, debe inspirarse en este alto sentido de paz y recomendar á sus semejantes que paren un poco los pies y, cuando menos, den tiempo á que las ideas arraiguen un poco, pues con este trasiego incesante en que todas van pasando de largo y dejando sólo impresiones vagas, surge un estado de sobreexcitación, de locura general, de donde no puede salir nada bueno. Dos profundos errores han traído estos tiempos desastrosos, dos errores en uno solo, el deseo de unificar y centralizar: la creación de las grandes nacionalidades y la exaltación de la competencia. Tú recordabas días atrás los tiempos felices de Grecia, cuando aun no había aparecido la idea estúpida de ahogar la vida de las ciudades con lazos de unión política, que es una especie de confraternidad en que todos se abrazan para... reventarse. Ha habido otro momento semejante á aquel: el Renacimiento italiano, preferible, hay que decirlo, con sus luchas menudas, á la unidad nacional con que hoy se divierten nuestros vecinos del Mediterráneo. En Grecia como en Italia, cuando carecían de «superior expresión

política», se dió el caso, rarísimo en la Historia, de vivir el arte en medio de la calle, respirado por todo el mundo con la misma avidez con que hoy se respira la atmósfera de *negocios* que nos rodea. Ciertamente aquello era más hermoso que esto, pues aun en el punto débil, que fué y es el de combatir unos con otros, ya por pasiones, ya por intereses, entonces se combatía con más arte y se moría con más vanidad. Quizás en medio siglo de gobierno de los Borgias, á pesar de lo que se dice, no fueron asesinados tantos ciudadanos como ahora en un mes, con motivo de las huelgas, de los escapes de gas *grisou* ó de los choques de trenes. Urge, pues, volver pies atrás en la forma en que esto es posible: no pidiendo que se cambie el orden de los acontecimientos, sino el tablado en que éstos se realizan: oponer á todas las ideas de engrandecimiento nacional, de unificación, de asimilación, la de individualismo radical, ya que no sea prudente decir anárquico. Es evidente que si yo vengo á Flandes pierdo el tiempo lastimosamente, puesto que no por venir aquí seré flamenco, aunque perderé mucho de españolismo. Aunque pudiese llegar á aclimatarme del todo, no cambiaría el orden de los factores, puesto que siempre resultaría que, para ser flamenco, había yo tardado una porción de tiempo, siendo así que los indígenas lo son por el hecho de nacer. La vida internacional y los seres internacionales no suelen ser ni carne ni pescado, y algo de esto ocurre en las naciones artificiales; en Alemania, al espíritu alemán diseminado antes por los pequeños Estados, ha sustituido el espíritu autoritario, militar y mercantil, pudiendo decirse que en el punto y hora en que nacía el Imperio moría su madre, esto es, Alemania, opinión que no es inventada por gente extraña, sino profesada por espíritus eminentes de dicha nación, como Spielhagen, que ha dedicado á defenderla casi todas sus novelas. Me acuerdo de dos en este momento: *Sturmfluth* (*Inundación*) y *Der neuer Pharao* (*El nuevo Faraón*). En la primera presenta con cierto sentido apocalíptico la inundación de oro (de los dos millares extraídos á Fran-

cia) y la terrible inundación que por entonces hubo en las costas del S. O. En la segunda sostiene vigorosamente que, así como Faraón no conoció á José, Bismarck no ha conocido al pueblo alemán, y queriendo levantarlo, ha hecho todo lo posible por destruirlo, sustituyendo la inmensa variedad de la vida en los pequeños Estados por la vida uniforme, imperial y cuartelera, y el idealismo pacífico por el materialismo febril que ha producido al momento ese ejército formidable de socialistas, que en el fondo no son más que aspirantes á ricos ó víctimas de la seducción militar, no en el sentido de amar el ejército, sino en el de sentirse atraídos por la organización marcial. Como hay un millón de hombres armados y viviendo á expensas de la nación, bien pudiera haber cuarenta millones, la nación, viviendo sobre sí misma (*In Reih und Glied*), en filas ó hileras, según dice el mismo Spielhagen en otra obra que lleva este título. Este socialismo es el que á mí me repugna, tanto como el individualismo feroz de los que luchan por la materia. ¿Qué espíritu podría desarrollarse en una sociedad tirada á cordel, sometida á una promiscuidad íntima, cuando la sola unión constitucional nos ha traído adonde vamos? El cosmopolitismo del hombre es, como el de los animales y las plantas, un hecho que, por posible que sea, no llega á ser conveniente. Como la planta en su clima propio, el hombre en su medio vive naturalmente, y cuando llega la hora de que exprese algo bueno, lo expresa con naturalidad y espontaneidad, condiciones indispensables de la gran creación. Cuando la comunidad se extiende demasiado y se sustituye á la vida natural la vida racional, si aparentemente se eleva el nivel de la inteligencia, dando una *cierta alteza* de miras y un cierto barniz mundano, en verdad se falsea el carácter y se da principio á todo género de artificios y extravagancias, á todos los decadentismos, que no son más que formas en que se manifiesta la incomodidad psicológica, degeneraciones análogas á las de las plantas criadas en invernaderos, ó á las de esas bestias feroces que dan horror en el desierto y

causan risa en los circos de Europa. No se puede dar un paso sin encontrar cien ejemplos de lo que te digo. Ahora me ha caído en las manos un recorte de los que me envías, y leo en una de las crónicas de Kasabal que Castelar ofreció enviar á doña Emilia un libro de M. Sabatier sobre San Francisco de Asís, y doña Emilia contestó: «Sí, envíemelo y escribiré sobre él un artículo.» Esta buena señora, que podía haberse quedado en Marineda vulgarizando los conocimientos modernos entre sus paisanos, y acaso influyendo en el resto de España, ha creído, como creen todos, que hay que vivir en la corte y jugar al cortesano, que había que colocarse en medio del foco intelectual de la nación y ser una de sus moléculas más activas. De donde esas ansias de trabajar á destajo, ese flujo de echar á perder cuanto lee, por medio de adaptaciones industriales. Un día le mete mano á Coppée, otro á Tolstoi, otro á Gautier y siempre para estropearlos; y lo que es peor, no por incapacidad, sino por falta de tiempo, por andar en la procesión, sin dejar por eso el repique. Yo comprendo que hagan mucho en Madrid los que comprenden la vida madrileña, Galdós el primero. Pero, ¿qué hizo Zorrilla y qué haría Pereda ó Verdaguer, estos dos regionalistas duros de pelar, como aquél regionalista á su modo, puesto que vivía en una región separada de la nuestra por unos cuantos siglos? Siendo tan pocos los que en España pasan de la marca, se nota que aun de estos la mayor parte no hacen la mitad de lo que pudieran, por falta de ambiente propio. De aquí la urgencia de re'ajar los tan funestos vínculos sociales, que desde principios de siglo se han ido amarrando y estrechando con auxilio de los ferrocarriles. Hace cuarenta años ó cincuenta que en Granada había ciertos núcleos intelectuales con jugo propio y abundante, de donde se desprendieron, por tandas, hombres de' pro como Fernández y González, Alarcón, Valera, Castro y Serrano. Lo mismo ocurría en otras partes. Había como criaderos, hoyas donde se preparaban, entre muchas plantas destinadas á perecer por falta de suelo, otras que, una vez suficientemente robustas, eran

transplantadas á otro terreno más fuerte, donde acababan de desarrollarse y daban de sí lo mejor. Estos pequeños viveros han sido siempre convenientísimos, necesarios para la vida no sólo artística, sino científica y práctica, pues en los grandes centros se estropean casi siempre por exceso de nutrición y falta de tiempo para digerir. Hoy todos los gurripatos (y yo el primero) que acaban la carrera, levantan el vuelo asqueados por la vida local y se plantifican en la *metrópoli* (!), donde alguno, quizás el más duro é inútil, resiste la aclimatación, pero donde los más débiles se adocenán y se convierten en seres anónimos y mueren adheridos á algún cargo de oposición ó libre elección. ¡Abajo, pues, esta centralización, que convierte en ridiculez el provincianismo! Como el ideal de hoy es ensanchar la nación á costa de Portugal ó de Marruecos, sea el ideal de mañana crear en cada ciudad la polis autónoma, donde los ciudadanos puedan vivir en familia, quien sabe si paseando en mangas de camisa, filosofando bajo la dirección de algún Aristóte es. Conseguido esto, vendrán por añadidura la calma y el desinterés. En este régimen federativo es fácil la implantación de un socialismo práctico, porque sin necesidad de reglamentos, por la acción personal mutua, se puede establecer el medio único radical de resolver el problema social, la sopa boba, repartida á quienes no pudiendo trabajar, se contentan con que se les asegure la alimentación. En un pueblo, donde existe la seguridad de comer todos los días poco ó mucho, habrá, es cierto, holgazanes, pero no habrá dinamiteros; habrá quien viva sin pensar, pero habrá quien dedique á pensar todo su tiempo, sin bajas preocupaciones. Este socialismo anárquico-nirvánico es el mío; este es mi credo filosófico, político, económico, familiar y religioso. Esto no será del gusto de las clases mercantiles é industriales, y parecerá una blasfemia á los progresistas de la materia, pero es lo humano y aun lo divino, pues yo creo que si existiese un Dios pensante á quien le preocupasen nuestras cosas y que viera la sucesión de los acontecimientos desde la altura, encontraría

más noble y digno ese reposo chinesco de quien no se apresura por nada, que esta actividad estúpida con que corremos incesantemente, para no ir á ninguna parte.

19 de Mayo de 1894.

MI último devaneo amoroso fué con una flamenca monumentalmente hermosísima, y, sin embargo, toda la historia se quedó en los preliminares, pues en el momento álgido me ocurrió lo que á las personas de estómago delicado cuando ven una mosca ó un cabello así sea en el plato más apetecible del mundo. Me reintegré en mis *hábitos* y alcé el vuelo. Este asco de la materia se me ha desarrollado gradualmente y explica mis nuevos rumbos culinarios. Desde hace tiempo me limito, siempre que es posible, á los preámbulos, á las suertes de adorno; pero, como toro con resabios, cuando me citan á la suerte me escupo. Busco el bulto y no lo encuentro, porque para encontrar el bulto á las mujeres hay que dedicarlas demasiado tiempo y exponerse á recibir una estocada. He llegado á convencerme de que para amar hay que descender, en la escala de la civilización, desde la más encopetada, que es la más adulterada y corrompida, á la más zafia y bruta, que es la más natural; y esto no para pararse ahí, sino para adquirir el convencimiento de que lo natural es *objetivamente* insuficiente para inspirar por sí un noble sentimiento (qué *armonía!*). Delante de la hija de Eva que tira coces y huele y no á ámbar, no queda más vía libre que la del hidalgo manchego ante la moza tobosina: tomar de ella la *idea de sexo* nada más (el olor, como quien dice) y construir sobre este pequeño cimiento un castillo imaginario que llegue hasta donde se pueda. Dentro de ese castillo es donde únicamente puede habitar la señora de nuestros pensamientos, la que nos inspire un amor que sea algo distinto del usual y corriente entre los animales. ¿No es esto preferible á buscar objetivamente un ideal y creer que se

encontró en una mujer perfeccionada? Este género de hembras no es, en substancia, distinto del salvaje, pero tiene la contra de dar una falsa idea de las cosas. Aquí asoma una cuestión morrocotuda, de la que ya te he hablado mil veces. La civilización trae el rebajamiento, y el caso particular este de las mujeres nos lo patentiza. Cuando la realidad es demasiado grosera, no hay más recurso que embrutecerse ó idealizarse; cuando la realidad tiene apariencias hermosas, se toma el término medio de prostituirse, confundiendo la idealidad pura con ciertos refinamientos materiales. Se dice que ya no se crean figuras imaginarias, porque el arte debe ser más ó menos realista, y lo que realmente ocurre es que ya nadie siente deseo de idealizar, porque encuentra en el mundo ficciones que le entretienen. Yo comprendo á Heine y á Goethe, y aun á todo el que se haya conformado en disfrutar á todo pasto cualquier distinguida cocinera. Lejos de ver aquí una depravación, veo una sublime depuración del buen gusto, un conocimiento acabado de la perspectiva. Viviendo con un monstrenco realizaríamos el ideal estóico: degradarnos materialmente, pero regenerar nuestro espíritu, desembarazándolo de ligaduras que le entorpecen. Más vale pájaro en mano que buitre volando, dirá un positivista; más vale una mujer espiritual que todas las que podamos crear imaginativamente. Esto es razonable hasta el punto de que, establecido como sistema, desaparecerían casi todas las figuras femeninas que el arte ha creado; quedarían sólo las decadentes, las coetáneas de Ovidio y de Clovis-Hugues. Y no es lo peor que desaparecieran las mujeres, sino que con ellas se irá todo lo demás; porque aunque protestes tú, que crees que se ha exagerado la parte del amor en las artes, hay que reconocer que, yéndose Dulcinea, nos quedamos sin Don Quijote.

30 de Marzo de 1894.

AUNQUE esté tan atareado, no me falta tiempo para ingerirme tus remesas: anoche me tiré al colete la última, que es, como todas las anteriores, una demostración clarísima de que la causa de la podredumbre actual está en el egoísmo *sui generis* de nuestro tiempo. La idea predominante es la de *exhibirse*, para lo cual *El Liberal* ofrece hoy dos catalinetas y un tablado. La primera está reservada á los genios, á los Plutarcos; la segunda á los genios fragmentarios, que son los de los *cuentos propios*: el tablado deja libre la entrada á todo el que quiera hacer ejercicios de dislocación ante el público, y contar de paso las majaderías que lleva hechas desde que tomaba la papilla. No tardará mucho en abrirse un escenario más grande donde quepan todos los que saben leer y escribir con más ó menos corrección, y así cada ciudadano podrá disfrutar del inefable placer de hacerse tragar de los prójimos unas cuantas horas. Que el diablo me lleve si todo eso no está arreglado como de perilla para que brote una crisis de misantropía que habrá de terminar á tiro seco ó por defunción espontánea de todo el que coja un periódico en sus manos. El egoísmo es cosa de siempre, pero sus formas eran antes inofensivas; el egoísmo del creyente podrá ser desagradable, pero, al fin y al cabo, quien se limita á aspirar á la bienaventuranza, pasándose cosas y personas de aquí abajo por debajo de la pata, no perjudica á nadie; el egoísmo de bajo vuelo, que consiste en arrimar el ascua á la propia sardina, es fácil de combatir: con saber que no hay que esperar nada de nadie y que hay que velar porque no nos quiten lo nuestro, estamos al cabo de la calle. Si, á pesar de nuestros cuidados, nos despojan con habilidad ó con violencia, nos queda el derecho á la recíproca. Este egoísmo, que es el que combaten los socialistas, no trae consigo males inmediatos, pues la caridad humanitaria ó de relumbrón le sirve de contrapeso y queda, en último término, el robo, que

es, cuando la medicina no alcanza, el remedio quirúrgico con que se extrae el pan nuestro de cada día. Pero el egoísmo tremendo, que lleva en sí el Apocalipsis de nuestro mundo, es el egoísmo aspirante-impelente (como cierta clase de bombas), que consiste en exagerar el individualismo, lo cual no es malo, y en negar las individualidades que están fuera de cada *quisque*, lo cual es el colmo del absurdo, algo como si los satélites quisieran ser astros mayores, destruyendo previamente los planetas y soles á cuyo alrededor van girando. Que este es un mal francés, como *el otro*, se demuestra con sólo fijarse en que el género de manifestación viene de Francia, ese literaturismo volteriano de tres al cuarto que habrás notado en mil escritores (por ejemplo, en los artículos que ahora publica Bernard Lazare). Basta leer el artículo de Blasco, que podría titularse *Pax... á los bobos*, para ver de qué linda manera se agrupan todas las nulidades, con exclusión sistemática de los que valen algo; llega una medianía á Madrid, se ve adulada por otras varias medianías, y da gusto ver cómo todos se ponen de acuerdo para reconocerse grandes y darse el *ósculo* de paz. Después cada mochuelo toma su olivo, pensando para sí cómo ha dado el pego á los otros, haciéndoles creer benévola-mente que creía en ellos, cuando en su fuero interno sabe perfectamente que allí el único guapo era *él*. ¿Qué signo más claro de decadencia que ese descenso general de las tallas? Confundida la gloria con la celebridad, ésta con la fama, ésta con la notoriedad y ésta con una columna de periódico, esto es, confundida la esencia con la apariencia (no ya sólo alteradas las leyes de la perspectiva), no hay nadie que no pueda aspirar legítimamente á la gloria, y como ésta no se consigue por los medios ordinarios con que se conquista el pan, hay que hacer algo raro. Quien sale á la escena para servir él mismo de espectáculo, contando sin pudor sus miserias íntimas; quien fabrica una bomba *á renversement*, que viene á ser poco más ó menos lo mismo. Yo creo que de buena gana perdonaríamos todos los egoísmos imagina-

bles, incluso el del usurero que nos despojara, antes que tragar este de última hora, este egoísmo agresivo que aplica tan en grande el sistema de Mendaña, aquel portero cesante de tiempos de González Bravo, que hizo poner á éste la famosa nota: «Aviso al ministro que me suceda que, si quiere vivir tranquilo, no toque á Mendaña.» Si esto pasaba con uno solo, ¿qué no ha de pasar hoy, en que no se puede dar un paso sin que alguien le espete á uno su hoja de méritos y servicios? Es una invención de la prensa, pero parece de Lucifer esta, que consiste en colocarse por encima de los demás y hacerles después tragar, para colmo de desprecio, la propia personilla. Y luego hay quien se rompe los cascos para explicar por qué, si existe un Dios, hubo de hacer el mundo. Si cualquier poseído de hoy, cualquier Dios en germen, de los infinitos que hoy rompen el cascarón á nuestra vista, considera imposible la existencia si no se ve inmediatamente rodeado de admiradores, es natural que eso mismo le ocurra, en grado infinito, á un dios de verdad. La idea de Dios es una idea de centralización; un hombre no es dios hasta que se siente centro de algo: los dioses paganos eran jefes de pandilla; el diablo es un dios solitario si hay un Dios único, centro de todo, ese Dios ha sentido inmediatamente la necesidad de crear algo que le glorifique y alguien que le admire: el espectáculo y el espectador. Yo creo, sin embargo, que esa idea de Dios fué un medio de que se valieron los hombres, que siempre se odiaron cordialmente, para llenar los huecos de su ignorancia y para tener una autoridad á quien respetar y adorar fuera de ellos mismos. La primera autoridad no ha podido ser digerida sin envolverse en ciertas fórmulas, y el primer jefe se ha contentado con ser un mandatario divino. Pero, aun siendo falso, es muy conveniente ese ídolo, como punto donde alguna vez se reunían las miradas de los hombres. Las sociedades árabes se sostienen hoy más fuertes de lo que parecen, bajo su aspecto un poco anticuado, porque tienen siquiera un lazo de unión: en la mañana, todos los hombres libres y esclavos, todas

las mujeres y todos los niños miran hacia Oriente y hacen cuatro zalemas. Así se comprende que los tratantes árabes impongan la religión mahometana con facilidad en todas las tribus negras de Africa, mientras que las misiones de este ó de aquel matiz pierden el tiempo. En las grandes cosas hay que aplicar los medios simples. Con mirar todos á la misma hora en la misma dirección y hacer cuatro reverencias, está conseguida la idea de unión, de solidaridad; la impresión religiosa se desarrollará gradualmente. Si nosotros tuviésemos un punto adonde mirar todos á la vez, estábamos al cabo de la calle; pero ese punto, que antes habíamos convenido en ponerlo arriba, ahora queremos que esté abajo y dentro de nosotros; cada cual quiere ser el punto adonde se mira, y nadie quiere fijarse en los demás; con lo cual los unos se marean y los otros cierran los ojos para no marearse, y los que conservan un poco más firme la cabeza, sienten deseos de hacer una barrabasada. Hoy sólo se sostienen los pueblos civilizados por la unión de los apetitos; al fin, por mucho que se discuta sobre el particular, sirve de relativo consuelo saber que todos tenemos estómago y estamos expuestos á pasar hambre. De suerte que el día que se suelte ese último nudo, y parece que se soltará pronto ó lo cortarán por lo menos, ya podemos prevenirnos los que no estemos demasiado mal de carnes. Nos asarán vivos.



MANUEL MACHADO

❖ ❖ ❖ POESÍAS ❖ ❖

PUENTE-GENIL

*De celeste y blanco,
viste el pueblecillo...
de blanco y celeste.
Y es viejo á lo nob'e,
joven á lo alegre
con sus dos colores
de blanco y celeste.*

*De árabe pasado
su sabor no pierde,
pero es hace siglos
cristiano ferviente...*

*Ora, rie, canta,
de blanco y celeste.*

*En él no hay más negro
que ojos de mujeres
y rizos de ébano
sobre blancas sienes,
lo demás, hermanos,
es blanco y celeste.*

*Viva luz lo inunda,
y, cuando al poniente
llega el sol, perfuma*

*el aire... Y parece
como que un cariño
flota en el ambiente.*

*Lleno de poesía
y de pena alegre,
dejadme que llore
que cante y que rece...
porque aquí las horas
no sé lo que tienen
que invaden el alma
de blanco y celeste.*

LA MODELO (Madrigal)

*Una tarde impresionista
en el taller de un artista
ví á Mimi debil y rubia
desnuda bajo la lluvia
de su cabello de oro,
que era todo su tesoro...*

*..Desnuda bajo la onda
de su cabellera blonda
en el ambiente violeta...
y Leandre en su paleta
buscaba en vano aquel oro
..que era todo su tesoro.*

SERÉNADE

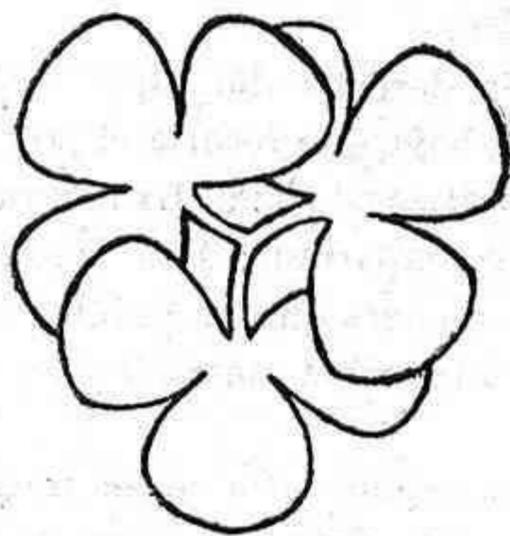
Qué te importa!...

*Pero en medio
de la noche silenciosa,
cuando duermes, niña hermosa,
á las horas sin remedio
en que se nace y se muere,
un paso único hiere
sobresaltado tu oído...
Pasa, se pierde, se aleja*

*en la noche ó en la nada,
y en tu sien ó en tu almohada
un vago latido deja...*

Qué te importa!...

*Pero al verme
pálido, pálido, un día
se ha asomado el alma mía
al alma tuya que duerme.
Y del misterioso imperio
de los sueños, ha surgido
otra vez aquel latido
que conmovió tu almohada...
Y me ha dicho tu mirada,
—luz de luna que riela
sobre agua clara—que acaso
sabes que es mío ese paso
único que te desvela.*



FRANCISCO ACEBAL

❖ MISERICORDIA ❖

❖ ❖ ❖ ❖ DRAMA

... PERSONAS ...

GERARDO, cura de aldea, rostro de hombre sano, vigoroso; aire místico.

MERCEDES, mujer de mundo, viste con refinada elegancia, abrigo, sombrero y traje de viaje.

RAMONA, ama del cura, entrada en años.
MUCHACHOS del lugar.

MOZOS Y MOZAS, del pueblo que vestirán trajes de lugareños serranos: paño pardo, calzon corto, medias, faja y chaleco azules, gorra de piel, abarca de cáñamo. El mujerío vestirá falda de estameña, franjeada con listones de vivos colores, dengue rameado, mangas blancas.

ACTO ÚNICO

Un jardín sencillo, poético, virginal. Cipreses, hileras de macetas floridas, grupos de malvas reales, altas, espigadas y cuajadas de flor, setos de laurel y de mirto. Impresión de frescura primaveral.

En el fondo, á la derecha del espectador, un cuerpo de edificio, de planta baja, que recorta el jardín: la casa rectoral, humilde, blanca; zócalo azul. La rectoral tendrá á la derecha una puerta emparrada; á la izquierda, una ventana grande y baja, de manera que el público vea fácilmente el interior. Es este una celda humilde con una cama en el fondo.

A la derecha, en primer término, el muro de la iglesia, un muro viejo, con ye-ira; algún ventanuco gótico y una puercecita.

A la izquierda, la tapia del jardín y el portón; una tapia muy blanca, con madreselvas.

En el fondo, la mitad no ocupada por la rectoral, sigue la tapia.

En primer término un banco rústico entre matorral florido. Más al fondo un pozo con polea.

Empieza el crepúsculo; muy lento.

ESCENA PRIMERA

GERARDO, DESPUÉS RAMONA.

Desde antes de levantarse el telón se oye un coro de niños que cantan dentro de la iglesia un canto religioso acompañados de harmonium. Gerardo, sentado en el banco, reza en su breviario. Luego cierra el libro y escucha el coro con arrobamiento; de sus labios se escapan admiraciones inconscientes.

GERARDO.—Bien, muy bien, hijos míos.

RAMONA.—*(Sale de la rectoral con unas sábanas dobladas.)* ¡Señor, señor!... ¡Ah! Como siempre... en el cielo. *(Tocándole en el hombro.)* Señor, baje, baje á la tierra.

G.—¿Eres tú, Ramona?

R.—Sí, Ramona, que anda azacanada; Ramona, que ya no puede...

G.—¿Oyes? ¿oyes? Parecen ángeles.

R.—*(Con tono burlón.)* Angeles... ángeles. Granujas de la calle.

G.—¡Ramona!

R.—Granujas. Ayer, en un momento que salí á la huerta por unas coles, se metieron ahí y me robaron las manzanas que puse al fuego.

G.—¿Te robaron las manzanas que pusiste al fuego?...

R.—¡Ladronzuelos!

G.—Escucha... es un coro celestial.

R.—¡Música, música! El señor obispo, en cuanto llegue, lo que menos pedirá son coros celestiales. Desde Robleda á Serranillos, ocho leguas; vendrá rendido, con hambre, con sueño; el señor obispo querrá cenar, querrá dormir, y si Ramona no estuviese en todo, ni tendría cena, ni tendría cama.

G.—¿Qué dices, mujer? ¿Qué estás diciendo?... ¡Ah, sí! Quisiera presentarle sumiso y obediente el rebaño que yo pastoreo.

R.—Señor: qué rebaños ni qué borregos... Vaya, vaya, á lo que vine. Con lo que yo tengo que hacer y el señor obispo que entrará pueblo arri-

ba de un momento á otro. Mire, santo varón, mire bien estas sábanas. (*Desplegándolas ante él.*) No son de las más finas, pero, mire, son de las menos remendadas. Estas le pondré.

G.—Ponle las que quieras... El coro es hermoso, ¿verdad, Ramona?... Sí, sí, ponle las que quieras.

R.—El arroz ya está en punto; el año pasado le gustó tanto, tanto... ¿Se acuerda, señor? Un plato así, y aun repitió, y después me dijo: ¡Muy bien, Ramona; una paella excelente! ¡Y pensar que es el señor obispo!... Para después del arroz preparé las gallinas. Yo hubiera querido echar una miaja de jamón, pero usted se empeñó en mandarle lo que nos quedaba á la mujer de Revulgo, que es una holgazana...

G.—Hija de Dios, como tú.

R.—Cuanto más zánganos, más hijos de Dios. (*Oyese un reloj.*) ¡Las siete! Y según anunció el propio para las ocho estará aquí. Vaya, vaya... Jesús, Jesús (*Vase hacia la rectoral y vuelve de repente.*) ¡Ah! Tuve que pedir una botellita de Valdepeñas al Sr. Andrés... ¡Ah! El arroz tendré que sacarlo en la cazuela. Ya se lo advertí, señor, ya se lo dije á tiempo; pero como usted no vive en la tierra. (*Vase; entra en la rectoral y luego se la ve en el interior preparar la cama. Cesa el coro. Gerardo se sienta pensativo. Pausa. Oyese una voz que entona lejos una copla serrana.*)

G.—Es tarde ya. (*A la puerta de la iglesia.*) ¡Muchachos! Juan Antonio, déjalos ya. Abajo, todos abajo.

(*Entran en pelotón los muchachos del pueblo.*)
Muchachos.—¡Padre Gerardo, Padre Gerardo!

G.—A las eras, muchachos... tú, Nolasco y tú, Joselico, arriba, á las campanas. Que estéis atentos y en cuanto veáis carretera adelante la polvareda del coche repicáis con alma. Y vosotros, muchachos, en cuanto suene la primera campanada, al coro.

(*Dos muchachos entran otra vez por la puerta de la iglesia. Los demás van hacia la puerta del*

jardín con algazara. Antes de llegar á ella óyese fuera vocerío lejano. Todos escuchan.)

G.—¡Alto! Ya está aquí el señor obispo.

(La gritería óyese más intensa, más cercana. Voces de ¡muera!)

G.—¿Qué gritan?... ¡Abrid la puerta!

R.—*(Sale de la rectoral, asustada).* ¡Padre Gerardo!

(Antes que los muchachos abran, empujan violentamente de fuera y ábrese con estrépito la puerta. Mercedes entra agitada y se dirige rápidamente hacia Gerardo, acogiéndose á él, echándole los brazos al cuello.)

ESCENA II

DICHOS.—MERCEDES, PUEBLO.

M.—Ampáreme usted. Quieren matarme.

G.—¿Quién eres tú?

M.—*(Dejándose caer á sus pies de rodillas.)*
Mercedes.

G.—¡Ah! Mercedes.

(Entran en tropel hombres del pueblo y algunas mujeres, amenazantes, descompuestos.)

Pueblo.—¡Es la ramera! ¡Es la ramera!

G.—¿Qué tumulto es este?

Pueblo.—¡Mercedona! ¡Mercedona! ¡Es ramera!

G.—*(Arrogante, altivo.)* ¡Silencio!

Pueblo.—Es ramera, Padre Gerardo, es ramera.

G.—*(Encarando al pueblo.)* ¡Fuera de aquí, gentuza miserable! ¡Fuera de mi casa!

Pueblo.—*(Murmurando entre sí.)* La ampara. La socorre. *Miá tú, el pae Gerardo. Miá tú, el santo.*

G.—Yo la amparo.

Pueblo.—¡Muera! ¡Arrastrarla!

G.—*(Radiante, dominador.)* Abro mi casa á los pecadores, no á los que vienen á pecar en ella. ¡Fuera de aquí, canalla indómita! *(Avanzando ha-*

cia el pueblo, en medio del jardín.) ¿De qué me sirvió á mí predicaros allí dentro, un día y otro día, misericordia; caridad, la caridad de Cristo? *(Pausa.)* Escucha, pueblo empedernido: Si yo hablase las lenguas de los ángeles y de los hombres y me faltase la caridad, sería como bronce que suena ó como campana que tañe... ¿Me entendéis?... Si tuviese toda la fe necesaria para hacer que mudasen de lugar los montes y me faltase la caridad, nada sería... ¿Seguís entendiendo?... Si entregase mi cuerpo á las llamas y me faltase la caridad, de nada me aprovecharía... porque lo que hay de permanente son tres cosas; y no yo, Pablo lo dice; tres cosas: fe, esperanza y caridad, y la más noble de las tres, la caridad... ¡Largo de aquí! Cualquiera que tiene odio á su hermano es homicida. ¿Oísteis? Homicida. Si esta mujer es ramera, vosotros sois homicidas.

(El pueblo va retrocediendo y saliendo á medida que habla Gerardo. Sólo queda en el jardín un grupo de mozos.)

G.—*(Apartándose á un lado presenta ante el grupo á Mercedes que se halla al otro extremo del jardín, arrodillada, llorosa.)* ¡Meted las manos en vuestros pechos, á ver, jayanes, á ver quien tira la primera piedra!

(Los mozos retroceden y se retiran murmurando entre sí. Después, Gerardo va hacia la puerta y la cierra y atranca. Volviéndose hacia Ramona, que habrá permanecido durante toda la escena anterior en un rincón, amedrentada.)

G.—Déjanos solos.

R.—Es la mujer mala.

G.—Es hija de Dios.

R.—Cuanto más bribona, más hija de Dios.

ESCENA III

GERARDO.—MERCEDES.

G.—Levántate, Mercedes.

M.—Padre Gerardo. *(Sentándose en el banco rústico.)*

G.—Llora mujer, que te redima el llanto.

M.—¡Hace tanto tiempo que no sé lo que son lágrimas!

G.—Llora y dime: ¿qué viento te arrastró a esta casa?

M.—Estoy enferma. Vengo a morir.

G.—(Con tono agrio.) ¿Tú... morir aquí?

M.—(Levantándose.) ¡Ah!... Me marcharé si molesto.

G.—(Haciéndola sentarse.) Siéntate, siéntate. Aquí nadie, nadie molesta... (Levantando la mirada al cielo.) ¡Señor, Señor!

M.—Es usted un ángel, y yo... lo que esa gente decía: una ramera.

G.—Todos somos pecadores. (Sentándose a su lado.) Mercedes, háblame, dime a qué vienes, háblame cuanto apetezcas, háblame con verdad, yo te escucharé con misericordia.

M.—Vine a morir al lado de mis padres; pero al verme entrar me despidieron, me arrojaron de su casa.

G.—Tú los abofeteaste primero.

M.—Soy ya una moribunda que pide de limosna un poco de piedad, de compasión. ¡Misericordia, Padre, misericordia!

G.—Sigue, sigue, hermana.

M.—Gracias... Es la primera vez que un hombre me llama hermana. (Se inclina sollozante de emoción y cae a los pies de Gerardo.)

G.—(Incorporándola amorosamente). Levántate, mujer. La misericordia de Dios es infinita.

(Mercedes, sentada otra vez, respira penosamente. Se desenguanta y aventa lejos los guantes en rebujo.)

G.—Tranquilízate.

M.—Me ahogo. Este es el mal que me mata.

G.—El aire serrano te dará nueva vida.

M.—¡Nueva vida!

G.—Mira alrededor; esta paz, te devolverá el aliento.

M.—Sí, qué hermoso. Deseaba volver a estos lugares, soñaba con ellos cuando en el trajín del

mundo me asaltaba la idea del descanso... Aquí descansaré, porque me muero, sé que me muero.

G.—Serénate.

M.—Y morir allá, en el mundo, era morir sóla, abandonada; me parecía tan triste como si fuese á morir en la sala de un hospital, sin un sér amante, sin una mano amiga que coger, que estrechar.

G.—¿Qué traes entonces á esta casa, tu alma ó tu cadáver?.

M.—Aquí no vengo á mentir.

G.—¿Qué tráes entonces á esta casa, tu alma para entregarla á Dios ó tu cadáver para que lo sepultemos en la tierra?

M.—¿Puedo yo ser perdonada?

G.—Del mundo, no; ya lo viste.

M.—¿Pero de usted?

G.—¿De mí?... ¡Qué importa! Mira allá arriba.

M.—Me basta con mirar aquí á mi alrededor, ver este jardín, ver esa casa, esta paz, hasta esas flores... Allá, Padre, todos los días llegaba á mis manos algún ramillete; eran flores extrañas, de aroma picante, flores retorcidas, enfermas, flores que me traían á la memoria mis flores serranas. Yo creo que en mi corazón siempre quedó algún rinconcito sano, sí, Padre, algún rinconcito sano en donde están guardadas las hojas secas de mis afectos, de mis amores.

G.—¡Afectos, amores! Todo miseria de un mundo.

M.—¡Mi mundo! ¿Lo conoce usted? Hay en él, como en el de todos, tanto malo y tanto bueno...

G.—¡Calla, calla desgraciada!

M.—Sí, Padre, sí: malo y bueno; el toque está en disfrazarlo todo, en poner máscara á lo más íntimo, á lo que más duele; trocar en sonrisa, en ademán galante un gesto de repugnancia, una mueca de dolor.

G.—¿Y conoces tú dolor más grande? ¿Conoces mayor tormento?

M.—Pues así es nuestra vida... ¡Nuestra vida! También vamos dejando en ella pedazos del al-

ma, desgarrones que duelen, y duelen más porque hemos de llorarlos en silencio. Sabemos lo que es sufrir, sabemos lo que es amar.

G.—¡Amar!

M.—Y con amor inmenso. En Viena, hace tres años, caí enferma; me llevaron á una casa de salud. No sé el tiempo que transcurrió sin conciencia de las cosas; al volver á la vida empecé á ver al lado de la cama al médico encargado de mi asistencia. Era, á primera vista, un médico vulgar, uno de tantos, uno cualquiera; pero yo sentía que conforme aquel hombre daba nuevo ser á mi ser, no era sólo salud para el cuerpo, era...

G.—¿Era?...

M.—¡Quién sabe lo que era! Conforme yo iba curando, convaleciendo, algo extraño, desconocido, cariño, afecto, brotaba en mi alma. Supe después que era un sabio, un hombre de ciencia, y desde entonces me sentí capaz de renunciar á todo, de entregarle mi fortuna para ayudar sus empresas humanitarias, de vender mis joyas, mis muebles, de entregarle mi cuerpo.

G.—¡Oh! (*Con repugnancia.*)

M.—De entregarle mi cuerpo, si era necesario un cuerpo para sus experiencias. ¡Qué hombre! Un santo.

G.—¡Mercedes!

M.—Sí, Padre, un santo. Hoy los santos son así, como él... como usted.

G.—Basta.

M.—Déjeme usted seguir. Recobré la salud y fui á casa de aquel hombre para darle las gracias... No, no. Esto es mentira. ¿A qué fui á casa de aquel hombre? No lo sé, no lo sabré nunca. Al entrar, al trasponer la verja, por el jardincillo adelante, vino á mí un enjambre de niños. ¿El doctor Kropf?, les pregunté. Es papá, papá; en el laboratorio, pase usted, me contestaron, corriendo ya sendero arriba. No vacilé, salí de allí; acurrucada en el coche lloré, lloré amargamente, y aquella misma noche tomé el tren, huí lejos, á otro país, con otros seres que fuesen de otra raza,

que hablasen otra lengua... ¡Ah!... me ahogo... me ahogo.

(Respirando penosamente cae su cabeza sobre el hombro del cura.)

G.—*(Incorporándola.)* ¡Ramona!

M.—No llame. Agua... sólo agua.

(Gerardo va al pozo y saca un balde de agua. Chirria la polea. Vierte el agua en una jarra. Se oye otra vez, más lejos, la copla serrana. Da de beber á Mercedes.)

G.—Bebe, bebe. Refresca tus labios, refresca tu alma.

M.—Gracias, gracias; usted me da la vida.

G.—Yo quisiera darte el cielo.

M.—¿Supe querer?... Otro hombre, en cambio, me ofreció su fortuna, me ofreció su nombre... ni con su fortuna, ni con su nombre. Me inspiraba repugnancia, aborrecimiento y odio. *(Jadea anhelante.)*

G.—Calma; serénate; no te fatigues.

M.—¡Qué importa! Un poco después, un poco antes, qué importa. Me parece que aún me queda algo vírgen en el corazón, en el corazón que me mata. Quisiera ahora mismo, en un minuto, contar toda mi vida.

G.—No.

M.—Sí; mi vida, mi pasado. Siento el ansia de una confesión sincera. Me parece que aún había de subirme á la cara el calor de la vergüenza.

G.—Dios te oye.

M.—Como usted se anegaba en el cielo, yo me anegaba en el mundo.

G.—No me hables más de amores mundanos. Mira cómo muere el día. Hablemos sólo del amor divino. Todas las tardes, aquí mismo, yo solo, solo con Dios, al crepúsculo, me digo: quisiera morir así, como el día... Mira, mira. Aprende.

M.—No puedo más. *(Se lleva las manos al pecho. Jadea.)* Aire. Misericordia.

G.—¡Ramona! ¡Ramona!

R.—*(Sale de la rectoral, arremangada, con delantal de cocina.)* Señor, ¿qué ocurre?

G.—Esta mujer se nos muere. Corre. A don Nicanor que venga.

R.—Jesús, Jesús; voy corriendo. (*Vase y vuelve.*) Pero si llega entre tanto...

G.—Llegue quien llegue. La caridad primero; corre, vete.

R.—Soberano Señor... El obispo... Voy corriendo.

G.—(*Cogiendo muy amorosamente las manos de Mercedes.*) Estás yerta, mujer.

M.—(*Golpeándose angustiosamente el pecho.*) Aquí, aquí.

G.—(*Desgarrando el vestido, el corsé.*) ¿Tienes frío?

M.—¡Padre Gerardo!

G.—Es la tarde, es el crepúsculo que te enfría.

M.—Sí; la tarde... el crepúsculo... el frío...

G.—Ven; te llevaré á mi cuarto: ven allá dentro. Ven á reanimarte.

M.—¡Perdón, perdón!

G.—Allá dentro, allá dentro.

M.—¡Misericordia!

G.—(*Cogiéndola en sus brazos y mirando al cielo.*) ¡Señor, Señor! Tú lo quieres, hágase tu voluntad.

(*Entra con Mercedes en la rectoral. Obscurece más. En el interior hay luz. Tiende á Mercedes en la cama. Sale á la ventana y á gritos llama á Ramona. Silencio; pausa. Vuelve hacia Mercedes; la desnuda apresurado, la cubre con las ropas de la cama.*)

RAMONA.—(*Entrando en el jardín, mira con asombro hacia la rectoral.*) ¡Soberano Señor! Esa mujer... el Padre Gerardo... ¡Soberano Señor!

G.—(*Sale de la rectoral con un brazado de ropas finas de mujer*) Toma, tíralas lejos; este aroma infesta mi cuarto.

R.—(*Recogiendo aturdida las ropas sale del jardín.*) ¡Soberano Señor!

G.—(*Mira al cielo. Aparece el lucero de la tarde. Suena un cohete lejano.*) ¡Señor, Señor, tú lo quieres, hágase tu voluntad.

(*Vuelve á su celda, al lado de Mercedes, reclinándose, casi de bruces, en la cama. Suenan más cohetes. Rompen á repicar las campanas. Los niños entran gritando en la iglesia. Detrás de ellos entra en el jardín Ramona.*)

R.—Ya está ahí el señor obispo.

(*Oyese griterío lejano que se va acercando lentamente.*)

R.—Ya llega. Padre... Padre Gerardo... Yo no entro. ¡Soberano Señor!

(*Comienzan á invadir el jardín gentes del pueblo.*)

PUEBLO.—¡Señá Ramona, el obispo!

R.—A callar, malditos.

PUEBLO.—Ya está aquí.

R.—Fuera, fuera, largo.

UN MOZO DEL PUEBLO.—¿Y Mercedona?

OTRO.—Tendránla escondía.

OTRO.—Ju, ju, ju; escondía.

R.—(*Imitando la actitud de Gerardo*). ¡Fuera de aquí, renegados!

UN MOZO.—No queremos.

OTRO.—Ahí está el obispo.

OTRO.—Señá Ramona, la que le espera á pae Gerardo.

R.—¡Malditos!

UN MOZO.—(*Señalando la ventana.*) Miradlos allí.

OTRO MOZO.—¡El pae!

OTRO.—Con ella.

OTRO.—Justo.

LOS MOZOS.—(*A los que van llegando.*) Miradlos, miradlos.

(*Suena más cerca el traqueo de cohetes. De cuando en cuando arrecia el campaneó. Entra más pueblo, que husmea la rectoral.*)

UN GRUPO DE MOZAS.—Ahí estará Mercedes.

UNA MOZA.—Yo la ví al llegar á su casa.

OTRA.—Yo la ví al llegar al pueblo.

OTRA.—Yo no la conocía.

OTRA.—¿Quién la conoce ahora?

UN MOZO (*A una moza.*)—Mira tú el santo.

LOS MOZOS (A carcajadas.)—¡El santo, el santo!

UN MOZO.—Ni oye el repique.

OTRO.—Ni oye los cohetes.

EL PUEBLO.—¡El santo, el santo!

(*Entra un tropel de gente.*)

UNA VOZ.—¡Atrás! Paso al señor obispo.

(*Silencio. El pueblo abre paso.*)

PUEBLO.—(Al obispo que entra.) Allí están; allí están los dos. Es Mercedes; Mercedonas. ¡La ramera!

R.—Soberano Señor: ¡Misericordia, misericordia!

(*El pueblo rodea al obispo. Todos miran hacia la rectoral.*)

PUEBLO.—¡La ramera, la ramera!

(*Cesa el campaneó. Gerardo se incorpora, cubre con la sábana á Mercedes y sale de la rectoral. Silencio profundo. En el interior de la iglesia rompe á cantar el coro de niños, acompañado por el harmonium. Gerardo, desde la puerta de la rectoral, pide silencio con el dedo en los labios, después señala al interior y después, con el índice al cielo. Todos caen de rodillas. Telón muy lento, oyéndose el coro hasta que acaba de caer.*)



❖ ❖ RAMON PEREZ
DE AYALA ❖ ❖ ❖ ❖
UNA AVENTURA DEL
PADRE FRANCISCO ❖

EL jardín del monasterio sonríe recatado en la penumbra tibia de la tarde otoñal. No es un jardín litúrgico, recogido y austero, á la manera del que Walhagried Strabus, ó sea el bizco, describe en su «Hortulus»: no crecen en él las plantas claustrales de piadoso simbolismo, entre las cuales hay santas hierbas de divinas virtudes curativas—la salvia, la ruda, el abrótnano, el hinojo, el lirio, la amapola, la menta, el apio silvestre, la agrimonia; la betónica y el efredo—ni las rosas exangües, castas en su blancura sin mácula, ostentan evocaciones eucarísticas. Es un parque, verde frondoso, afrodisiaco y tentador como pradera ática, poblado de rosas sangrientas—en la biblia hablan de amor carnal—de pinos olorosos y de laureles, cuya sombra regalada es propicia á la égloga, Los árboles rozan indolentes sus ramas con estremecimiento de voluptuosidad bucólica.

La hierba, crecida, se rinde blandamente al halago de un viento ténue que trae aromas prolíficos y enervantes.

Junto al tronco arrugado de un pino negruzco que brinda ondulante palio con la expansión de su copa, en el suelo mullido, un fraile dormita. Sostiene en la diestra mano un infolio pergaminoso y mugriento, mientras apoya la siniestra en el vientre abultado, que sube y baja á compás. Parece el monje pequeño, y es rechoncho, de moreno rostro tostado por el sol, chata nariz carminosa, y gruesos labios carnales, entreabiertos á las veces, para dar salida á la respiración rumorosa y acompasada. Muestra, bajo el desorden del hábito, la recia musculatura de su pierna, calzada de tosca sandalia de vacarí, y entre

los pliegues sucios de la cogulla cenicienta, el cráneo brilla lustrado por la tonsura monacal.

Oyese un susurro discreto y suave hacia el portón oji-val abierto en el muro del lado de oriente. Las pesadas hojas, de nogal obscuro, con dibujos forjados en hierro, giran sobre sus goznes con chirrido estridente. El monje se incorpora con languidez pereza.

—Buenas tardes nos de Dios, Padre Francisco.

—Siéntate aquí, á mi vera.

Y la campesina va á sentarse en el prado, muy cerca del fraile. Es una moza fresca, jugosa como manjar de prior. Del rudo lino de su jubón blanco surge la garganta poderosa en dulce florece de carne tibia. La sonrisa brota en sus dientes y va á fundirse en el rosa ambarado de los carrillos, que el sol melara como á fruto en sazón.

Oleadas rojas flamean en el rostro del monje, que se extiende por tierra y lo frota sobre el frescor de la hierba lozana. Cuando atina á levantarse, algunas hierbas verdes entre las hirsutas guedejas de su cerquillo encrespado le coronan como á divinidad pradiar. Su boca se dilata en amplia risa de Término lascivo, y en sus ojillos centella el mismo fuego, que debió de abrasar á los antiguos sátiros cuando perseguían en las selvas de Jonia á las ninfas, las ninfas incautas en su desnudez de palomas torcaces.

—¿Qué ofrenda has traído, María?

La moza muestra dos aves: un gallo y una gallina rojos, que cacarean aleteando para soltar la cuerda que los traba.

—El Prior te hubiera agradecido más una cántara de vino.—La dice el monje, y arrastra con pecaminosa delectación sus ojos por el cuello suave de la campesina, y clávalos luego con insistente perspicacia en el latir del seno bajo el jubón de nieve.

—Acabóse ya el vino de la anterior cosecha, y en cuanto á la de este año, los feudatarios del Conde, nuestro señor, no han terminado la vendimia. Mírelas el Padre Francisco.

El monje, con torpe tardanza, como rezagándose, parte su vista de los lugares en que encontrara su natural contentamiento, para mirar en la dirección que la moza le señala con el índice de su mano mantecosa y rolliza.

Desde el jardín del monasterio de *Fonteney—le—comte* otéase todo el valle de la *Vendée*. En el fondo, el río, se desliza augusto, sereno, con vaga ondulación, como la barba de algunas divinidades clásicas—¡Oh Zeus de Fidias—y hay embarcaciones temblando en su bruñida superficie. En las orillas, los prados pabloveroneses se alborozan en la viveza de sus tonos, y los montículos terrosos plantados de viñedos y de olivos se pierden en el horizonte violáceo. El castillo del Conde de Poitou, construído de piedra roja, recorta su mole mazorril y almenada sobre el azul del cielo, que tiene palideces de seda antigua. En los alrededores pupulan manchas rojas, pardas, blancas y azules por entre las matas verdinegras de las cepas retorcidas. Son las siervos de la gleba, adscriptos al terruño, que arrastran humildemente su esclavitud feudal.

El Padre Francisco suspira, y eleva nostálgicos, hacia el cielo pálido, los ojos sensuales y venosos, tejidos por una red sanguinolenta. Mírale la moza con ingenua curiosidad, en tanto habla.

—¿Qué se han hecho de las bacantes con su seguimiento de dóciles panteras pintadas? ¿Qué, de los viejos Silenos? La sangre de Dionisos es sangre de Cristo, pero los siervos del Señor no la catan... ¡Lejanos tiempos de idilio!

A esta sazón, las aves que han deshecho sus trabas corren por el jardín. El gallo intenta rendir á su pareja, murmura por lo bajo y en tono petulante sus deseos codiciosos, arrastra el ala en torno de ella, ejercita su imperio masculino, y alábase dando al aire un quiquiriquí donjuanesco y desplumándose con desdén de seductor habitual.

—Sublime intuición la de las aves en esta tarde eglógica—suspira el monje, y posa su mirada concupiscente en el recio corpiño, que ondula á compás del seno de la

joven. Abre luego el pergaminoso libro, colócalo en el regazo, y lee:

Praxinoa, mala toi to cataptujes emperonama
tuto prepei; lege moi, paso cáteba toi af isto.

Y como la campesina permanece absorta, el buen padre exclama con ironía galante:

—Acaso no lo entiendas... Es el del divino Teócrito, el décimoquinto idilio, en que se habla de la celebración de las fiestas de Adonis por los siracusanos, y estos versos que acabo de leerte, significan:

«*Praxinoa*—María, si quieres—*muy bien te cae esa abotonada vestidura ondulante. Dime: ¿a cuánto te ha costado la tela?*» Pero me agradarías más sin el jubón. Esto último no lo dice muy claro el original de Teócrito.

La moza ríe con sonoras risas campesinas llenas de sencillez aldeana y de incredulidad candorosas.

María y el fraile son viejos camaradas. Conociéronse pocos días después de haber llegado el padre Francisco al Monasterio, y desde tal punto su amistad hubo de subir hasta llegar al buen período de la franqueza ruda y de las insinuaciones galantes. No tardarán gran cosa de tiempo en hacer la bestia de cuatro patas (*erótica berva rabelesiana*.) Nárrala el monje sus cuitas, y escúchale ella siempre sonriente y embelesada. ¡Ay, sólo en su mano está la suave venda que cierra las heridas del atribulado fraile! Sus compañeros de comunidad, los llamados del cordón y también cordeleros, le envidian y le odian. Tiénenle por hereje, encantador y endiablado. «Hombre que habla nueve lenguas y algunas tan torcidas y enrevesadas que del infierno han de ser, que ningún fiel de cristiandad atina á entenderlas...» dicen ellos, é insidiosamente le roban sus preciosos manuscritos, bórranlos, y escriben luego. Han hecho desaparecer las Catilinarías del más admirable de los retóricos, bajo las epístolas de Pablo de Tarsis. «¡Un bárbaro que apenas conocía el latín!» Quieren ahora apoderarse de Teócrito, el divino, para sustituir sus idilios con las ordenanzas del venerable Scoto. El po-

bre fraile se acongoja con la mala voluntad de tal turba de ignorantes lividinosos y glotonos, descendientes fornacinos del Santo de Asís. Pero su ingenio es fecundo en ardidés, trazas y burlas que muevan á risa.

Un ruido cercano interrumpe las razones del padre Francisco, que musita misteriosas palabras al oído de aquella tierna confidente. Por la puerta del claustro asoma un nuevo monje. Es el Prior, Fray Domenico Patavino, llamado así por ser nacido y profeso en Padua. Cierra la pesada puerta con golpe rudo y llégase al paraje donde platican, sentados, la moza y el fraile. Las facciones del prior se dibujan apenas en la masa informe de su rostro cárdeno y congestionado; tan sólo los ojuelos tienen brillo montaraz bajo la carne invasora de los párpados gruesos. Su respiración es resuello asmático, y le impide hablar. Al cabo de algún tiempo logra decir con voz temblona de ira:

—Padre Francisco, entregáos sin duelo al placer liviano de divertir á una moza con travesuras y decires maliciosos, que por profano á la Orden os hacen aparecer.

El padre Francisco permanece inmóvil. En su rostro dibújase risa burlona y lasciva, como en los viejos Términos que ríen, ríen siempre y en toda ocasión. El Prior dirígese entonces á la moza:

—¿A qué diligencia estás tú aquí?

La campesina responde, la mirada fija en el suelo y en voz baja:

—Traigo la ofrenda al Santo—y señala á la pareja de aves que picotea en el jardín.

—Seres avariciosos; perseguís vuestra eterna condenación. ¿Juzgáis, por ventura, digna de la santidad de nuestro Monasterio tan ruin ofrenda? Rebosan de animales lucidos vuestros corrales, vuestros graneros de trigo, y de rico manjar vuestras cocinas; y á Dios, al *buen Dios*, pensáis que puede satisfacerle tal miseria... Lleva esos animales al hermano cocinero.

La moza, atenta al mandato, corre y los atrapa entre

los troncos de un laurel, cuyas hojas déjanla en el rostro huellas aromadas.

Piérdense los monjes claustro adentro y la campesina por el portón ojival abierto en el muro del lado de Oriente, tras de las pesadas hojas de nogal obscuro con dibujos forjados en hierro.

En el parque silencioso, entre pinos y laureles, cuya sombra regalada es propicia á la égloga, parece estremecerse el alma de Teócrito, con risas bucólicas.



El sol oblícuo de la mañana recorta en las losas del claustro grandes ojivas amarillentas, que se doblan y suben por el muro. Algunas golondrinas, anidadas en los rosetones labrados, trazan largas estriás negras sobre la luz en haces, y revolotean piando. Hay un viento aromado y otoñal que unge de frescura los cráneos relucientes de los monjes alineados en dos filas: la una, siguiendo la gradería de columnas; la otra, en la frente, bajo las pinturas murales que representan, al fresco, escenas de la vida y muerte del Señor Jesucristo. El Prior ostenta la cruz pectoral de oro, en el centro de sus monjes, y los escruta uno por uno con ojos de alimaña silvestre y carnívora. Es un caballero feudal que, á falta de horca y cuchillo, caldera ó pendón, dispone de los castigos eternos y del infierno á su placer. Pregunta por el Padre Francisco y nadie sabe darle cuenta cabal de él. La ira reverbera en los carrillos abaciales, como una púrpura. Llega entonces un fraile joven é imberbe; es el favorito del Prior, y del cual se murmura entre la comunidad, que, pese á la holgura de su hábito y á la pertinaz ocultación de la cogulla, siempre calada hasta más abajo de la nariz, tiene gestos y maneras en el porte y en la voz, que denotan bien, á las claras su condición femenina. El fraile joven ha recorrido todo el monasterio sin topar con el perdido monje; y pone tan dulce entonación y tan desolada tristeza en su decir, que en la horonda fisonomía prioral entreméz-

clase la ira con el ansia solícita de consolar á aquel novicio apenado y triste. Fray Domenico, con entereza de gran señor, da una orden, y las filas monacales avanzan hasta llegar á la iglesia. Dentro colócanse, al lado de la Epístola los unos y del Evangelio los otros. La plebe campesina, que aguardaba impaciente, tiene un murmurio largo y se agita compacta, como un hormiguero. Las altas bóvedas de la iglesia están sumidas en espesas tenebrosidades. En el altar mayor la penumbra extiende densos velos de sombra, llenos de vaguedad y de insinuaciones. En el centro, rodeado de luces inmóviles y como pintadas de amarillo, hay una hornacina lóbrega, la de San Francisco, y se entrevé, como en profundidad lejana, la silueta borrosa y gris del Santo. A entrambos costados de la nave, florecen, como jardines lejanos, sendos ventanales de vidrios de colores emplomados, obra de un artífice veneciano. Representan piadosas escenas de santos rígidos, inspiradas en el fastuoso misticismo de Bizancio. Manan de aquellas efigies chorros de luces, que derramándose en las cabezas de algunos labriegos las aureolan de colores litúrgicos.

Ante el órgano de trompetería dorada y monumental, un monje músico é himnógrafo espera el comienzo de los oficios rituales. Un rayo de luz infunde en su hábito gris y tubular diafanidades azules. Tiene el rostro transparente, macerado, las manos largas, enmagrecidas, amarillentas, casi aureas, y parece una figura de vidriera, un ser vaporoso é impalpable que ha descendido hasta el órgano por un camino de luz. El prior coloca sobre el pecho los brazos en forma de X; el monje músico pasea por el pálido marfil de la clave sus manos de vidrio, y van brotando de entre el espeso y alto bosque del órgano la quejumbrosa cadencia del *Kirie* gregoriano—pobres melodías góticas que imploran, plañen, humildosas, sin la sublime grandeza del himno mesiánico *dixit Dominus domino meo*.—En el altar mayor pululan y offician el presbítero, diácono y subdiácono, vestidos de gran pontifical, con recias y fastuosas dalmáticas y casullas orientales te-

jidas en tisú de oro. El ceroferario, junto la epístola, muestra el gran cirio lacrimoso en sus manos rollizas, anilladas de amatistas y rubíes. Los monjes á coro salmodian los versículos del canto llano, y el pueblo, estremecido y medioeval, escucha lleno de recogimiento. El *Kirie* parece agonizar con resignación nazarena y muerte solemne. El prior, vuelto hacia la turba de labriegos, inicia una plática de amonestación.

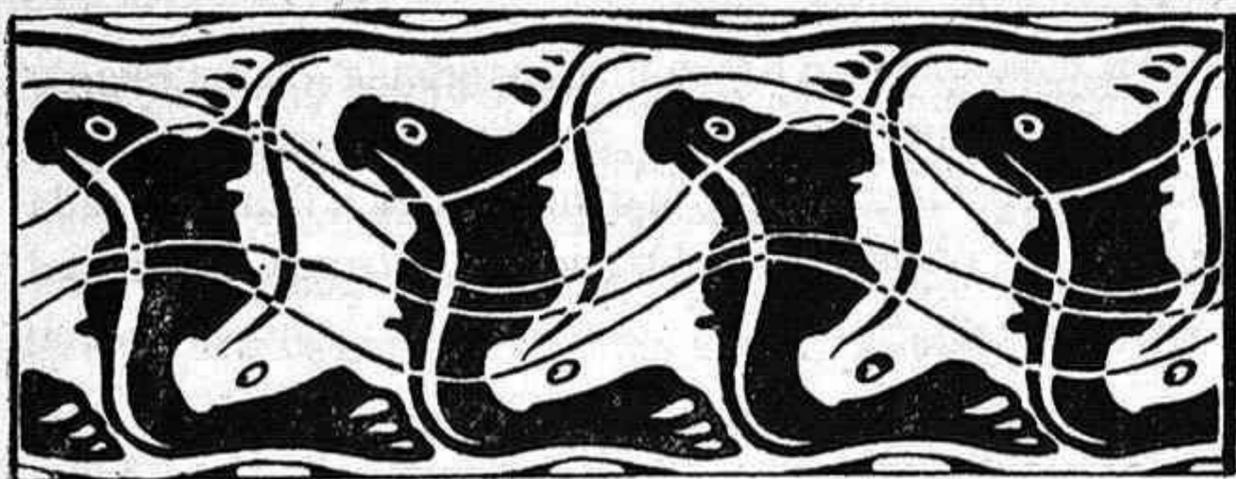
Al principio su voz es untuosa, oleaginoso; mas luego la ira le arrastra y prorrumpe en ásperas vociferaciones que repercuten en las bóvedas, acremente. Dícesles que han perdido la fe, que las ofrendas, por lo ruines, más que tales aseméjense á limosnas; que la cólera de Dios está pronta á derramarse; que el santo desde el cielo ha de enviar duros castigos y otras muchas amenazas temerosas. Los campesinos vuelven sus ojos angustiados hacia la imagen de San Francisco, y un terror pánico se apodera de ellos. El santo, en su hornacina, parece moverse. Oyense gritos de espanto. La voz del prior se ahoga en su garganta. La veneranda efigie, animada sin duda por voluntad celeste, rota la rigidez de la madera esculpida, lleva entrambas manos al vientre y prorrumpe en carcajadas sonoras que ruedan por el templo con ímpetu jovial.

Es el padre Francisco; le ha traicionado su risa de Término; aquella risa que ha conmovido tantas veces con su ulular profano las paredes del refectorio monacal. A una señal del prior, cuatro frailes encarámanse en el retablo y aprehenden al diabólico hermano que tan impíamente interrumpe los sagrados ritos; lo arrastran hasta el claustro, y allí se precipita sobre él la comunidad, encarnizada y rugiente. Los unos le patean, los otros le desgarran sus vestidos, éstos le escupen, estotros le magullan, y todos á la postre le azotan sin piedad con sus cordones, poniendo en la tarea un artificio cruel y refinado. Cuando parten los frailes, algunos aldeanos compasivos acuden á socorrerlo: entre ellos viene María, la moza fresca y jugosa, amada del padre Francisco. Y cuando el

monje la siente cerca de sí, abre los ojos llenos de malicia y los arrastra sobre ella, como adivinando ocultas perfecciones; dilátase su boca en amplia risa de concupiscencia, y con el cuerpo desnudo y amoratado, sangriento á trechos, parece un sátiro después de las vendimias, ennegrecido por la hez del mosto y por las uvas oscuras propicias al culto fálico, un sátiro ébrio que sabe amar siempre.

Este es un episodio de la vida de Rabelais; fué padre de la risa francesa y enseñó malicias al mundo.





EMILIO SALA ❖ ❖ ❖

❖ ❖ ❖ ❖ EL COLOR

III - TABLA PITAGÓRICA DE SUMAS Y MODALIDADES DEL COLOR

RECLAMANDO muchos de nuestros estudios demostraciones prácticas que el libro desgraciadamente no puede facilitar, corresponde al lector llevarlas á vías de hecho, para que experimentalmente llegue á su ánimo el convencimiento. La primera que se nos ofrece es la construcción de la tabla Pitagórica de sumas, las cuales, como en aquélla, se encuentran en el vértice del ángulo recto que forma los sumandos, marchando en línea recta ó de frente por su encasillado.

Los sumandos son nueve colores que escogemos como los más aproximados á los de la descomposición de la luz, viéndonos en la necesidad, al formar esta primera paleta, de reemplazar por dos algunos de aquéllos y añadir el negro para facilitar el estudio de combinaciones binarias. Su denominación en el comercio es la siguiente:

Carmín-Vermellón-Carmín obscuro-Carmín claro-Ceniza verde-Verde esmeralda-Cobalto obscuro-Oxido violeta ó violeta cobalto-Negro de marfil.

Trazada sobre un lienzo una cuadrícula compuesta de diez casillas por alto y diez por ancho y guardando el orden de colocación que marca la figura 4, llénense cada una de sus respectivas coloraciones: la banda horizontal

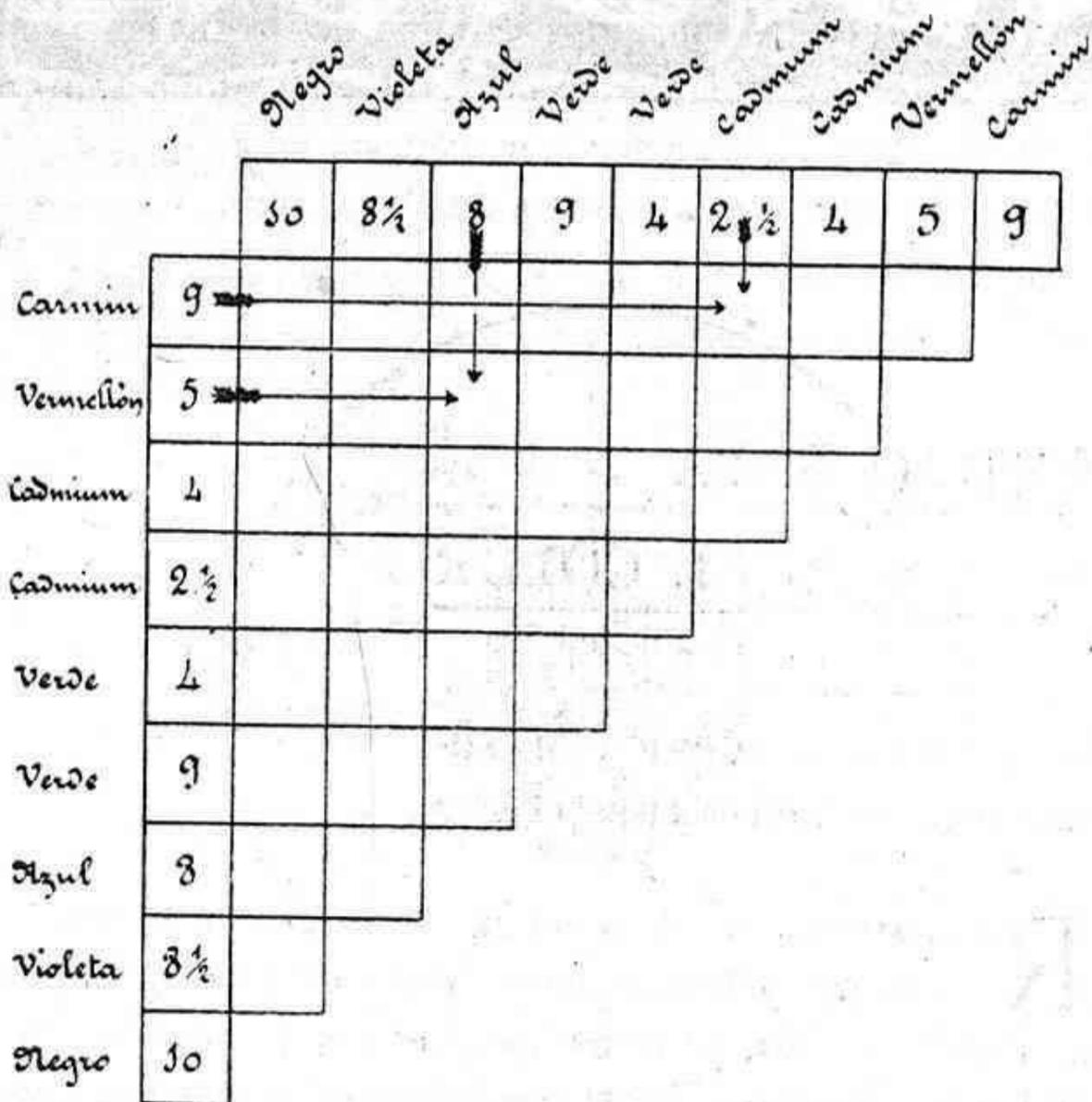


Fig. 4.

superior como la vertical de la izquierda con los colorantes puros, las restantes con las mezclas ó sumas, respetando el orden antes indicado, semejante al de la marcha de las torres en el ajedrez.

Cuídese, al pintar esta tabla, proceder con tanta limpieza como precisión; limpieza por no emplear para cada casilla, pincel sucio que lleve gérmenes de otra tinta ó color, y precisión, porque estando á cargo del buen sentido y ojo el punto justo de la mezcla, se procure que ésta participe por igual de ambos colores, cuyas mitades, como se verá, no responden á cantidad igual de peso ó

volumen, pues hay colorantes que tiñen más que otros, y en igual cantidad dominan á su congénere.

La numeración que acompaña á las casillas de los colores, marca el *tono* en que cada uno se encuentra. Las sumas deben responder, en tonometría, á añadir al tono menor de uno de los sumandos la mitad de la diferencia de entrambos; por ejemplo: de un verde en 4.^o tono á un rojo en 6.^o tono, la diferencia son 2: su mitad 1, que sumada al menor 4, arroja la suma de un 5.^o tono.

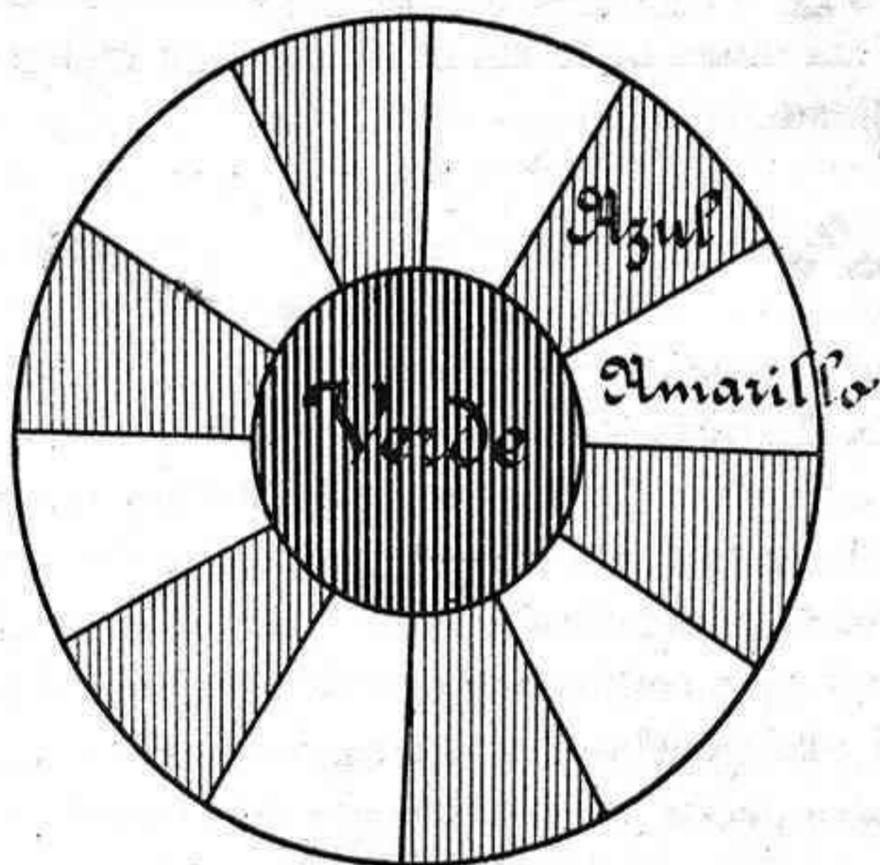


Fig. 5.

Esto explica por qué la mezcla de dos complementarios en la pintura nos da un gris más ó menos obscuro, mientras que por rotación como por luz, bajando de intensidad, nos da blanco.

Si se rellena el anillo central de un disco, de una suma (figura 5) y los sectores de los sumandos, aunque en la rotación baje aquélla de tono, nunca lo es tanto como la de los sectores, apreciándose en este ejemplo, con gran claridad, la diferencia que existe entre colores unidos por rotación y colores unidos por mezcla.

El aspecto que presenta la tabla, una vez terminada, es el de nueve bandas de cristal de colores diferentes, su-

perpuestas verticalmente á otras nueve iguales y horizontales, y cuyos cabos quedan fuera como para reconocer los factores que engendran las sumas.

Su forma, terminada como cartabón por la diagonal de encasillado entre los vértices de la cuadrícula, responde, como puede verse, á que, si pasado ese límite, continuáramos añadiendo sumas, éstas no serían nuevas, sino repetición de las anteriores.

Aunque los verdes con los rojos de esta tabla no son rigurosamente complementarios, se observará, sin embargo, en las sumas la desaparición de color en busca de la neutralidad.



Como todo colorante se encuentra en un *tono* determinado, al artista le interesa en primer término conocer todas las modulaciones de su gama. ¿Cómo proceder para subir y bajar tonos, si debemos mezclarle con otros colorantes para conseguirlo? Porque creer, como vulgarmente se supone, que con blanco para aclarar y negro para oscurecer está resuelto el problema, es creer en la aberración más opuesta al conocimiento del colorido.

Que el negro no da el resultado apetecido, demuéstrase en nuestra tabla; sumándole al amarillo, no es amarillo obscuro su resultado, sino verde, y combinándole sucesivamente con otros, se nota que no responde á las necesidades de que se trata. El blanco, á su vez, aclara, así como el otro oscurece, pero lo hace también alterando la coloración, por lo cual se ve bien claro que tanto el uno como el otro, no llenan el cometido que se desea: y por qué no decirlo claramente, ambos son los mayores enemigos del colorista.

Un color puede responder, al recorrer su gama, á varias modalidades: *Transparencia, reflexión, refracción, opacidad*, etc., etc.; de ellas, las más importantes son las dos primeras, las otras fácilmente se deducen del conocimiento de aquéllas; comenzamos por el modo *transparencia*,

por ser el que responde á la modulación del color en toda su pureza, sin que su timbre sufra quebranto alguno, como sucede en los otros.

Modo transparencia.—Con anilina, vasos lisos é iguales puestos á contra luz blanca y sin alteración de tonos, con más ó menos cantidad de colorante disuelto en agua se pueden hacer, á semejanza del tonómetro escalas de diez tonos de un color cualquiera, las cuales sirven de experiencia y modelo para ser copiadas al óleo y á cuerpo de color; para reproducirlas en pintura, basta la paleta que nos sirvió para hacer la tabla de antes, con sólo añadir blanco de plata, granza rosa y negro de hueso, para algunas modulaciones de rojos y amarillos.

Soluciones coloreadas para bajar tonos y cristales de color superpuestos y vistos á contra luz para subir dos ó tres tonos, son los medios más á propósito para completar estas escalas, en cuanto es posible, pues hay colores que, como el amarillo, no se reconocen más que en sus tonos claros, y en los oscuros nos produce la sensación de que cambia de color, puesto que se modifica en rojizo.

La variedad de amarillos que presentan las yemas de huevos son un buen ejemplo, desde el amarillo canario y limón hasta el cadmium anaranjado, que apenas alcanza el quinto tono, la variedad es grande; el azafran en disoluciones, ó la guta-gamba de la acuarela, obedecen á iguales leyes. En los demás colores, si bien la transformación aparente es menos sensible, siempre podrá observarse que, en los extremos de la gama, difiere, acusándose, como en el orden espectral, la participación que en la existencia de un color tienen sus dos vecinos.

En suma, el color analizado por *transparencia* responde al *modo* del espectro solar, y en este concepto le consideramos como el primero y más puro de los *modos*, algo así (permítase la frase) como la geometría del color; pues del mismo modo que con aquélla, por sus leyes fijas, aprisiona y aprecia el artista las caprichosas sinuosidades de la forma, de la red ó mallas de una cuadrícula ordenada, así dominada por práctica pictórica la modalidad *trans-*

parencia, sabrá mejor remedar las finezas y modulaciones de las otras *modalidades*.

En lenguaje pictórico se dice que hay colores fríos y colores calientes, partiendo, sin duda, de la asociación de ideas que supone que cuanto participa de rojizo es caliente y lo que de azul frío; y en mi opinión no es así: á mí me parece caliente todo color *transparencia* y frío el *reflexión* ú *opacidad*; lo que hay es que á medida que el tono baja del punto de su saturación toma un aspecto de más frío aunque se trate de un rojo.

Si el café puro, que según el punto de tostado, sabemos que está en el 8.º ó 9.º tono, le diluimos proporcionalmente y hacemos con él una escala como las de anilinas, nos dará otro modelo de *transparencia*; pero si en vez de agua le aclaramos con leche, la diferencia será extraordinaria, perturbando el timbre de la coloración. He aquí demostrado cómo aclara el blanco solo. Por eso saber escamotear el blanco en pintura, es uno de los primeros méritos de un colorista, especialmente en las sombras y refracciones, pues las perturbaciones que consigo aporta á las mezclas, para el que no es hábil, le hacen producir una serie de cenizas y tintas frías, que como el aguache, pastel, fresco ó temple, se necesita saber mucho para disimular.

De dos paletas sucias, una al óleo y otra á la acuarela, esta última, aun cuando sea de un principiante, parecerá más rica de color que la otra, tan sólo por la no intervención del blanco en las mezclas.

No es posible por escrito particularizar cuantos detalles se presentan en la confección de tintas, así como en la práctica es inmediata la solución: hay que esperar que el estudioso sabrá vencer estos obstáculos si tiene en cuenta cuanto pensamos anotar en lo sucesivo: por el momento no debe olvidar que responde la modalidad *transparencia* al orden espectral de coloraciones al subir ó bajar tonos: el amarillo, por ejemplo, fluctuará en sus extremos entre el azul (que con él es verde) y el rojo (que suma anaranjado); el rojo, entre amarillo y violeta; éste

entre azul y rojo; y así sucesivamente; la mezcla del vecino con el color propio (como si fuesen sus engendadores), atenuará las perturbaciones que el blanco y el negro originen.

La copia de una escala *transparencia* á la acuarela no ofrece dificultad alguna, por la sencilla razón que, desde el tono en que un color se encuentra hasta el blanco del papel, el agua hace su oficio y la gama que resulta es igual, por su procedimiento, á las escalas propuestas; por lo tanto, así éstas como las de anilina, pueden servir de ejemp'o para ser copiadas al óleo. Hágase una á la acuarela con azul de Prusia y trátese de imitar las modulaciones que presenta, con Prusia y blanco al óleo; el resultado no podrá ser más desastroso; será tan marcada la diferencia como la que vimos entre el café puro y el café con leche. Combínese, por medio de los discos Maxwell, el Prusia y el blanco, y, nuevamente, un ojo experto en finezas de observación distinguirá las diferencias entre *rotación*, *transparencia* y la *opacidad* que engendra el blanco al mezclarse con un color; sólo la *transparencia* es igual al procedimiento acuarela.

Estriba la dificultad del óleo (ya lo hemos dicho) en escamotear el blanco, pero es preciso con él, y á cuerpo de color, fingir las coloraciones *transparencia*, no procediendo por veladuras ó extendiendo la tinta con poco cuerpo sobre superficie blanca ó seca como la acuarela, mientras que las dificultades de la acuarela radican en la imitación del color *reflexión*.

Exagerando los términos para hacer más comprensible nuestra idea, diremos que, en un cuadro al óleo, malo como coloración, con sólo cambiar los oscuros puede mejorarse (entiéndase que hablamos exclusivamente de coloración) mientras que en una acuarela de malas condiciones deben, por el contrario, modificarse las luces y claros, por cuanto llevamos dicho que *sombras* y *refracción* se relacionan con la modalidad *transparencia*, y las luces con la *reflexión*.

Obsérvese un ramaje al aire libre ó bien iluminado por

el sol: algunas hojas serán verdes (porque se ven por *transparencia*) otras más oscuras, en penumbra y muchas bañadas por la luz, ó sea color *reflexión*, mucho más *neutrales*, claras y grises, como dicen las gentes. (No habremos olvidado que neutralidad de color quiere decir la unión de cualquier color con su complementario.)

Si la vista no estuviese educada á *saber ver* pictóricamente, esto es, con rapidez comparativa de coloraciones, cuanto decimos pasará inadvertido, mas si el ramaje le observásemos por medio de una cámara obscura, se notaría con más facilidad, al ver su imagen, que los verdes más ó menos intensos que vimos, son ahora más dorados y calientes, de la familia *transparencia*, mientras los fríos en apariencia casi azulados, pertenecen á la luz *reflexión*, exageración debida á la cromatización consiguiente de la lente ó prisma de la cámara.

Lo que generalmente se entiende por un partido de pliegues colocados en un estudio de pintor, iluminados de lleno ó al sesgo, son un ejemplo de luz *reflexión*, pues no quiere decir que después de caer la luz sobre un cuerpo, ésta sea brillante y la refleje, sino alumbrando un cuerpo mate.

Un paño rojo plegado, presentará en sus modulaciones de *reflexión* las tintas que el mismo rojo sume con su complementario, y aun cuando parezca extraño al que ignora estas cosas, lo mismo sucede (aunque en sentido inverso) si el paño plegado que se presenta como ejemplo fuera verde; su complementario rojo, unido á él, daría los tonos de la modulación *reflexión*.

Aparece el color propio de un partido de pliegues en las medias tintas reflejas (como ya observó Leonardo de Vinci); los oscuros tienden á color *transparencia* (vulgo calientes) y la luz, color *reflexión* (vulgo frío), algo así como empolvado más ó menos, según que reciba la luz de plano ó indirectamente resbalando: del mismo modo apreciaremos mejor el color dorado de un marco en la media caña, en que por refracción se represente, que en las luces ó sombras.



JUAN R. JIMENEZ ❧

PAGINAS DOLOROSAS

LA casa estaba llena de olor á flores. El hijo sintió que se moría. La madre le dijo, besándolo angustiada: Hijo, mira como huele la casa á flores. Las dos hermanas tenían saltadas las lágrimas. Y la casa se llenó de carreras y de sollozos. El hijo se moría; miraba aterrado los relampagueos de la otra vida de misterios en que iba á entrar; miraba cómo, antes de la muerte, rápidamente, sin saber por qué, la vida azul se aparecía junto á su cuerpo y hacía pasar ante sus ojos que no se cerraban, las sombras ya casi precisas de sus fantasmas; se vió cerca de las estrellas y pensó en su lumbre blanca con tristeza, porque siempre las había tenido olvidadas; sentía extraños estremecimientos; su cara se azulaba,

palidecía, tomaba tonos de cirio; sus ojos se hundían espantosamente... Las hermanas lloraban, y la madre le repetía con voz velada, queriendo distraerlo y distraerse: Hijo, mira como huele la casa á flores.

Cuando llegó el médico, el hijo había ya muerto. Y el buen viejo se detuvo, antes de salir, notando que la casa olía muy bien á flores. Y todos los que fueron luego entrando con las caras tristes y alargadas, aspiraron, cerca de la carne fría y de la sangre cuajada, el aroma suave que henchía la penumbra como una ráfaga fresca y nocturna del valle.



¡Cuánta tristeza siento y qué cansancio tan grande de la vida y de las rimas y de las flores y de todo, pensando en el pobre niño que he visto esta tarde! Un niño seriecito y muy bueno, muy lleno de amor—sus ojos lo decían—y quizás sin madre. Iba con uno de estos bellos hombres desgraciados y sonrientes que tantas veces encontramos en las ciudades, y aunque hacía mucho frío, mucho frío, no llevaba más que su ropita de marinero. ¡Qué pena me dan estos niños resignados y serios que pasan entre los hombres sufriendo y callando!... Llenándolo de miradas de cariño, me fuí detrás de él mucho tiempo; pasaba ante las tiendas y lo miraba todo y no pedía nada; no pedía nada el pobrecito! ¡oh, lo hubiera llenado de besos! Y el niño iba sonriendo, con sus manitas heladas en los bolsillos y sus ojos llenos de bien...

¡Pobrecito niño! esta noche he llorado por tí, y te he mandado mis más calientes besos. Y he soñado contigo al caer la tarde, cuando tú estarías entre la tristeza y la penumbra del crepúsculo de invierno, soñando con los juguetes; cuando tú estarías seriecito en la estancia desabrugada, bajo la lámpara fría; cuando tus ojos se cerraron, rendidos al ensueño y á las lágrimas, y tu

frente se llenó de cosas floridas, de visiones encantadas, de luces azules y de vuelos inefables... Y estoy muy triste, pensando que no habrá quizás ángeles buenos que bajo su mirada de madre y entre las caricias de sus manos de nardo, tengan cerrados con besos los ojos de los pobres niños y velen las camitas con su ala blanca.



El gran rosal que ha enredado sus tallos por la baranda de piedra de la terraza, obscurece su verdor primaveral, jugoso y rico, en la triste penumbra del crepúsculo; y las rosas blancas que llenan de perfume y de belleza todo el rosal, perduran con un blanco casi luminoso en la brumosa fusión de tonos y matices del anochecer. Entre la gracia de las ramas, á trechos, aparece el cielo rosa, de un rosa velado y mate, dulcísimo, infinito, que hace sonreír del deleite con que reposa el alma en la divina aparición de color. Yo me olvidé de todo para entregarme á ese encanto lejano, y no quiero pensar en que llevo conmigo una carta tan triste, tan llena de lágrimas y pesadumbres íntimas. Al fin, el tono rosa del cielo me hace llorar. Y cerca de mí ha pasado alguien, alguien que no sabe nada de mi corazón, una mujer de dulces ojos negros y tez marchita, á quien yo adoro; y se ha reído de mí porque yo soñaba, sin darme cuenta de nada, perdido en el cielo rosa de este inefable crepúsculo de primavera que tantos misterios ha abierto para mi alma y tanto ensueño ha tenido para mis ojos.



Un buen amigo mío, que conoce bien mi corazón, me ha traído hoy, sonriendo, un divino retrato de Verlaine. Es el poeta, indolentemente sentado en un rincón de *cabaret*, con la hermosa cabeza inclinada sobre el hombro izquierdo, mirando lo invisible, y la copa de ajeno sobre la

mesa, ¡la copa de ajeno con su tesoro de locura! Parece que se ha quedado muerto; parece un cadaver con la quietud en la pupila y el misterio en el cuerpo sin alma. Extasiado en su rostro, ha venido á mi memoria, por un instante, un rostro de ajusticiado, una cabeza desprendida del tronco, que está soñando: es un rostro atormentado y divino, con la elegancia del cabello suave y largo y la frente amplia y pensativa; los ojos, que se tuercen ligeramente hacia las sienas, tienen, bajo las cejas, la tristeza más infinita de la mirada y la atracción más poderosa de lo fatídico: ¿qué ráfaga, qué onda habrán sorprendido? ¿qué verso del poeta flotará en su alma en este momento, mientras los ojos miran? Yo he pensado en el cerebro lleno de inefable música y de matices, y en la almohada del hospital con la cabeza reclinada y doliente; y me he ido al cementerio y he visto, bajo la luna dorada, la luna naciente de primavera, las órbitas sin ojos y el cráneo lleno de gusanos; y he preguntado por el pensamiento, que voló de la frente á no sé donde... Y he puesto mis labios sobre el retrato y, cerrando los ojos, en silencio, he dejado un beso muy largo y muy tierno en la frente ancha cargada de ensueño sobre la melancolía fina de la mirada.



Cuando aquélla pobre hermana de la caridad, enferma y triste, me dijo: «Hasta el cielo», y se fué, quizás para siempre, me quedé en mi ventana, solo y más triste que ella, mirando el cielo violeta del crepúsculo. Su toca blanca y sus ojos negros habían llegado á hacerse de mi alma, ¡y aquéllos ojos y aquélla toca se iban de mí, y en la dulzura de la tarde! Algunas veces, cuando venía anocheciendo, mientras á lo lejos pasaban los tardos rebaños en un hilo movible, ella había estado en mi ventana junto á mí corazón, y yo le había enseñado la luna rosa en la niebla soñolienta del paisaje de oriente; y, sonriendo, habíamos

mirado, frente á nosotros, aquellos novios jóvenes que todas las tardes se enamoraban en el balcón, más allá de las acacias.

Por aquellos días todos conocieron mi tristeza. Realmente, dentro de mí todo era lágrimas. Un crepúsculo, sobre todo, un crepúsculo de ocaso incendiado en oro, no pude sostener la visión del campo. Ví ante mí aquellas montañas doradas, con sus valles llenos de cantares, por donde ella vería ponerse el sol flotando en glorias, mientras yo, entre ella y el cielo, miraba también al horizonte. Y cuando en mi sueño las montañas iban quedándose sin sol, tuve que pensar en sonreír porque la tristeza iba á ahogarme.



¡Es una historia tan triste! Aquella muchacha pobre estaba siempre seria, siempre silenciosa en su casita iluminada de sol, reflejadora del cielo azul en sus paredes de cal. Era un poema blanco de belleza y sufrimiento. Cuando la mañana venía alegrando la serena campiña, la muchacha se levantaba y se ponía á coser en silencio, — ¡qué rima la de sus ojos! — y pasaba el día azul y oro trabajando dulcemente. Al ponerse el sol, recogía sus cosas, miraba un momento las estrellas, y cerraba su puerta; las flores perfumaban su cuarto y su alma. Y así muchos días, muchos días. Una tarde se murió; se la llevaron al cementerio, echaron tierra sobre su cuerpecito y la olvidaron. Después brotaron sobre ella unas flores.

Y allí estará eternamente en un gesto. A la noche, en primavera, en la quietud de la campiña aldeana, llena de aliento aromado, la luna tranquila y bella resbalará por el cielo, iluminando serenamente el camposanto. Dulce misterio, dulce olvido de la aldea donde vivió aquella carne divina, donde quedó enterrado su encanto para siempre, ¿qué es eso tan triste que tienes para mi corazón?



Hoy, día de los muertos, habrán llevado aquella corona grande y los faroles de plata vieja al nicho de mi padre. Allá, en el cementerio del pueblo, bajo la claridad triste de estos crepúsculos de otoño, las luces de los nichos temblarán entre los cristales, y la gente irá leyendo las inscripciones de las lápidas. Yo, desde tan lejos, he leído la de mi padre y detrás del mármol he visto su cuerpo ya podrido y sus ojos azules fijos y tristes en la cara amarilla, como en aquel amanecer que lo encontró muerto. En mi casa todo será tristeza y llanto silencioso; mi madre y mis hermanas estarán en aquel cuarto que da á la calle, en aquel cuarto en donde yo leía y soñaba, y desde la penumbra de la estancia sin luz, á través de los cristales plateados por el anochecer, verán pasar por la calle á los que van al cementerio con coronas y con faroles. Mi buen hermano habrá llegado de su trabajo y, al entrar en el cuarto, no se habrá atrevido á hablar siquiera, ante tanta tristeza, y mirando por la ventana á poniente, donde brillará quizás una ténue claridad amarillenta, habrá soñado con los muertos, con nosotros. Las risas de los pobres niños, vendrán de allá del cuarto del jardín. Y llegará la cena, y en la mesa habrá bajo la tristeza de la lámpara, dos sitios vacíos. Pero yo soy un muerto por quien no lloran todavía, un muerto á quien no se puede poner coronas de flores, ni encender luces.



¿Qué habrá sido de aquella muchacha enlutada que me quiso tanto? Era la pobre mártir sin madre de aquella casa obscura, y su carne blanca y mate se marchitaba entre la negrura del vestido y de la vivienda. Al encontrar en mí tanta tristeza y tanto cariño, me dió todas sus lágrimas; mis besos cayeron sobre sus ojos como rocío sobre

una flor casi seca y poblaron de aleteos y de visiones aquellas galerías tristes de siempre. Pero mi amor era sentimental, y el suyo humanamente intenso y sin matices; ella veía el mundo en mí y yo la veía á ella en el mundo; vivía ella de esperanza sobre mi alma, y yo de realidades sobre sus pechos, de caricias, de besos, del placer de sus brazos blancos y tibios que se escapaban del vestido negro para colgarse de mi cuello. Sus labios que habían estado sin besos desde la niñez, besaban locamente, y sus besos venían de allá del alma impregnados de algo divino y aromado, de un no sé qué, que dejaba recuerdo en mis labios; una ternura flotante é invisible. ¡Me da una pena cada vez que pienso en aquella muchacha sin madre! Yo la quise mucho y no tuve la culpa de olvidarla, porque ya iba dentro de mí esta esencia inefable, esta ráfaga inquieta. Y para la pobre las flores eran el límite del ideal, y para mí ese ideal empezaba en las flores.



Yo tengo siempre miedo á algo extraño, á una posible aparición macabra, á un no sé qué siniestro é invisible que me acompaña á todas partes. Y algunas de estas largas noches de insomnios y desesperanzas, me da horror estar solo, ¡y estoy solo siempre, y nunca tengo quien con unos labios fragantes y cálidos ahuyente de mí las visiones trágicas! Mi miedo es intenso y febril y la aparición casi cierta. Dos veces he visto, en mi vida, á las altas horas de la noche, un hombrecillo extraño cuya mirada fija y siniestra me ha helado el alma. Y por los corredores largos, encuentro siempre un perro negro con cabeza de hombre; sonríe y tiene los ojos iluminados y magnéticos: la esclerótica de un amarillo intenso y la pupila fúnebremente negra. Me invita hipócritamente y me sigue despacio, esperándome á la vuelta de los pasillos oscuros. Hay días en que el perro debe estar enfermo, porque viene á sonreirme con la

misma cabeza de hombre; una araña verde, grande, monstruosa, y ésta ya entra en mi cuarto y sube por mi lecho blanco con sus patas erizadas.



Una de esas enfermedades venenosas que se llevan tantos niños del mundo, había matado, después de una agonía horrible, al pobrecito niño; y la madre, una muchacha abandonada, una mártir vestida de negro, divina belleza marchita, besaba loca de dolor la boquita cárdena y fría del niño muerto, para envenenarse también, para ir con él al cementerio. Desesperada, quería para su cuerpo hastiado del ritmo de la sangre, el frío de aquella carnecita amarilla, y, para su boca, cansada ya de hablar las palabras de la vida, el gesto de aquella pobre boquita entreabierta. Pero el cielo alegre no quiso. Y se llevaron calle arriba la cajita blanca, en la dulce tarde de la aldea, llena de niebla y sol rosa y humo flotante y azul. Aquella misma tarde, bajo el cielo violeta y oro con estrellas dormidas, una muchacha que vivía en la casa donde murió el niño, una muchacha con novio, con pájaros y con flores, que cantaba todo el día y se asomaba por la tarde á la puerta, vestida de rosa, muy alegre y muy blanca; sin querer, con sus labios frescos y llenos de besos, llevó á su garganta el veneno que el muertecito dejó en el aire; y á la mañana celeste y luminosa, otra caja blanca se iba meciendo al cementerio, dejando atrás una estela de aroma y muchas lágrimas.



El cementerio, la ciudad de las puertas cerradas, con los misterios dentro, toma un aspecto encantado estas tardes otoñales de cielo gris y amarillo y árboles enfermos. Los sauces de sombra fina y las cruces del suelo tienen no sé qué idilio melancólico para el alma, una rima doloro-

sa y vieja, con tono de elegía y aire romántico. Sin saber por qué, creo ver por las sendas solitarias la levita entallada y campanuda y el sombrero de copa sobre la melena rizada y larga; y los rostros de Musset y de Becquer con sus ojos tristes sobre los rayos fríos de sol.

He encontrado hoy una losa entre la hierba del suelo, con la inscripción borrada y muchas flores recientes. En la verja de hierro que la rodea, un rosal deja caer lánguidamente sus hojas que el otoño ha vuelto de carmín, transparentes al sol; esta tumba es un poema abandonado; yo he visto caer en ella las lágrimas de algo invisible... La rosa de fuego del sol poniente, fundiendo los oscuros hierros de la verja del cementerio, me acaricia con rayos flotantes de un oro claro que da visos amarillentos á mi traje negro y hace que vea transparentes é irisadas mis pestañas; y ese sol me entristece el alma con su ronda tembladora y mágica de visiones, con su añoranza de rincones dorados, con el eco de las voces lejanas de una aldea; tibio y dulce sol que viene de España y trae en su lumbre otoñal una mirada triste y una voz llorosa.

Burdeos, 1901.



❖ MAURICIO LOPEZ-
ROBERTS ❖ EL POR-
VENIR DE PACO TU-
DELA ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖

III

INFANCIA DEL HÉROE

FUÉ inútil que Tudela quisiese imponer su voluntad. Irene se obstinó en criar al chico, y como lo pensó lo hizo. Que no la hablaran de nodrizas, biberones, harinas y demás faramalla. Gracias á Dios, la feliz madre tenía condiciones archisuficientes para amamantar á su hijo, y por nada del mundo cedería semejante gloria á una vascongada tísica ó á una bestial gallega, que de fijo le matarían á Paquito. Y fué lo cierto que criándose el infante desahogadamente, sin apuros ni lácteas escaseces, engordó de modo descomunal y agradabilísimo para su mamá, quien se enorgullecía cuando, mostrándole en cue-ros á alguna amiga, ésta se extasiaba ante los rollizos mus- litos, las pantorrillas gordezuelas y otros encantos no me- nos turgentes.

En cambio, la pobre Fuensanta tuvo que desistir de

criar á Castita, pues le faltó la leche, y gracias al hallazgo casi providencial de una robusta ama montañesa, se salvó la chiquitina de morir de inanición. Desde su alumbramiento, la de Muchamiel decaía, herida de muerte. Harto lo comprendía ella, y sus ojos tranquilos se paraban con inefable expresión en Evaristo y en la niña. Les miraba fijamente horas y horas, cual si quisiera retener en sus pupilas las imágenes amadas para que la acompañaran en el tránsito terrible. A más de la enfermedad, los Muchamiel tenían más motivos de disgusto, pues la revolución trastornó la existencia del carrerista y los suyos, arrojándoles de Caballerizas. Tuvieron que trocar las habitaciones amplias, soleadas y alegres que ocupaban en el inmenso caserón, por un cuarto tercero, estrecho y mísero, de una de las últimas casas de la calle del Río.

Desde su ventana Fuensanta veía el horizonte inmenso de la llanura castellana, extendiéndose ilimitado hasta perderse en lojtananza azul. Contemplándola murió una tarde. Se quedó como un pájaro, ahogada por un ataque de disnea. La terrible constricción no le dió tiempo á gritar, cayó hacia atrás la cabeza, las manos se extendieron cual si quisiesen retener la vida, y la expresión serena y dulce que fué distintivo de su rostro, siguió reinando en la yerta boca bondadosa y en los ojos virginales, donde se doraba un último reflejo del sol poniente.

Aquel tristísimo suceso señaló los albores mnemotécnicos de Paco. En medio de nieblas, esfumándose entre los recuerdos borrosos de su niñez, veía aparecer á su prima Castita, á quien trajeron al almacén para separarla del triste hogar de la muerta. Durante algunos días, el tiempo no se fijaba aún bien en el cerebro infantil de Paco, la chiquilla vivió con los Tudela y á todas horas jugaban los dos niños, muy seriecitos y formales, sobre todo ella, que era el propio juicio. Luego Castita volvióse á su casa. Pero como si su estancia en la tienda hubiese sido el acontecimiento necesitado por Paco para ser consciente, desde entonces empezaba el chico á recordar y se veía jugando muchas veces con la niña, quien enlutada y tran-

quila, aparecía cual mujer hecha y conoedora de los tristes arcanos de la vida.

Tales remembranzas apacibles se mezclaban con otras que no lo eran tanto. Al evocar aquellos años Paco se veía sentado ante una mesilla pintada de verde, agitando los pies en el vacío y contemplando con aburrimiento durante horas y horas un libro, abecedario, gramática ó aritmética. Mas vencidas las primeras asperezas del estudio, adquiría éste mayor encanto, sobre todo el de la Geografía. ¡Vaya una ciencia agradable y entretenida! Algún lunarillo tenía, pues nada le importaba saber á Paco cuántos son los cantones suizos, ni menos aún el número fijo de los habitantes de Costa Rica. Pero en cambio, ¡qué satisfacción al enterarse de que por el mundo hay selvas pobladas de rugientes leones y brincadores monos! Leyendo ciertos renglones, el chico veía serpentear los trenes por las angosturas de los desfiladeros; sus ojos contemplaban las naves mecidas por el mar y el perezoso arrastre de las caravanas interminables. Y viajando sin moverse de su silla recorría el mundo, perdiéndose en los bosques y en las ciudades, recorriendo los continentes. Ante Paco, sobre la rosada pasta de la geografía, un dibujillo tentador, sugestivo, lleno de encantos, era compendio de las maravillas soñadas por el muchacho, quien se ensimismaba viendo reunidos en estrecho espacio adonde afluían por vías diversas, la pesada diligencia, la locomotora humeante, el lento carro que llegaban todos á orillas de un puerto erizado de mástiles y chimeneas, sobre los cuales, altivo y redondo, se cernía el vehículo del mañana, un orondo y soberbio Montgolfier.

Aquellas viajatas fantásticas se las refería Paco á Casita, su compañera en los asuetos dominicales. La chiquilla escuchaba aquellas historias muy entretenida; pero aunque su alma infantil, sedienta de lo maravilloso se entregaba á él, no lo hacía tan por entero como su primo, quien hablaba como un sacamuelas.

—Pues sí, chica; hoy nos lo han explicado. Aquellos salvajes viven encima de unos árboles muy grandes, muy

grandes, tan grandes como... en fin, grandísimos, y desde sus casas tiran flechas á todos los pájaros y se los comen.

—¡Qué brutos!—profería Castita, herida en su sensibilidad.

—¡No sé por qué los llamas brutos! ¡Las chicas sois célebres!...

—¡Pobrecitos pájaros del campo! ¡Tan bien como cantan! Yo no me comería un jilguero, ni un canario. ¿Y tú?

Paco reflexionaba un momento, y luego, con el santo ánimo de asombrar á Castita, respondía desdeñoso: —¡Pues yo tampoco! Eso no tiene gracia. A mí me gustaría más un papagayo.

—¡Qué disparate!—decía estremecida la niña.—¡Quita, quita, qué asco!

—Pues sí—continuaba el otro muy satisfecho de tal emoción—un papagayo, ó una cigüeña, ó un loro. Cualquier pájaro de esos que están en casa del disecador muy quietos, encima de un palito. Esos sí que serán buenos, y no los pollos y las palomas.

—Yo creo que es mejor el pollo. Un pollo lo encuentras en todas partes y además es muy tierno—concluía Castita, entrando de lleno en la más prosaica realidad.

Estas cosas se decían en la salita de los Muchamiel, reintegrados en Caballerizas por la restauración triunfante. Teodosia vigilaba á los chicos, pero como dicha dama se iba chiflando cada día más, dejaba á los primos que hiciesen cuanto les viniera en gana.

La manía de grandezas habíase apoderado de la ilustre hija de los Orondo de Tejares. El medio ambiente que la rodeaba era el más á propósito para desarrollar tal flaqueza, pues en Caballerizas todo se subordina al servicio de los reyes y éstos ocupan con su presencia espiritual el enorme caserón que sólo por ellos vive. El prurito de Teodosia consistía en estar al dedillo de los matrimonios, defunciones, nacimientos, divorcios y otros sucesos ocurridos en las familias reales. En cuanto leía en un periódico alguno de aquellos acontecimientos, lo

apuntaba en un cuadernito, y en su lectura pasaba el tiempo entretenidísima y absorta.

Pasando el tiempo Paco se acreditaba como colegial aplicado, y en ciencias más arduas que las primeras estudiadas, obtenía notas brillantes y premios merecidos. Decir que los padres de aquel prodigioso niño estaban entontecidos con él, sería inútil. A todo instante doña Irene daba gracias á Dios por haberla hecho madre de tal portento. A cada visita que llegaba se le confiaban los éxitos de Paquito, enseñándole las medallas, diplomas y lujosos libros que conquistó en sabias contiendas.

A decir verdad, el chico tenía una memoria felicísima y en ella, á modo de inmenso almario, iba encerrando cuantas cosas aprendía. Su retentiva guardaba todo fielmente; pero la ciencia atesorada permanecía oculta si no se la extraía con el garfio de una pregunta. Entonces lucíase Paco y el saber aprendido brotaba. Mas si el hierro de la interrogación no agujoneaba aquel espíritu perezoso, la voluntad propia era insuficiente para moverle y la inteligencia no exteriorizaba su sabiduría, prefiriendo sumirse en contemplaciones indecisas. Tomaba la ciencia como se la daban, pareciéndose á los pichones, á quienes sus padres nutren con alimentos medic digeridos. Le bastaba con lo que le enseñaban, sin afanarse por inventar.

Sólo una afición fué independiente en él: la de la lectura. Pero no la reglamentó, sino que leía cuanto le caía en la mano, fuese malo ó bueno, científico, literario ó folletinesco. Tal ardor causó tremendo disgusto á don Francisco quien, juntamente con su esposa, se horripiló al hallar á su vástago enfrascado en la lectura de cierto librote, donde el héroe, hombre encantador y fatal, cometía un desafuero por página. El señor de Tudela conminó á su vástago con temibles castigos si seguía leyendo semejantes atrocidades y para encauzar aquellas aficiones le compró las obras de Verne, Mayne Reid y otros autores parecidos.

El conocimiento de tales novelas envolvió á Paco en una atmósfera heroica é ingenua. Aquellos sucesos extra-

ordinarios, grandes inventos, correrías por mundos desconocidos, luchas con terribles fieras y otras proezas semejantes, fueron manjar de dioses para el alma soñadora del muchacho.

Poseído del ardor del proselitismo, quiso Paco comunicar su admiración á Castita; pero se estrelló contra la cortés indiferencia de la chica. Esto hizo que Tudelita la considerase como á espíritu vulgar y, sin dejarla de querer, su cariño descendió un grado, viéndola tan prosaica.

En efecto, la niña de Muchamiel no era poética, ni soñadora, tal vez obedeciese esto á la vida que llevaba. Como el servicio de los reyes ocupaba mucho á Evaristo, su hija pasábase la mayor parte del día con Teodosia, por toda compañera. Gracias al cura de Caballerizas, la niña aprendió á leer y á escribir, pues su orgullosa tía no consintió que fuese al colegio. Los Robinsones, entusiasmo de Paco, no habitaron isla más desierta que la casa de Castita. Como ellos, la chiquilla tenía que descubrir por sí misma cuanto quería saber. Y poco á poco, sin que nadie se percatase de ello, de tan suave y discreto modo se efectuó el cambio, la niña fué desenvolviendo las cualidades amables y modestas de una mujer dulce, sensata, trabajadora, pareciéndose cada día más á Fuentasanta, cuya alma buena parecía asomarse de vez en cuando á los ojos azules oscuros, casi negros de su hija.

Pero aunque Paco, comparándose con su prima, se juzgara entendimiento superior, se portó como un chiquillo en ocasión de la muerte de su señor padre. Ocurrió el luctuoso lance casi de repente, pues la parca arrebató de este mundo á don Francisco Tudela en pocas horas valiéndose del eficaz auxilio de un cólico miserere.

Viendo muerto á su padre, Paco experimentó en su alma un desquiciamiento horrible, pareciéndole que algo donde se apoyaba se había roto. Ante la falta de aquella mano que debió guiarle mucho tiempo aún, el chico sintió un vértigo intenso y se pegó á la pared sin atreverse á andar, presa de un miedo semejante al que le acometía cuando cruzaba las tinieblas de un cuarto obscuro.

Cuando se llevaron de la casa el cadáver de D. Francisco, su viuda abrazóse llorando al huérfano, cuyo cerebro novelesco creó acto continuo lamentables imágenes de huérfanos desvalidos y viudas abandonadas.

Pero como doña Irene no era una Artemisa, sino más bien una Semiramis. Secó pronto su llanto, y encerrando en lo más profundo del alma el pesar de su viudez, se puso al frente de la tienda. Entonces se revelaron al mundo las maravillosas dotes de que estaba dotada la alcarreña. Siempre se aconsejó de ella el difunto D. Francisco pero, mientras este señor vivió, la influencia de doña Irene fué oculta y disimulada en el conyugal apartamiento de la alcoba. Así es que produjeron pasmo y admiración las luces comerciales de la viuda. Sus compras, la sagacidad mostrada en los contratos, la casi segura ganancia de todos los negocios emprendidos, pusieron en sus manos gran parte del tráfico de lienzos en Madrid. Sin aumentar gastos ostentosos, los Tudela vivieron muy bien y aseguraron su fortuna. De entonces databan las acciones del Banco, las casas, «La Pinada», hermosa finca de recreo, la mejor de un pueblecillo de la sierra donde Paco y su madre pasaron los veranos.

El amor hacia su hijo impulsaba á la viuda á enriquecerse, y la hizo variar algo su carácter, el cual, aunque conservaba sus brusquedades buenas, se encalleció en un punto: el porvenir de Paco. Tal dureza resistía á las súplicas, mellaba los ruegos. En otras materias tal vez cediese la señora, pero en aquélla punto menos que imposible sería una variación en su plan. En él todo estaba previsto. Por tales y cuales caminos Paquito llegaría á donde su mamá se le había antojado. ¡Ay de quien se pusiera por medio!

El pesar de Paco se templó pronto en medio del ambiente tibio y regalón que le creaban sus éxitos escolares y los mimos y caricias de doña Irene. En él vivía el chico tan satisfecho como una larva en su capullo. Las semanas pasaban iguales, monotonas, tranquilas; en la sucesión apacible de los días, sólo los domingos aparecían más

bulliciosos y alegres. Junto con Castita recorría Paco los ámbitos de Caballerizas. Aquel edificio tan grande parecía guardar dentro de su mole un perfume especial, vago y poderoso á un tiempo, que el niño de Tudela aspiraba con fruición.

Encanto tan singular subsistía toda la tarde y las palabras augustas de Teodosia eran como expresión de la majestad del recinto, y la sola nota discordante de aquella armonía dábala Castita quien, siempre prosaica, se encargaba de traer á Paco á este mundo.

Todo lo husmeaban los primos. En todo sitio se metían y en el caserón no quedaba ladrillo que no hollasen, reja por donde, indiscretos, no miraran, ni paraje alguno cuyos ecos no repitiesen el incansable tecleto de sus pies.

Por los claustros bajos, abiertos y llenos de sol, marchaban Castita y Paco confiados, en medio de la blancura reciente de la cal de los muros. Pero había otros parajes, pasadizos estrechos, escaleras tortuosas y húmedas, túneles sombríos, donde el miedo se apoderaba de ellos. En aquellos sitios parecían anidar los duendes y las brujas de las consejas y los chicos apretaban su andar. Mas pasado el pánico tornaban otra vez, y Castita, ya aguerrida por la experiencia, los cruzaba sin susto, riéndose de los temores de Paco.

Otras veces se metían en el guadarnés Custodiada por el enorme león dorado del vestíbulo, la galería inacabable reposaba, sumida en penumbra. Hablando bajo, los chiquillos se deslizaban entre dos filas de armarios prisión de maniqués de alambre que ostentaban casacas bordadas y cubrían la bola de su cabeza con tricornos galoneados. Aquellos lacayos fantásticos eran dignos ocupadores del recinto mudo, por donde los primos andaban despacio, haciendo crujir apagadamente el suelo de madera.

—Mira esto, Castita,—decía él á media voz.—¡A ver! ¡Uy, qué bonito, qué reprecioso!—admiraba ella.

Ante los niños se alineaban monturas, caparazones, si-

llas de cuero labrado, repujado, lleno de borlas de seda y de incrustaciones de metal; los látigos blancos, flexibles y serpentinos, se agrupaban en manojos; los cascabeles y campanillas pendían en ristras y en guirnaldas. De trecho en trecho grandes cartelones explicaban alguno de aquellos portentos: «Montura donada á S. M. el Rey por el Príncipe de Alemania.» «Caparazón regalado por el Sultán de Turquía al Rey D. Carlos III.» Tales relaciones, tales pomposos nombres acrecentaban la impresión extraña, irreal del ambiente, mientras que en la vaga obscuridad de las vitrinas se erguían los penachos en altivas diademas, en garzotas livianas, dejando caer una lluvia leve de marabúes aéreos sobre las macizas plumas de avestruz rojas, moradas, verdes, amarillas que les servían de base.

A poco de estar allí, Castita experimentaba una sensación opresora que angustiándola le impulsaba á salir de aquel sitio. Por fin lograba su deseo, y arrancando á Paco de su éxtasis, se metían los dos en las cuadras, por cuya alta nave aireada penetraba la luz á torrentes.

A un lado y otro del estrecho paso central, los caballos, metidos en sus plazas, masticaban los granos ó sacudían nerviosamente cadenas de acero. De vez en vez sonaba un relincho, y á lo lejos, desde cuadras apartadas, respondíale otro. Las ancas de los animales reflejaban la luz plateándola en el pelo tordo y blanco ó recogíanla en la aterciopelada tonalidad alazana ó negra, donde se dormía en matices profundos, intensos y tostados. Allí se encontraba más á gusto la niña de Muchamiel y ella y Paco admiraban respetuosos el caballo del Rey, las jacas de la Infanta, las mulas que conducen el coche regio al Pardo ó á la Casa de Campo, felices brutos, lucios y gordísimos que, habiendo perdido su aspecto de bestias de trabajo, aparecían embellecidos cual animales de lujo.

Siguiendo la expedición Paco y Castita dejaban tras ellos las cuadras resonantes y se metían en la cochera callada y fresca donde los coches semejaban adormilados mónstruos. Los puntos brillantes del metal, las tersas pla-

cas de charol, relumbraban en la semi-obscuridad y en el aire flotaba un aroma *sui generis*, mezcla de olor de barníz y de cuero, que trascendía á lujo, á un lujo tranquilo y secular. Los chicos se escurrían entre los enormes coches de campo y de caza, entre los de guiar, más ligeros, alzados sobre ruedas elevadas y graciles, entre las deformes moles de las sillas de posta. La monotonía obscura de los carruajes se rompía con el carro de la Virgen de Atocha, y con la silueta elegantísima del trineo que allí se guardan. Ante ellos se extasiaban los primos. La carroza sagrada contorneaba pesadamente sus nubes de plata y sobre ellas dos áureos arcángeles, sostenían flores y cintas. El trineo, levantado sobre altos patines, parecía querer huir de aquel sitio obscuro y el dragón escamoso y volante que le adorna, abría sus fauces bostezando, condenado á morir lejos de la albura crujiente de la nieve.

Lo fantástico volvía á impresionar á Castita y á subyugar á Paco y el término del viaje de los chicos, la visita al cocherón donde se guardan los carruajes de gala, era como la apoteosis de su excursión.

Cual ascuas de oro, cual gemas colosales, reluciendo con mil colores y cambiantes diversos, se alineaban las carrozas. El marfil, la plata, la nácar incrustábanlas de reflejos lunares; el cobre, el bronce, los dorados barnices las vestían con manto de sol, y las pinturas, los relieves, las tallas vivían en sus paredes con vida sobrenatural y mágica.

Mientras Paco se embebecía contemplando las cajas maravillosas que se forraban con rasos espléndidos y se esclarecían con espejos, Castita tornaba á experimentar la molestia sufrida en el guadarnés, aquella opresión moral que la ahogaba cual si respirase un aire viciado. Se sentía intimidada ante aquellas masas enormes que se columpiaban sobre muelles de carmín y de oro.

—Vámonos Paco. Aquí estamos de más. Anda. Ya es tarde.

—Espera, mujer. No te entra poca prisa. Mira este coche. ¡Qué hermoso! ¡Qué bien se irá dentro! Yo me me-

tería ahí y le diría al cochero: «Lléveme usted lejos, muy lejos. A un campo, á un sitio tranquilo donde no haya más gente que la que yo quiera.» Y él, obedeciéndome, correría hasta llegar á un lugar muy bonito, lleno de flores, donde no habría tanto ruido como en Madrid.

—Calla, calla, no digas sandeces. Vámonos, vámonos.

Pero el muchacho seguía admirando las carrozas fulgentes, presas cual aves colosales en inmensa pajarera. Y en tanto que Paco detallaba las pinturas regocijadas, las guirnaldas de rosas, los personajes vestidos de colores claros, Castita miraba inquieta á un rincón, donde como en acecho, de negra madera mate, maravilloso y fúnebre capricho que con su mancha obscura emborronaba el cuadro, cual la superstición, la locura y la muerte ensombrecen la vida, reposaba el coche llamado de Doña Juana la Loca, la carroza donde paseó, pálido y siniestro, Carlos II el Hechizado.

(Se continuará).



S. PEREZ - TRIANA ❖

❖ EL TESTAMENTO

POLITICO DE CECIL

RHODES ❖ ❖ ❖ ❖

AL dar cuenta de la muerte de Emile de Girardin, que no sólo era insigne periodista, sino hábil y afortunado financiero, decía Henri Rochefort, su enemigo, cuya hazaña ni la misma tumba fué parte á suavizar, estas ó semejantes palabras: «Por fin, ha encontrado este explotador de hombres algo que no le es posible convertir en Sociedad anónima, para repartir sus acciones, en cambio del dinero ajeno, entre la estulta muchedumbre eternamente crédula é imbecil: la muerte». Con la desaparición de Cecil John Rhodes del mundo de los vivos, viene involuntariamente á la memoria la frase citada. Sus contemporáneos anglo-parlantes, sin distinción de colores políticos, reconocían en él una personalidad poderosa en sumo grado, influyente en muchos casos hasta determinar á su antojo el curso de los acontecimientos, capaces de afectar la vida nacional del Imperio británico y según muchos, de los pueblos anglo-parlantes en todo el haz de la tierra.

Si tal era la opinión de los propios, no es á extraños á quienes toca contradecirla. Pero desde el momento en que una gran parte del público en los citados países anglo-parlantes, preconiza los métodos y supuestos ideales del difunto como la norma suprema de conducta en lo porvenir para esos pueblos, y desde el momento en que esos métodos é ideales eran los de la agresión al extranjero y el despojo de los débiles en el hecho, cualesquiera que fueran las razones pseudo-sentimentales y pseudo-hu-

manitarias que para la agresión y el despojo se alegaran, es pertinente y hasta necesario que los extraños traten de darse cuenta de la verdadera naturaleza de la obra y de los móviles del gran conquistador sud-africano, fundador de imperios, vencido á su vez y en plenitud de la vida por la pálida niveladora de grandezas, de soberbias y de orgullos, para quien las pompas y los poderíos humanos son tan leves como el polvo del camino en las hojas de los árboles.

A nosotros los españoles é hispano-americanos debe merecernos especial estudio la personalidad de Mr. Rhodes. En medio de sus trascendentales labores de proporciones gigantescas, se dignó acordarse de nosotros en un documento de grande importancia cuando lo trazó su pluma, y que después ha revestido de solemnidad única, con el carácter de testamento político, su muerte prematura. En verdad que no podemos enorgullecernos de las frases que nos dedicó, á menos de considerarlas con aquel espíritu humildísimo y reverente del ganapán que se gloriaba de que el Rey le había dirigido la palabra, explicándole, á quien le preguntaba, lo que S. M. le había dicho, que de los augustos labios habían salido estas palabras: «Me estorbas, quítate de ahí».

En el testamento de Mr. Rhodes consta esta frase: «Aquellos países que, como Portugal, Persia y hasta España, viven tan escasamente, deben desaparecer, como, por supuesto, también, todas las repúblicas sud-americanas». Agradezcan los españoles el *hasta* conmisericordioso, y resígnense los americanos al *por supuesto, también*, inexorable de ese *fiat*, que no tiene apelación.

El distinguido redactor de la *Review of Reviews*, de Londres, Mr. W. T. Stead, amigo íntimo y depositario de las confidencias del magnate fundador de Rhodesia, publica en el número de Abril, de 1902, un estudio documentado sobre su difunto amigo, que contiene cuantos datos pudieran desearse para formar acertada opinión sobre la vida, obras y tendencias de Cecil Rhodes.

Corrido el telón negro y terminado el drama de una

existencia, cuando quedan todavía vivaces y activas las ambiciones, las pasiones y los ímpetus de todo género que en ella se centralizaron, como hilos sueltos de una trama violentamente arrancada del telar en pleno funcionamiento, no es llegado el instante de emitir juicio imparcial y sereno sobre la personalidad del muerto. El veredicto final, para ser justo, requiere que se restablezca la tranquilidad de los ánimos, como es preciso que se asienten las aguas para recobrar su transparencia. Pero, hecha esta salvedad, también es cierto que la investigación y el análisis, pueden y deben iniciarse desde el primer momento, recogiendo los elementos vivos, el eco de las contiendas que terminaron al pie del sepulcro ó que han de experimentar modificaciones más ó menos importantes, porque todo ello formará parte ineludible de la historia de que se trata.

No es del caso pormenorizar las peripecias de una vida de aventurero afortunado, hasta la grandeza y el poderío mundiales, como hoy se dice. El siglo XIX, con sus portentosos descubrimientos, que cambiaron de manera rayana en milagro el aspecto material é industrial del mundo, suministra, en casi todas las regiones del orbe, tantos ejemplos de individuos que en el espacio de unos pocos años, pasaron de la miseria á la fortuna inmensa, de la sombra que envuelve por parejo á la muchedumbre anónima, á las eminencias del poder político ó del supremo predominio industrial que la historia de uno de ellos no tiene novedad excepcional. Baste, para nuestro objeto, recordar, que Rhodes, hijo de un pobre pastor protestante, abandonó, débil y enfermizo de cuerpo, pobre de dinero y rico de ambiciones y energías, las costas de su isla patria, de donde tantos Robinsons Crusoes se han lanzado á buscar dicha y fortuna allende los mares, desde hace varios siglos. Arribó á las playas sud-africanas; fúele allí propicia en grado superlativo la suerte, y á la vuelta de pocos años era, no solamente millonario, como tantos otros, sino un factor integrante de potencialidad decisiva en la patria de su adopción. La realidad, más

sorprendente que los más atrevidos sueños de la fantasía, apareció ante el mundo: oro en catara tas, catástrofes de pueblos negros sacrificados con la impasibilidad de las fuerzas de la naturaleza en sus conmociones destructoras, naciones fundadas, pueblos de tez obscura uncidos al yugo de la esclavitud para aumentar la corriente de oro, naciones blancas y cristianas asaltadas, despojadas, exterminadas, y el poderoso imperio patrio vinculado todo él á la labor de conquista del que llegó al Africa, humilde y desvalido emigrante en busca de pan, y murió en medio del estruendo de un cataclismo que afecta al universo entero.

El desarrollo del sér moral, la evolución interna de Cecil Rhodes, según la expone Mr. Stead, puede concretarse así:

«Mr. Rhodes no era lo que comunmente se llama un hombre religioso. De los dogmas de las religiones positivas, no aceptaba ninguno, limitándose á resumir su estado de ánimo en las palabras del agnóstico: «Yo no sé.» De una cosa sí estaba seguro, y era de que no hay infierno.»

Desde muy temprana edad le habían preocupado tenazmente las palabras de Aristóteles sobre lo importante que es para todo hombre tener un objetivo suficientemente excelso en la vida para justificar el dedicar á alcanzarlo el esfuerzo de la vida entera. Cuando ya hubo obtenido éxito en el Africa del Sur, aún no sabía cuál sería ese supremo ideal. Para cuantos le rodeaban, ese ideal era la riqueza material. Por ella estaban dispuestos á sacrificarlo todo; ¿valía la pena? ¿Justificaba ese fin el dedicarle todo el esfuerzo de la vida? Miró en torno suyo; advirtió que los que habían alcanzado su objeto, casi sin excepción, no sabían qué hacer de esa riqueza que les costara la vida obtener. Se veían embarazados por sus dineros y no podían hacer otra cosa que cuidarlos. «Si eso es todo—se dijo Rhodes—eso no me basta.»

«En el campo de la política halló que los jefes dependían de los partidos á quienes tenían que adular, ó que engatusar con engaños. Eso tampoco le bastaba. Volvió

su espíritu hacia la religión. Tal vez dentro de la Iglesia, habría alguna meta digna de que él le dedicará su vida; pero Mr. Rhodes era darwiniano, no creía en el infierno. ¿Cómo, pues, dedicarse al servicio de la religión católica, porque las otras religiones cristianas eran tan sólo para él fracciones de una fracción? Los antiguos credos estaban moribundos. El único objetivo digno de su vida, tenía que hallarse entre los vivos, no entre los muertos; en el porvenir, no en el pasado.»

Sigue la exposición de Mr. Stead:

«Mientras continuaba buscando diamantes, meditaba sobre las verdades eternas.» Ocurre observar al escritor inglés que su héroe procedía con la prudencia aquella de: «á Dios rogando y con el mazo dando,» pues hay algo, sino del todo incongruo, por lo menos raro, en esto de «buscar diamantes,» como lo hacía Mr. Rhodes, es decir, sacrificando vidas de negros en busca de la piedra preciosa y azotando á latigazos las desnudas é inermes espaldas, en tanto que meditaba sobre las verdades eternas. Pero éstas son digresiones. Adelante:

«Mr. Rhodes creía en la evolución. Se decía: «¿No es posible que haya inteligencias en el universo tan superiores á la mía, como es superior mi intelecto al de un perro? Siguiendo sus meditaciones, poco á poco, se le hizo más palpable la realidad, por lo menos como una posibilidad de que existiera un Dios protector de los hijos de los hombres, severo escrutador de sus actos durante la vida.»

»Mr. Rhodes nunca renunció á su posición de agnóstico; pero al fin llegó á convencerse de que había igual número de probabilidades en pro de la existencia de Dios como en contra. De ahí nunca pasó. Admitió la existencia de Dios «en un 50 por 100.» (*sic.*)

Tenemos, pues, á Mr. Rhodes, según la exposición de Mr. Stead, que aunque en síntesis, he seguido con fidelidad absoluta, en posesión, como si dijéramos, de un Dios rebajado á su mitad por un hombre como Mr. Rhodes. Esto era ya bastante, pues él mismo se encargaría, llegado el caso, de completar lo que faltara.

Sigamos con Mr. Stead:

«Díjose Mr. Rhodes: «Si hay Dios y si á El le importa lo que yo haga, creo que no me equivocaré al decidir que á El le agradará que haga yo más ó menos lo que El está haciendo: que trabaje en el mismo sentido y hacia los mismos fines que El. Por tanto, lo primero que tengo que hacer es averiguar lo que Dios (si es que hay Dios) está haciendo en el mundo; ¿cuáles son sus instrumentos, cuáles son las líneas que El sigue y cuál es el objetivo que El se propone? Después, lo que á mí me incumbe es hacer lo mismo, usar los mismos instrumentos, seguir las mismas líneas de conducta y perseguir el mismo objetivo como mejor me lo permitan mis habilidades».

Advierto al lector que todo el párrafo precedente es traducción literal del que consta en la segunda columna de la pág. 362 de la *Review of Reviews* (1).

Ahí no pararon las meditaciones de Mr. Rhodes. Evidentemente ya desde ese momento había decidido asociarse á la Divinidad consintiendo, después de detenido examen, no así á la topa tólonbra, sino con pleno conocimiento de causa, como resulta de la sesuda exposición de Mr. Stead, en colaborar con ese Dios un tanto mermado de sus concepciones agnósticas y darwinianas.

Sigue Mr. Stead:

«Lo primero que se le ocurrió á Mr. Rhódes, como resultado de su examen de las relaciones de Dios para con el hombre, fué que la deidad debe apreciar las cosas de acuerdo con una escala comprensiva. Así, pues, si mister Rhodes pensaba en continentes, su Creador debería pensar por lo menos en planetas...» Interrumpo, para observar que Mr. Stead suministra aquí una base de comparación que nos permite determinar la importancia relativa del Creador y de Mr. Rhodes. En efecto, la proporción es la siguiente: continente es á planeta, como Rhodes es á Dios. Tómese el más pequeño continente dentro del planeta más grande, todo ello en gracia de discusión,

(1) Mes de Abril de 1902.

porque Mr. Stead no precisa, y hallárase determinada matemáticamente la relación entre Rhodes y Dios. Repito que las frases transcritas son traducción literal, sin la adición de una sola palabra.

Sigamos:

«En otros términos: el plan divino debe ser, por lo menos, coextensivo con la raza humana. Si hay Dios que de nosotros se preocupe, El se preocupa de todos nosotros y no de unos pocos que estén por ahí arrinconados. Cualquiera que sea el instrumento que El use, tendrá que ser un instrumento capaz de ejercer influencia sobre toda la raza. Por tanto, el alcance del instrumento, como diría un papista (es decir, católico, apostólico, romano), la catolicidad de la Iglesia es una de las primeras credenciales del origen y autoridad divinos del citado instrumento. Si podemos descubrir las huellas del plan divino, ese plan debe ser universal y aquel agente ó entidad constituída que se acerque á El en la universalidad de su influencia, será portador de la marca de fábrica divina.» No me cabe duda de que al llegar á este punto, Mr. Rhodes estaba decidido por completo. Hay en estos racionios, que con reverencia y acatamiento repite Mr. Stead á los pueblos anglo-parlantes, para que los atesoren como guía suprema de conducta, un engreimiento inconcebible, y para los creyentes, un blasfemar que pasma, sin que uno sepa si es candor nacido del engreimiento mismo ó excesiva confianza en la imbecilidad humana. No me sorprendería que con toda seriedad, á renglón seguido de lo de la marca de fábrica divina, dijera algún panegirista de Rhodes, sobre poco más ó menos, lo siguiente: «En el estado de las cosas así alcanzado, Mr. Rhodes decidió proclamar al mundo su intención de cooperar con Dios, y á tal efecto, siendo hombre práctico, hizo preparar los documentos del caso. Para dar una idea de su grandiosa concepción, baste citar solamente el membrete del papel de cartas de la nueva razón social, que decía así:

«Dios, Rhodes & C.º Limited. Creadores y explotadores de hombres y de mundos. Sociedad Anónima por ac.

ciones. Oficinas en el cielo, en Londres, Kimberly Bulguayo y otros lugares en la tierra. Presidente, Dios. Director-Gerente y Administrador único, Cecil Rhodes.»

Toda la irreverencia de esta suposición recae sobre Rhodes y sus panegiristas que, cegados por el orgullo de raza, en su soberbia de anglo-sajones, llegan á establecer relación matemática comensurable entre un ser humano, átomo despreciable, como lo somos todos, y Dios omnipotente y eterno.

Volvamos á Mr. Stead: «Lo que Mr. Rhodes buscaba era algo más antiguo y más universal que las iglesias y las religiones; lo encontró en la doctrina de la evolución. Aquí, por lo menos, se presentaba una ley ó método uniforme de procedimiento divino que en cuanto á su antigüedad no dejaba nada que desear y que en el actual momento histórico es universalmente activo entre todos los seres que sienten. ¿Cuál es el rasgo característico de esa doctrina? La perfección de las especies alcanzada por la eliminación de los ineptos. Las especies más capaces sobreviven, las menos capaces sucumben. Las especies entre los animales ó las razas entre los hombres son susceptibles de mayor aptitud, resultando de ahí que la especie ó raza más perfeccionada queda de hecho investida con lo que pudiera llamarse la prerrogativa suprema para el futuro. A Mr. Rhodes le parecía, á través de sus antiparras darwinianas, que ese era el método adoptado por Dios para gobernar su mundo, método que ha seguido y sigue y seguirá, hasta donde podemos prever el futuro.»

«Tomando el planeta como el área escogida para la actividad divina, reconociendo en el perfeccionamiento de la raza por la vía de la selección natural y en la lucha por la existencia los instrumentos favoritos del Ser Supremo, esta cuestión se presenta inmediatamente: ¿cuál es actualmente la raza que parece ser el instrumento divino con el cual se ha de llevar á cabo la idea divina en toda la superficie del planeta?»

«Muy pronto decide Mr. Rhodes que de todas las ra-

zas, blanca, negra, amarilla, etc., la blanca es la escogida.» ¿Qué hay de más excelso en el mundo? Se decía Mr. Rhodes. «¿No es la idea de la justicia? La justicia entre un hombre y otro hombre igual, absoluta, imparcial, juego limpio para todos, ese debe ser el primer distintivo de una sociedad perfeccionada; pero en segundo lugar ha de haber libertad, porque sin ella no puede existir la justicia; el tercer distintivo hacia el cual tiende la razón humana como meta final, es, sin duda, la paz de la comunidad industrial, como opuesta á la tribu militar ó al imperio belicoso. Estas tres cosas parecían á mister Rhodes suficientes para determinar las pretensiones de las varias razas del mundo á que se las considere como el instrumento divino de la evolución futura. Justicia, libertad y paz. ¿Qué raza del mundo es la que preconiza y establece sobre el área más vasta posible un estado social que descansa en estas piedras angulares? Mr. Rhodes no vaciló en llegar á la conclusión de que esa raza, es la raza inglesa. El hombre anglo-parlante, sea el británico, americano, australiano ó sudafricano, ese es el tipo de raza que hoy, y seguramente en lo futuro, llevará á cabo la obra más eficaz y más práctica para el establecimiento de la justicia, de la libertad y de la paz en la sección más amplia y vasta del planeta.»

«Mr. Rhodes halló el ideal que buscaba desde hacía tanto tiempo. ¿Cuál era el método práctico de realizarlo? Su gran sueño era formar una sociedad compuesta de hombres de profundas convicciones y de vastas riquezas que hicieran, en favor de la raza anglo-parlante, lo que la sociedad de Jesús hizo por la iglesia católica á raíz de la reforma.»



Resumiendo, tenemos que desde temprana edad mister Rhodes se preocupó por hallar un ideal digno del esfuerzo supremo y persistente de su vida entera; que al interrogar su conciencia sobre si había ó no había Dios, quedó

indeciso, resolviendo que las probabilidades en pro y en contra se equivalían entre sí, lo que le indujo á admitir, á la manera de aquel devoto que ponía una vela á San Antonio, y otra al diablo, por lo que pudiera suceder, la existencia de un Dios á medias ó de un «cincuenta por ciento de Dios», como punto de partida; que no halló el ideal supremo que buscaba en la adquisición de la riqueza material, ni en la política, ni en la religión positiva, ni en ninguna de las iglesias cristianas. Consta, también, que buscó algo anterior y superior á todas las iglesias y que, por fin, la doctrina de la evolución le marcó el derrotero que había de seguir; que entonces juzgó que su primera tarea debía ser la de averiguar los fines de Dios y sus procederes para alcanzarlos, con el objeto de buscar él también aquellos fines y de imitar estos procederes; que se dió á investigar cuál era entre las razas humanas la que llevaba en sí el sello manifiesto de ser el instrumento escogido por Dios para la realización de su obra, de acuerdo con la doctrina de la evolución. Díjose que aquella raza cuya acción en la vida de la humanidad demostrara ser la más apta para implantar, extender y mantener la libertad, la justicia y la paz en el mundo, sería de hecho la raza predilecta, el instrumento de Dios para dominarlo. Decidió que la raza blanca, dentro de las demás razas, y los pueblos anglo parlantes, dentro de la raza blanca, reunían los requisitos deseados, requisitos que constituyen la credencial divina que les da derecho á supremacía y predominio absolutos.

La incógnita estaba despejada; definido el objetivo, era claro su deber de esforzarse con toda el alma para alcanzarlo. Rhodes quería asociarse á la Divina Providencia; él entraba en esa asociación después de un estudio meditado como el comerciante que aporta sus haberes á una sociedad traficante. La labor del Creador quedaba encerrada dentro de las aspiraciones y acción de una parte de la humanidad unida por el vínculo tangible de un común idioma. Mientras él, Rhodes, viviera, había de ser «el César y el Loyola» de esa asociación de pueblos aspirantes

al predominio universal. «Por tanto—se decía,—si es que hay Dios, lo que á Él agradará, es que yo pinte de rojo británico la parte mayor que me sea posible del mapa de Africa, y que, en todo el resto del mundo haga cuanto pueda para cimentar la unidad y extender la influencia de la raza anglo parlante»... Y procedía diciendo: «¡Qué campo tan amplio y qué horizonte para el esfuerzo, por lo menos durante los dos siglos venideros de las mejores energías, del mejor pueblo de la tierra! Es un plan perfectamente realizable; pero que requiere una organización, porque le es imposible á ningún átomo humano, completar cosa alguna por sí solo y mucho menos una idea como ésta, que requiere almas abnegadas durante los doscientos años próximos.

Tres son las cosas esenciales: 1.^a, el plan debidamente meditado y aceptado; 2.^a, la primera organización; 3.^a, el acaparamiento de la riqueza necesaria.»

En cuanto á la organización, preconizaba Mr. Rhodes «la de una sociedad secreta organizada como la de Loyola, sostenida por la riqueza acumulada de aquéllos, cuya aspiración es el deseo de hacer algo y sostenida también por la horrible molestia del difícil problema que cada día se presenta ante su mente de cuál de sus parientes ineptos ha de ser el heredero de la riqueza. Así daríaseles (á esos dueños de inmensas fortunas), una solución para tal problema, y se aliviaría su espíritu, aprovechando para algo útil la fortuna heredada ó mal habida.»

Y esa formidable asociación, pseudo-émula en su espíritu de la Sociedad de Jesús, habría de formarse exclusivamente por individuos cuyo título, para ser miembros de ella, sería la fortuna «heredada ó mal habida.» Los grandes bribones, suficientemente hábiles para escapar á la sanción pública y al Código penal, figurarían en primera línea, siendo halago para que ingresaran en la sociedad esos supremos y egoístas criminales, la consideración del uso póstumo de su mal habida riqueza... ¡Sobre estas bases y con estos elementos, habría de constituirse la organización archipoderosa, socio del Altísimo en la

tierra, para ayudarle á El á desarrollar su labor de justicia, de libertad y de paz!

Esa es la exposición de la doctrina á través de la cual, y á pesar del miserable simbolismo y de la altisonante palabrería, se revelan una avaricia insaciable y una soberbia satánica. Con argumentos sofisticos, Mr. Rhodes quiso darle á la labor de conquista y de despojo de los débiles, el aspecto y el carácter de labor divina que busca las huellas del Supremo Hacedor para seguirlas. Pero eso sí, al pretender fines trascendentales, no descuida la adquisición de la riqueza material para sí, y con insolencia inaudita preconiza esa riqueza material, «bien ó mal habida,» como título indispensable á los apóstoles y guías de esa nueva religión que ha de someter el mundo entero al dominio de los pueblos anglo-parlantes, so color de que ellos son los escogidos del Ser Supremo para realizar su obra en la tierra:

Y si de la teoría descarada pasamos á la práctica, hasta donde le fué dado mostrarla al profeta Rhodes en su peregrinación por la tierra, ¿qué hal lámos? ¿Qué hizo por la libertad, la paz y la justicia? Hablen en su propio país todos aquellos despojados por medio de las acciones de compañías anónimas que Rhodes fundó y que han costado centenares de miles y millones de libras á los suscriptores engañados con falsas promesas. Hablen los innumerables hogares enlutados en todo el imperio británico, los miles de ingleses muertos en el Transvaal, las ruinas humeantes en la Colonia del Cabo, y en las dos Repúblicas Sud africanas, los boers muertos en el combate, la voz de los que sufrieron agonías indecibles, prisioneros ó en el destierro, y los lúgubres y pavorosos campos de concentración en donde morían á diario centenares de mujeres y de niños por el crimen de ser un obstáculo para los planes de ese predominio que, según Rhodes, habría de implantar sobre la tierra la justicia, la paz y la libertad.

Es preciso estar cegado por el fanatismo de una idea, para que un hombre se atreva, en presencia de hechos

tan flagrantes, á proclamarse bienhechor de la raza humana y apóstol de su salvación. Sorprende también que Mr. Stead, hidalgo defensor de los gallardos luchadores sudafricanos, se convierta en el panegirista de Rhodes, encarnación del espíritu plutócrata, egoísta, inhumano y cruel, tan sólo porque este último se proclamaba el guía de los pueblos anglo-parlantes hacia la supremacía sobre el resto de los hombres.

No; el triunfo no será de los que violentamente aspiran á dominar á sangre y fuego, fundándose en la riqueza material, aunque envuelvan sus pretensiones con el nombre de muchos pueblos de la tierra compartidores de un mismo idioma. Por la vía del atropello no se llegará al establecimiento de la justicia. En los mismos pueblos anglo-parlantes existen millones de hombres que protestan contra tan absurdas pretensiones. Dígalo si no el mismo Mr. Stead. Lo de razas predilectas con destino manifiesto al predominio no pasa de ser una vana concepción en que se complacen los demagogos ó los tiranos para halagar á pueblos que les sirven de instrumento.

Si han de dominar en absoluto los anglo-parlantes, ¿qué será de las demás naciones blancas? ¡Ay de Alemania, de Rusia, de Francia y de Italia! ¡Ay de España, de México, de Chile, de la Argentina y demás pueblos hispano-parlantes! ¡Ay de Portugal, del Brasil y de Grecia! Todo eso, según Rhodes y sus panegiristas ha de arrollarlo en nombre de la «paz, la libertad y la justicia» (*á lo Rhodes*) la masa anglo-parlante dirigida por un grupo de plutócratas, compuesto, en gran parte, de bribones adinerados, según las palabras mismas del fundador!... Y esto se dice en los principios del siglo xx, cuando los pobres y los humildes, conscientes de la fuerza que les da su número, como mar que los vientos encrespan, se agitan ya pidiendo cuenta de su derecho á los que por siglos se lo han detentado. Con toda la temeridad de la ignorancia supina, Rhodes hizo caso omiso de los signos de los tiempos. Beneficiario de la injusticia, pro-

clamó el reinado de ella para siempre. No vió, ni que el cielo se ennegrecía, ni oyó tampoco el retumbar del trueno.

Y para terminar, una observación. Eso de pretender ser algo así como socio de Dios sobre la tierra; eso de hacer pie en una máxima de Aristóteles preconizadora de una meta excelsa, para explotar y esquilmar á hombres y á pueblos; eso de hablar de libertad, de paz y de justicia, ante hechos tan flagrantes, es una suprema hipocresía. El hacerlo con la pretensión de que el mundo entero lo crea, una farsa inaudita de que solamente son capaces los que, por reconocidas idiosincracias étnicas, sean invulnerables al ridículo.



❧ CARLOS NAVARRO
LAMARCA ❧ ❧ NOVE-
LISTAS NORTE-AME-
RICANOS ❧ ❧ NATHA-
NIEL HAWTHORNE ❧

Á SALVADOR RUEDA ❧ ❧ ❧
❧ ❧ ❧ ESPÍRITU SELECTO

HAY escritores, y en especial poetas, que producen obras puramente ideales, pedazos de su imaginación tejidos con rayos de luna, y hermosados con la luz peculiar de su espíritu artístico. No hay en ellas distinción entre el poder imaginativo que pinta, y el objeto pintado. El ensueño es inseparable del soñador. Ejemplo: el «Hyperion» de Longfellow.

Hay en cambio otros espíritus cuya imaginación creadora surge de su profundo conocimiento del mundo real y de su simpatía con él. Tratan el hombre, sus pasiones, su alma, su vida misma tal como existen, y en toda su infinita variedad.

Shakespeare (1) es el ejemplo más perfecto de esta especie imaginativa. Tal es la claridad de su lumbre, que jamás se nos ocurre pensar en el foco que la produce.

(1) Esta es la forma en que el apellido del gran poeta consta escrito en todos los documentos legales relativos á su propiedad raíz, en su licencia real para representar (1.603), en la inscripción de la tumba de su esposa en Stratford-on-Avon, en las cartas dedicatorias impresas de sus dos poemas «Venus y Adonis» y «Lucrecia» (1.593-94) en todas las ediciones contemporáneas de sus dramas (Dice, Marshall-Temple-Irving-Universitie-Society-NewYork etc.), en todas las críticas del siglo XVII, que á sus comedias se refieren, y en la gran mayoría de las modernas (Brandes, Halliwell-Phillipps-MaloneElze-Dowden etc.) Tal es la única forma que según su sabio biógrafo SidneyLee (*William Shakespeare*, pág. 234) *tiene sanción legal y literaria*, y perdone un articulista del *Diario Universal* (Mayo 10), adaptador tan peregrino del «Hamlet» que confiesa bajo su firma autografa *no haber leído el original inglés*.—¡Pobre Shakespeare!...

Como en un mediodía clarísimo olvidamos que la luz solar que en el Universo fulgura es parte del Universo mismo, así el dramaturgo en sus obras geniales. Vemos en ellas un mundo tan variado, tan hermoso, tan rico en tonalidades cambiantes, que á nadie ocurre pensar que el medio lumínico por el que tales colores discernimos emana de una sola estrella. Involucramos en la escena el mago radiante que la dibuja.

Entre estas dos clases de imaginación creadora, hay otra, que también nos presenta el mundo real, pero envuelto en resplandor tan pálido, si con el anterior se compara, que nuestro espíritu no pierde de vista el foco que lo engendra, y acaso le da mayor importancia que á los objetos que ilumina, precisamente porque está acostumbrado á percibir siempre esos objetos á la plena luz diurna. Si las cosas iluminadas no nos fueran familiares, el fulgor no nos parecería tan misterioso, no nos sorprenderían sus tintes vagos, pero uniformes, sus colores que se desvanecen, no podríamos penetrar *en la atmósfera lunar de lo novelesco*.

La luz de la luna dice Hawthorne en el prólogo de su *Scarlett Letter* «que cae con su blancor argentino sobre la alfombra de una habitación familiar, haciendo surgir las formas y los detalles, claros y vívidos, pero distintos de cuando el sol de la mañana los ilumina, es el medio más propicio para que el novelista trabe relación con los huéspedes de su fantasía, convirtiendo su estancia en una especie de territorio neutro, entre el mundo real y la mansión de las Hadas, en el que lo palpable y lo imaginario pueden encontrarse y entrelazar sus naturalezas.»

¡La luz lunar de lo novelesco!... Nadie la siente como Hawthorne. Sus caracteres no son tejidos soñados y vagorosos de rayos de luna como los de los idealistas puros; bosquejados están firme y distintamente, pero siempre vistos á través de una luz extraña y fantástica, la luz contemplativa de la idea particular que ha flotado en su espíritu al concebir cada una de sus novelas.

Algunos escritores ingleses, Dickens, Thackeray Scott,

y aun el mismo dramaturgo de Avon, hacen de sus historias novelescas, medios ó escenarios para delinear caracteres, y los presentan, no bajo determinada faz espiritual, sino en toda su integridad psicológica, bosquejando con la misma nitidez varios de sus aspectos y matices.

Otros subordinan sus caracteres al interés dramático del asunto, usándolos únicamente para abrillantar el colorido de la acción que describen. Los cuentos y novelas de Hawthorne no pertenecen á ninguna de estas dos clases. Su unidad es ideal. Sus personajes reales y definidos, pero iluminados siempre por extraño resplandor. No son propiamente novelas, las del puritano genial de Massachusetts, son situaciones ideales, anomalías psíquicas, desarrolladas en una serie de páginas de místico y opalino fulgor.

El ridículo fracaso que aniquila la pretensión de renovar en la vejez las esperanzas ilusorias de la juventud, lo cristaliza Hawthorne en una fantástica miniatura novelesca de proyecciones teosóficas (*The Wedding Knell*); el aislamiento absoluto de la vida interior y profunda de cada corazón, y el terror que los síntomas visibles de tal aislamiento inspiran, lo traduce el novelista en una pintura halada y melancólica. (*The Minister's black veil*); el antagonismo psicológico y morboso que obsesiona el espíritu de un neurasténico, entre la loca adoración que á su hermosísima esposa profesa, y el tenaz y punzante horror que le causa un lunar de su mejilla, lo esculpe el teopneusta con rasgos de perseguido patológico. (*The birthmark*).—Y esta característica espiritual de Hawthorne resalta más en sus grandes novelas.

En *The Scarlet Letter*, por ejemplo, veo una sola concepción dominante dividida en escenas de poderoso brillo.—Dicha concepción es el trastorno profundo que el pecado de Betsabé con el David bíblico, produce en las almas antes hermosas de aquellos á quienes directamente afecta; el amante, la esposa adúltera, el vástago monstruoso.—Ilumina la obra entera, la cárdena luz de aquel pecado.—Hasta el carácter del esposo ofendido lo subor-

dina el novelista al desarrollo artístico de los otros tres.— No es el Urias hebreo muriendo resignado y heroico sobre el cerco de Rabac, y coronándose de guerrera gloria; es la encarnación sombría y satánica de la implacable némesis, persiguiendo su ofensor hasta sepultarle en las rojas y abrasadoras ondas del Hejetonte dantesco. Hay dos conceptos mentales en este libro sobre los que Hawthorne concentra toda su fuerza imaginativa.—El primero, la posición falsa del pastor que aumentó en reverencia y popularidad en la parroquia como fruto de su pecado mismo, pues el grito de apasionada angustia que vibra perenne en su corazón desgarrado por el remordimiento, le enseña á conocer los corazones y profundizar las conciencias de sus feligreses aconsejándolos sabiamente en sus tribulaciones.—Su carácter nos recuerda al Concejal (1) ibseniano, presa de los culpables sentimientos que llenan un alma débil, colocada en situación semejante, el desprecio de sí misma, demasiado apasionado para convertirse en amor propio, la vacilación penitencial ahogada por anhelos insanos de blasfemia, el exquisito dolor en fin de la ambición satisfecha al par que consciente de su vergonzosa falsía.—La segunda creación maravillosa del artista es el desgraciado vástago de la criminal pasión.—Da á la niña, á Perla, por herencia una naturaleza rebelde, maligna, no desprovista de ternura, pero deleitándose al tiempo mismo, inducida acaso por fascinación misteriosa, acaso por su Calibanesca malignidad, en herir los puntos más dolorosos del corazón de Hester.—La horrible A escarlata es su juguete favorito.—No se acerca á su madre si no tiene en su seno la letra fatídica, el estigma de su vergüenza.—Las desesperantes antítesis emocionales que agitan á la infeliz adúltera, se graban dolorosamente en nuestro espíritu.

Hay una escena maravillosa en el libro que reúne todos estos afectos.—Dimmesdale, ansioso de inventar pe-

(1) *Los puntales de la Sociedad.*

nitencias en que expiar su crimen, se arrastra á media noche revestido de sus canónicas insignias, hasta el cadalso en que Hester Prynne y su hija fueron años antes escarnejadas.—Es la noche en que los notables del pueblo velan el morturio lecho del Gobernador de Massachusetts.—Uno de los Reverendos colegas de Dimmesdale atraviesa con su linterna la explanada en que se destaca el cadalso.—En su horrible y morbosa excitación, Dimmesdale casi le llama en alta voz, y paralizado luego por el terror y transidos de frío sus temblorosos miembros, angustioso pensamiento le asalta.—«Si no pudiera bajar los escalones del cadalso, y surgiera el nuevo día, y lo sorprendiera allí su grey reverente»..... saldrá el sol y permanecerá allí. Despertará el vecindario.—Los madrugadores al pasar verán en la media luz de la aurora una «figura vaga, indefinida, de pie en aquel lugar de vergüenza y escarnio, y medio locos, entre curiosos y alarmados, irán llamando de puerta en puerta, para que «vengan todos á contemplar al aparecido, alma de algún «condenado inocente, según creerán, que vuelve á la tierra en busca de justicia.—Volará de casa en casa un «murmullo de asombro, y entonces, en pleno amanecer, «á la luz del sol naciente y vívido, se levantarán presurosos los viejos patriarcas, y las timoratas y púdicas matronas apenas se detendrán á componer sus atavíos.—«La tribu entera de personajes solemnes, en cuyas cabezas nadie ha visto jamás agitarse un solo pelo, aparecerá en público con el desorden de una pesadilla angustiosa grabado en su porte y en sus rostros.... Los diáconos y subdiáconos de la iglesia y las vírgenes del rebaño «que tanto adoran á su pastor que le han erigido un altar «en sus senos purísimos..... todos... todos se agruparán «horrorizados alrededor del cadalso, y verán en él nada «menos que al Reverendo Arthur Dimmesdale en persona, yerto de frío, temblando de terror, agobiado por la «vergüenza, en el cadalso mismo en que sufrió Hester «Prynne..... Arrastrado por el grotesco horror de este «cuadro, estalló inconsciente el Ministro en carcajada

»frenética.—Fué inmediatamente contestado por una risa
 »ligera, aérea, infantil, en la que su corazón, entre extre-
 »mecimientos no sabía si de exquisito placer, ó de do-
 »lor punzante, reconoció los acentos infantiles de su
 »hija..... de su pequeña Perla.—Perla..... Perla querida.....
 »gritó después de un instante de pausa, y luego bajando
 »la voz.—¡Hester!... ¡Hester Prynne! ¿estás ahí?... ¡Sí!...
 »soy yo, ¡Hester!, replicó sorprendida la precita del vul-
 »go, acercándose por la estrecha senda lateral que en
 »otro tiempo holló entre mofas y escarnio.—¡Soy yo!... ¡y
 »mi Perla!... ¿Quién le trae aquí?, clamó el ministro... Ven-
 »go de casa del Gobernador Winthrope, de tomar medi-
 »das para su mortaja... ¡Ven aquí, Hester!... Y tú Perla,
 »interrumpió el Reverendo Dimmesdale.—Antes, habéis
 »estado aquí las dos... y yo no estaba con vosotras... Ve-
 »nid ahora aquí y permaneceremos juntos... ¡Los tres!...
 »¡Los tres!... Subió Hester silenciosa los escalones del ca-
 »dalso, y se detuvo en la plataforma con su hija Perla de
 »la mano.—Estrechó tremante el ministro la manecita li-
 »bre de la niña, y al hacerlo surgió en él un torrente de
 »nueva vida, que no era la suya y se derramaba tumul-
 »tuosa en su corazón deslizándose luego rápida y suino-
 »sa por sus venas como si la madre y la niña comunica-
 »ran su fuerza y calor vital, á su espíritu entumecido.—
 »Formaban un circuito eléctrico... ¡Ministro!... balbuceó
 »la niña, mañana al medio día, ¿nos llevarás así de la
 »mano, á mí madre?... ¡No!... ¡No!... Perlita, contestó el
 »ministro, y renació en su alma con la energía nueva,
 »todo el terror á la vergüenza pública que había angus-
 »tiado su vida entera, y tembló ante aquella situación,
 »que prolongaba sin embargo con alegría extraña....
 »¡No!... ¡hija mía!... ¡No! ¡otro día!... ¡mañana no!... Oyose
 »nuevamente la argentina carcajada de la niña que trató
 »de soltar la mano del ministro.—El se la estrechó con
 »fuerza.—¡Un momento más, hija mía!.. ¡Perlita!... Si me
 »prometes que mañana al medio día nos cogerás á mí y
 »á mi madre de la mano...

En ese momento atraviesa el firmamento un relámpa-

go que ilumina el cadalso con su luz lívida y cárdena después de describirlo, prosigue el novelista:

«Había una circunstancia singular que caracterizaba el estado anímico de Dimmesdale en tan críticos momentos. Mientras al zenit dirigía sus ojos, estaba seguro que la niña, su pequeña Perla, señalaba con sus deditos al viejo Roger que vagaba á corta distancia del cadalso.

»El Ministro creía verlo con la mirada misma que descubría la letra fatal.... Vestía la luz meteórica sus facciones con una expresión nueva que recordó al Ministro y á Hester el día del juicio final, en el que aparecería, también, la forma horrible de Roger, como vengativo y sarcástico demonio, ansioso de reclamar su presa. Era tan intensa esta impresión que parecía fulgurar en el horizonte negro, aun después de desvanecido el meteoro, aniquilando y obscureciendo todo, con su incontrastable fuerza...»

Tal es la noche extraña y fantástica de Hawthorne, en la que el delirio histérico del Ministro, la fortaleza silenciosa de Hester Prynne, la sombra horrible de Roger, y la risa infantil y burlona de la niña al descubrir la cobardía de su padre desconocido, constituye una amalgama de elementos humanos tan lúgubre y macabra, como hervir pudiera en las calderas mefistofélicas de la noche de Walpurgis, amontonarse en los repugnantes aquelares de los brujos de Zugarramurdi, ó confundirse con los espectrales banquetes de los cadavéricos vampiros del Monje San Henulfo.

En *The House of the Seven Gables*, otra de las novelas de Hawthorne, contemplamos un cuadro pintado exclusivamente para fijar en nuestro espíritu el concepto de que las influencias malignas de una acción criminal se transmiten á veces con fuerza acumulativa á través de las generaciones y los siglos. Como el crimen de Pompret, en el Ricardo II *Shakesperiano*, persigue la casa de Lancaster á través del ciclo histórico trágico que termina con el horroroso y mortal delirio del sanguinario Gloucester, así la sombra de un pasado criminal pesando sobre los

habitantes del viejo caserón de Nueva Inglaterra se cierne como tenebrosa nube sobre la novela entera, y hasta sus más mínimos detalles recuerdan siempre el pasado horrible del que arrancan los acontecimientos. La tienda que la solterona Pincheón reabre en el vetusto caserón, no es nueva. Un antepasado funesto de la familia abrió otra, hace más de un siglo que persigue á la reabierta con su sino fatal, y las escaleras no pueden lavarse por estar enmohecidas con el verdín de generaciones culpables. La efigie borrosa del antepasado Pincheón que cuelga en un muro, el césped del jardín con la decadente negrura vegetal del abandono, la extinguida raza de gallos aristocráticos que vagan macilentos por el huerto, todo parece evocar el tétrico pasado, y su deletérea influencia.

El representante principal de la familia muere de la misma enfermedad, en el mismo sillón y con los mismo síntomas que su antecesor, el fundador de la extirpe maldita, y arroja con su muerte, subita luz que esclarece el tenebroso crimen, años antes cometido. El Juez Pincheón queda muerto en su silla, repentinamente, y con el reloj en la mano. Hawthorne le hace objeto de terror y desprecio. Le recuerda todos los compromisos para aquel día, el *meeting* bancario que debía presidir, la cita comercial, las compras privadas, hasta el pequeño acto filantrópico que había proyectado realizar si el tiempo y su bolsa lo permitieran. Reprocha al Juez su inmovilidad....

«En aquella casa había resuelto pasar media hora, ¡media hora!... Pero, Juez, han transcurrido dos en vuestro exactísimo cronómetro. ¡Baja los ojos hacia él!... ¡Fíjatel!... ¡Ah!.. Ni siquiera se toma el trabajo de inclinar la cabeza ó subirla mano para observarlo. El tiempo, el valioso tiempo parece ser ya para el Juez cuestión de poca monta.»

...Y sigue el novelista recordando al muerto á medida que pasan las horas lo que pensó, por la mañana, hacer en ellas.

«...¡Es un banquete político!... ¡Apúratel!... de él depen-

»de tu elección... ¡Haz tu papell... ¡Bebe una copa ó dos
»de ese generoso vino!... ¡Haz tus promesas y tu programa de gobierno como mejor te pareciere!... ¡Vamos!...
»¡Dos palabras, Juez... dos palabras y serás gobernador del viejo estado!... Gobernador Pincheon de Massachusetts... ¿Qué esperas?... ¿Qué haces ahí en esa silla? ¿Acaso no quieres cambiarla por la gubernamental?...»

Y en la misma forma y á través de las veinticuatro horas que permanece descubierto el cuerpo del Juez, continúa Hawthorne mezclando con la pintura sobrenatural de la muerte que no cesa de mantener vívida, los sentimientos que nos apegan á esta mísera vida, las preocupaciones, los sarcasmos de la sensiblería social, los sabios incentivos de la ambición para arrojarlos envueltos en su helada ironía al lívido cadáver del magistrado, produciendo en nuestro ánimo repulsiva sensación de espanto.

Otro ejemplo aún más notable de esta morbosa espiritualidad encontramos en «*Transformation.*»

Donatello, el Conde Toscano, el hombre natural, la encarnación actual del Fauno Praxitélico, vive la vida feliz y espontánea de los semi-dioses de las selvas y sólo despierta á la vida real por los remordimientos de un delito impulsivo. Se enamora apasionadamente de Miriam, joven artista de ardorosa naturaleza, brillantes dotes y misterioso origen á quien persigue y atormenta un semi-hombre, semi-demonio, con quien la unen ciertos misteriosos lazos (que deja Hawthorne en la penumbra), que en vano pugna por desatar. Paseando con Donatello una noche de luna al borde de la roca Tarpeya, descubren al atormentador. Miriam, tiembla, Donatello se lanza hacia el misterioso verdugo, lo suspende delirante sobre el precipicio, mira los ojos de Miriam, lee en ellos el asentimiento de su crimen... lo sacude y lo lanza en el espacio... Oyese un ruido sordo que va amortiguándose lentamente. Después, nada... ¡Todo se ha consumado!... Miriam hasta entonces no había sentido por su adorador, sino amable lástima, pero en ese momento surge á un tiempo en su pecho el horror y el amor, mezcla monstruosa, delirios de

pasión brotando de coágulos de sangre. Y así dice Donatello:

«¿Queríais que muriera?... ¡Leí su sentencia en tu mirada cuando con los míos se encontraron tus ojos!... Decid que lo he asesinado, contra nuestra voluntad, decid que ha muerto sin nuestro pleno consentimiento, y me veréis arrojar me tras él al abismo... Miriam le atrajo apasionada hacia su pecho en abrazo estrechísimo que unió sus corazones confundiendo su horror y pasional agonía en una sola emoción y estático raptó. ¡Sí!... Donatello, es verdad, mi corazón lo consintió... ¡Matamos juntos al miserable! El crimen nos une en el tiempo y en la eternidad con sus anillos de serpiente... ¡Anillos inseparables!... ¡Sí! Era tan íntima la unión en estos instantes, que parecía derrumbarse y aniquilarse todo ante la emoción nueva que les arrancaba de la cadena de los seres, cuando para ellos solos una esfera nueva, una ley suprema!...

»Amigo mío, exclamó Miriam, tienes como yo, conciencia del lazo que hoy entreteje las cuerdas de nuestros corazones. ¡Lo siento!... Miriam, dijo Donatello, respiramos un solo hálito, vivimos una sola vida!... ¡Ayer, continuó Miriam, temblaba en mi soledad de hielo, ni un amigo, ni un hermano que pudiera consolar y encender mi corazón!... ¡Todo ha cambiado en un instante!... ¿Ya no estoy sola!... No somos criminales, verdad amado mío, hemos sacrificado una vida miserable é indigna para unir las nuestras para siempre!... ¿Para siempre Miriam?, dijo Donatello, unidas por la sangre... Arrojaron tras sí el pasado sombrío, ó por lo menos extrajeron de él embriagadora esencia de orgullo que bastó para arrastrarles en triunfo á través de las primeras etapas de su sino fatal. Porque también el crimen tiene su raptó estático. La violación sangrienta de la ley produce siempre, y por un instante, embriagadora y soberbia sensación de triunfo y libertad. Y así de su simpatía negra, en cuyo fondo yacía un cadáver, surgió una especie de vaporoso é insano deliquio que creyeron compensación sobrada de la soporosa inocencia que para siempre habían perdido!.. Y se confun-

»dieron sus espíritus en la sublime locura del momento,
»y, siguieron... adelante... adelante, sin vacilaciones, sin
»temores, con majestuoso porte y hechizado aspecto... y
»entraron en Roma... y siguieron su peregrinación por
»sus tortuosas calles, como si ellos también formasen par-
»te de la legión de criminales y majestuosas sombras de
»remotos siglos que hechizan espectrales la ciudad eterna
»y sangrienta»...

Recuérdanos esta escena la fantasías delirantes del creador de *The Raven*, pero semejantes anomalías monstruosas no son en Hawthorne superlativas y originalísimas invenciones de horrores físicos como en las *Extraordinarias* de Pöe.

Hawthorne jamás arroja su odio sobre la naturaleza humana. La pinta siempre bajo sus más tiernos y elevados aspectos. Cuando dibuja lo repugnante y lo horroroso en las almas, pinta también su remordimiento y espiritual combate, dejando impresa en nuestros corazones la dolorosa sensación de angustia de aquellos espíritus nobles y semi-angélicos que sufren encarcelación maníquea en un cuerpo maligno y demoniaco del que en vano pugnan por escaparse.

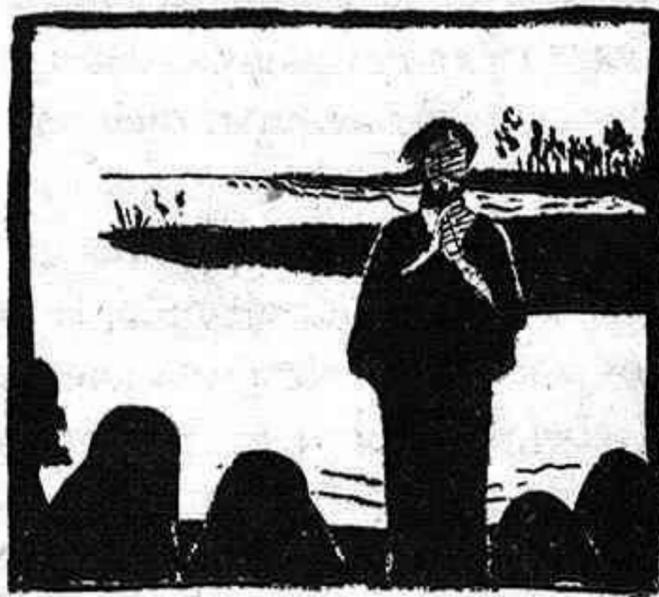
La imaginación de Hawthorne era *inquisitorial*. Dicen que el novelista descendía del célebre «Juez de Hechizerías» que inmortalizó Longfellow en sus tragedias de New England. Acaso heredó de su antepasado esa tendencia á lo misterioso, esa atracción que tantò le fascina hacia la faz extraña de los fenómenos mentales.

Llenas están sus páginas de sugerencias de esta índole. «Sería curioso imaginar, dice en una de ellas, los murmullos y el descontento que surgirían en el mundo si se aboliera alguna de las llamadas calamidades de la especie humana... por ejemplo, la muerte.»

Nos sugiere en otra, una nueva versión de la historia de Isabel, de Bocaccio, presentándonos una joven que, ignorando que su amante ha muerto, y está sepultado en su propio jardín, siente, sin embargo, indescriptible impulso de atracción hacia las flores que crecen alrededor

de su tumba, que tienen peregrina hermosura, exquisito perfume y lozano esplendor, y guarda cuidadosa en su seno, perfumando con ellas su estancia.

Podrían citarse cien ejemplos más de esta tendencia brahmínica (por así decirlo), de la espiritualidad de Hawthorne. Parece, en verdad, haber inspirado á su coetáneo y amigo Holmes, que considera á los humanos como especies de ómnibus fisio-psicológico, que conducen nuevamente á la tierra á sus antepasados en forma y condición nueva. El célebre «Juez de Hechicerías», asociado tal vez con algún otro antepasado literario, reaparecieron en el originalísimo novelista, é informaron su genialidad espiritual, fértil, pero siempre inquieta. Servíale su fantasía mágica para explorar misterios antes que para obedecer á sus impulsos creadores. Se planteaba asimismo un problema psicológico soñado y hacía que su imaginación trabajara, para resolverlo, y como tales problemas se relacionaban casi siempre con la conciencia humana, la imaginación pugnando por marchar al unísono y servir al intelecto, no podía menos de pintar extrañas y brillantes anomalías al despejar sus misteriosas incógnitas. De ahí la fascinadora espiritualidad de sus obras.



PAUL VERLAINE

FIESTAS GALANTES •• CLARO DE LUNA

*Vuestra alma es un paisaje escogido que hacen
encantador enmascarados y bergamascos,
tocando en sus laúdes, danzando y casi tristes
bajo la burla de sus disfraces fantásticos.*

*Y mientras van cantando en el modo menor
el amor vencedor y la vida oportuna,
parece que no creen en su dicha, y deslíen
en el claro de luna su canción y su música,
en el claro de luna sereno, triste y bello,
que hace soñar á los pájaros en los árboles
y sollozar de éxtasis los grandes juegos de agua,
los juegos de agua esbeltos entre los blancos mármoles.*

FIESTAS GALANTES •• MANDOLINA

*Los que dan las serenatas
y las bellas oidoras
cambian frívolos decires
bajo las cantantes frondas.*

*Son Clitandro, Aminta y Tirsis,
y es Damis que para todas
las crueles hace rimas,
tiernas rimas amorosas*

*Sus trajes cortos de seda,
sus largas faldas de cola,
su elegancia, su alegría,
sus blandas y azules sombras,*

*giran, giran en el éxtasis
de una luna gris y rosa,
y la mandolina charla
en la brisa tembladora.*

PAISAJES TRISTES •• LA HORA DEL PASTOR

*La luna es roja en el horizonte de bruma;
en la niebla que danza, el prado, bajo el cielo
se aduerme humoso; grita la rana entre los juncos
verdes por donde pasa un estremecimiento;*

*las flores de las aguas entornan sue corolas
otra vez, y los álamos perfilan á lo lejos
derechos y apretados, sus espectros confusos;
las luciérnagas yerran hacia el ramaje quieto;*

*los buhos se despiertan, y reman sin ruido
con sus alas pesadas el aire tibio y negro;
el cénit está henchido de sordos resplandores;
es la noche; en lo azul emerge, blanca, Venus.*

ROMANZAS SIN PALABRAS •• V

Son joyeux, importun, d'un clavecin sonore.

PÉTRUS BOREL

*El piano que besa una pálida mano
luce en la tarde gris y rosa vagamente,
mientras que con ruido muy ligero de ala
un aire encantador y muy viejo y muy débil
gira discreto, casi moribundo por el
boudoir perfumado por Ella tantas veces.*

*¿Por qué esta cuna súbita mece mi pobre sér,
mece mi pobre sér lentamente y lo aduerme?
¿qué querías de mí, canto dulce y ligero?
¿qué es lo que tú has querido, dí, rondó fino y tenue
que tan deprisa vas á morir al balcón
sobre su jardincito abierto dulcemente?*

Traducciones libres de JUAN R. JIMÉNEZ.



GLOSARIO DEL MES

Los periódicos nos han traído estos días lluviosos una noticia conmovedora, de esas que hacen brotar lágrimas en los ojos y flores en el alma... Bajo la tristeza del cielo gris, al azote del viento negro del Norte, una vez más la eterna barca llena de vida y de latidos alegres de corazón, se hundió en el infierno del agua. Y oid esta balada: En la barca había un niño, y el niño cayó al mar; sus ojitos iban á cerrarse para siempre, cuando un perro, amigo fiel, soñando quizá en la madre pobre, se arrojó tras él, lo cogió con sus dientes, y, con los ojos hacia el cielo, luchó desesperadamente entre las olas. Los ángeles, que miraron dulcemente al perro y al niño, bajaron sobre el mar y, apareciéndose en forma de pescadores, los salvaron de las aguas.

Este perro bien merece todo un libro de versos claros y melancólicos. Y todas las rosas que haya para estos casos. Y que el buen Dios disponga que desde hoy los perros se iluminen de oro y de rosa en los buenos sueños de los niños, y que tengan una aureola azul. Yo te man-

do, perro amigo, perro hermano, perro amadísimo, un caliente y perfumado beso de mi corazón. Y propongo que, á fin de que pases menos mal tu amarga vida, te concedan también una brava pensión, para que te compren todos los días pan tierno y blanco, que bien te lo mereces por tus buenos sentimientos, por tu sangre del cielo y por todas las azucenas de tu alma, tan rica en fragancias de amor. X

NUESTRAS perfumadas marquesas han tenido, días pasados, el honor de besar la diestra del Sr. Brunetiére, conferenciante para la exportación y espíritu poseído del *más ferviente ideal de catolicidad*.

Con tal motivo, «nuestros distinguidos compañeros en la prensa» los redactores de cuantos diarios abrumantes y estóridos se publican en esta culta villa, se han permitido algunas ironías candorosamente malvadas. *Honestas rumor alterum patrimonium est*. Respetémosle este segundo patrimonio al honorable Brunetiére, y saludemos en él al precursor de Mimi Veron y de Nestor Roqueplan, al burgués de París, al pérfido demoledor de Diderot, al único—¡admirable en su soledad! *rara avis in terris nigro que simillima cygno!*—capaz de anteponer Boileau á Horacio y á Aristóteles. ¡Boileau, ese pseudo clásico, no más grande que Moratín y cuyas obras, señores, no he leído ni leeré jamás! Antes los 300.000 versos del Mahabarata, donde se describe la lucha entre los hijos de Pandou y los Dhritarashtra.

HUYÓSE á España la mora Fátima, buscando libertad. Acaso la infeliz oyó contar la vieja leyenda, y á sí misma se dijo: «Vayamos al país en que toda mujer tiene fuero de reina, por ley de galantería». Más... reclamó el sultán, y el Gobierno de España, temiendo algún conflicto, vuelve á su tierra á la desamparada. Sollozará la mora: «¿Es aqueste el país de los buenos caballeros?» ¡Fátima, Fátima! Los buenos caballeros están pobres; las viejas armaduras, roídas de orín. Cuando te has ido, llo-

rado han en dúo lamentable dos viejas matronas, asaz cuitadas: España y su Historia son las tales. Llorando, decían: «¡Y que á tanto mal nos hayan traído estos sin ventura que se dicen nuestros hijos, que no tengamos fuerza para templar la malandanza de una pobre mujer!...»

DESPIERTO sofocado por el calor. La claridad indecisa del amanecer insinúa los objetos, mancha contornos vagos, abocetados. *¡Es la hora solemne del alba!*, como diría un poeta de esos que á sí mismos se llaman modernistas. La ciudad duerme, ó al menos hace como que duerme. Un instante de recogimiento. A través de las paredes de papel de estas casas madrileñas, llegan hasta mí murmurios íntimos; una voz varonil que enlaba; otra femenina que se deja enlabiar; luego, ritmo uniforme de tálamo proífico, *duda del juego supremo* (Mallarmé). No se puede, no se debe despertar á ciertas horas. Renace la calma, como en *La Tempestad*, de Ramos Carrión. La turbulenta villa de los milagros, descansa. Laxitud del placer satisfecho.

Una codorniz insinúa su melopea ó cosa así. Un grillo me araña los oídos con su estridente canturia. Una perdiz se obstina en remedar el chirrido agrio de las puertas mohosas. La codorniz se desgañita. Yo no sé por qué misteriosa razón nuestros viejos y ya *manidos* vates han calificado de sencillo á un animal que da hasta siete golpes, con empeño testarudo, digno de un ministro de la Corona. El terceto se propone molestarme adrede.

Arrogancias aparte, aun cuando no profeso la psicología social é individual, como el catedrático argentino Bunge, me permito hacer una insignificante observación psicológica de carácter colectivo. Un pueblo que enjaula á la codorniz, la perdiz y hasta el grillo para deleitarse con su canto, ha de producir, fatalmente, músicos tan insignes como los Chapí, Terregrosa, Calleja, etc., etc.

Y el pobre Napoleón que decía ser la música el ruido menos molesto...

DECLARADA la epidemia tífica, quemóse el *Asilo*, muestra elocuente de lo que vale y puede la caridad oficial... Y al saberle reducido á cenizas, pienso en el gozo de tantos mendigos, que le odiaban como á prisión, y como á tormento le temían... Platicando con un viejo pordiosero que, entre las sombras de un callejón, hace bailar un cán lanudo, ocurrióseme preguntarle:—¿Estará usted aquí mañana por la noche?—Y respondió el cuitado:—Mañana y siempre, señorito, á no ser que me pase una desgracia... vamos... que me lleven al *Asilo*.

QUEMÓSE; es cierto. Más como los mendigos son estorbo, y además, es posible que mueran de hambre, pensó el gobernador que fuera bien alzar sobre las ruínas nuevo *Asilo*; y pensando en los muchos que tanto tienen, es fama que llegó á escribir á centenares de ellos, centenares de cartas. Pedía la piedrecita para alzar nueva casa á la pobreza... También es fama que logró reunir 120 pesetas.

.....Y dice el Apóstol, nuestro engendrador en la fe: «La caridad cubre la multitud de los pecados.»

GRAN placer es para mí el que experimento en las peluquerías. Una voluptuosidad vaporosa me acaricia los nervios á compás de la mano del peluquero, que me descañona ó me alisa los cabellos suavemente. En esto hay supervivencia de los hijos del Lacio, prolijos en sus tocados.

Un buen artífice, paciente y minucioso en su labor, cuida mi cráneo por la parte de afuera, y el hombre le prodiga los mismos cuidados que un viejo jardinero á su jardín. Afeitando es exquisito. A buen seguro que Saint-Beuve y Lamartine—que por coquetería gustaban de afeitarse mañana y tarde—no lo hubieran envidiado. Luego, es orador tan correcto y fácil, como cierto caballero de cuerda perenne, que peróra á diario en la cacharrería del Ateneo.

Ayer mi hombre me preguntaba con afectuoso interés por qué no iba á la apertura de las Cortes.

—Oh, mi buen Fígaro—hube de responderlo—entre oradores que me *hagan* la barba, me quedo con usted.

OH, tiempos en que los Reyes galanes cortejaban á las bellas con donosos decires, y glorificaban sus amores muertos ofrendando al culto sombrío de un Dios solitario templos de paz! Tiempos amables, llenos de gentileza y de encanto. Así nuestro señor el rey don Felipe IV, en sus devaneos con la novicia del convento de San Plácido, que «la piqueta demoledora» de un alcalde urbano ha derruído para cotizar el terreno á tantos reales el pie cuadrado. ¡Como si la melancolía de las cosas gloriosamente desvanecidas en el tiempo, pudiera ser apreciada por un maestro de obras! ¡Como si con el gemido ronco de la campana, que arriba en el reloj lloraba en las noches azules del verano muertos amores de un rey poeta, no hubiera ascendido á los cielos el alma del monasterio! ¡Como si las monjitas, en su triste desfilas hacia la vida jubilosa y eterna, no arrastraran consigo todo el ensueño, toda la santidad de su mansión terrenal! ¡Oh, alcalde urbano, en verdad te digo que tendrás estatua, una estatua de bronce, que los chiquillos desfigurarán á cantazos dentro de dos siglos, cuando la lluvia de los inviernos te coma la levita y la belleza sea en la tierra con todos los que la habiten!

LEO el libro de un distinguido médico francés: habla de la locura; describe *casos*, apunta síntomas, y entre ellos «hay que notar—dice—el abuso en la escritura de las letras mayúsculas.» Sonríe. Buen argumento contra mí para los amigos criticantes. ¡Oh, primavera! ¡Oh, verdad! ¡Oh, belleza! Tiempos corrieron en que tan enamorado anduve de vosotras y de otras semejantes zarandajas, que no acerté á escribiros sino á guisa de loco—según opina el buen doctor francés;—pero ¡ay de mí! Hoy, que rendido á la Razón y á la Gramática, viejas y desdentadas impos-

toras, renuncié á tal abuso y á tantos que con él van mano á mano como grandes amigos, hoy me encuentro más loco que nunca. ¡Oh, síntomas falaces!

LABRUYÉRE, que habló de la *locura de la guerra* con singular estilo, á buen seguro que no hubiese desdorado dos noticias que leo en el *Heraldo*, y en las que se narran atropellos cometidos por los coches de dos personajes políticos ¡Automedontes que, poseídos de la *locura del atropello*, proclamáis un principio de moral que Nietzsche olvidara en su obra, habéis trasmutado todos los valores que la fusta concedía hasta aquí á los que desde el pescante gobernaban el mundo! ¡Quién le manda á esos pelafustanes transitar por las calles á horas en que las *calabazas rotatorias* corren á resolver «los destinos de la humanidad»!... «Y si tienes coche, podrás atropellar á quien te dé la gana.»

LEO la triste andanza de cuatro pobres titiriteros, apedreados, medio muertos, por el populacho murciano, al cual trataron de divertir. Y pienso cuán amarga es la vida de todos aquellos que nombró Rusiñol *caminants de la terra*, y en cuanto aumenta la amargura, cuando los tales caminantes llevan sobre los hombros una chispa siquiera de idealidad. Porque es el caso que los atareados en trabajos de cuerpo, tienen á crimen la *ruda holganza* de quien labra en ideas. Por eso siempre lapidarán con odio, los que labran la tierra á los juglares, los prácticos en vida á los poetas.

EN *L'Ermitage* leemos: «Concursos de comedias, concursos de novelas, concursos de cuentos. ¿Qué se pretende con esto? ¿Facilitar los *debuts*? ¿Invitar á escribir? He aquí una bestialidad y una mentira, asaz contemporáneas. El que quiera elevarse sobre los demás, que lleve consigo su talento y su esfuerzo. Si nó, que se haga albañil ó empleado ó negociante... Como dicen los buenos burgueses, «eso no deshonorra á nadie»—pero estamos se-

guros de que sus propósitos no son tan ingénuos.» El caballero que tales cosas escribe en la sugestiva revista ha pensado sin duda en nosotros.

VEINTE de Mayo.—Se conmemora la proclamación de la república cubana. Los periódicos lamentan hondamente —¡oh las magníficas prebendas aduaneras!— que no ondee ya nuestro pabellón en tan lejanas tierras. Pero como yo amo muchísimo más que los aranceles, la majestad de las palmeras, las noches en que la luna derrama su blancor por la sabana silenciosa y aquella copla que cantaba, cierta noche, entre los cañaverales, un guajiro—

...y es cubana la montaña
que se divisa lejana...

—no me importa que sea libre, y me importa mucho que sea feliz y que la paz sea con ella por los siglos de los siglos.

COMO siempre que reyes visitan á París, vuelve á preocupar en Francia la cuestión de uniforme para el presidente. ¡Oh, nostalgia inacabable del oropel! La severa matrona que se dice República recibe huéspedes reales; orgullosa de su austeridad, los mira de alto á bajo; pero al sentirse por ellos contemplada—adorable flaqueza femenina—echa de menos los centelleos adamantinos de una corona sobre el rojo unánime de su gorro frigio.

HELIOS

INFORMACION LITERARIA

UNA IMPRESION DE GONGORA .. LAS BELLAQUERIAS ..

Yo he leído esta poesía en un pueblecillo levantino: se titula *La vida del muchacho*. Yo la he leído al anochecer, sentado en un balcón que da á una ancha plaza con una fuente en que el agua cae con perenne murmurio, con una recia iglesia que destaca sus dos achata-das torres en el azul pálido, ténue:

«Hermana Marica,
Mañana, que es fiesta,
No irás tú á la amiga
Ni iré yo á la escuela.»

No, no irá ella á la amiga, ni él irá á encerrarse entre las paredes hoscas de la escuela. Ella se pondrá la saya buena, el cabezón colorado, la toca, la albanega en que recoge sus sedosos cabellos juveniles; á él le pondrán la camisa nueva, las medias de estameña, el sayo de almilla y el estadal rojo que trajo de la feria un vecino. Una tía que él tiene—acaso una de esas mujeres viejas, enlutadas, solas, que besan y abrazan á los niños con efusivas añoranzas de amores remotos y malogrados;—una tía que él tiene les dará un cuarto para que celebren el día: ellos comprarán garbanzos y altramuces. Y luego ella jugará á las muñecas (con Juana, con Magdalena, con las dos primillas Marica y la Tuerta), y él retozará con los demás muchachos fingiendo batallas y torneos.

«Jugaremos cañas
Junto á la plazuela,
Porque Bartolilla
Salga acá y nos vea:
Bartola, la hija
De la panadera,
La que suele darme
Tortas con manteca;
Porque algunas veces
Hacemos yo y ella
Las bellaquerías
Detrás de la puerta.»

Cierro el libro. Y en estos momentos en que el cielo se enturbia y un sosiego profundo, melancólico, se exhala del crepúsculo, pienso en estas lèjanas y dulces sensa-

ciones de muchacho: en ese apretón de manos, en ese beso dado á hurtadillas detrás de la puerta, en esas bellas querías que ya no se borrarán jamás de nuestros recuerdos en nuestra peregrinación dolorosa por la vida. Acaso encontremos en ella goces más recios y violentos: no volveremos á gustar jamás esta miel dulce de los primeros años. Y yo pensaba que el poeta, ya viejo, ya cansado, enfermo, pobre, llegando en sus angustias hasta confesar que quiere echarse á un pozo para acabar con sus miserias, volvía la vista atrás, como un consuelo supremo, hacia esta primera ilusión, tan fugitiva, del amor, de la alegría y de la vida...

J. MARTINEZ RUIZ

Γ GÓNGORA

A PLAUDO la idea de poner sobre el tapete la personalidad extraordinaria del autor de *Polifemo*.

Porque, aunque cause vergüenza el confesarlo, todavía no es del dominio público en España lo que significa en la historia de la poesía castellana D. Luis de Góngora y Argote.

La gente culta, la que pontifica en las solemnidades de la literatura oficial, la que aún pretende someter el vuelo de la fantasía á las rigideces de un dogma más estrecho que las mazmorras del Santo Oficio, continúa, como en la época en que el marqués de Villena esbozaba la fundación de la Academia Española, enseñando que el insigne clérigo de Córdoba fué un talento extraviado, una imaginación fecunda, pervertida por el prurito de singularizarse.

Para los señores á que acabo de aludir, el arte del poeta no tiene mayor dificultad que cualquier oficio manual. Buscar la manera de armonizar las exigencias de la rima con la llana construcción de las oraciones gramaticales, es para ellos el gran secreto de la poesía. Poder decir, después de leer una composición poética «¡Qué bonita! ¡Si parece prosa!», es el más alto elogio á que puede as-

pirar su autor. Claro es que, según estos sabios de Real orden, todo aquél que no se resigne á hilvanar lugares comunes con la aguja de relumbrón de la Retórica, ha de pasar por loco.

Tal es el juicio que el odioso *buen sentido* viene formulando sobre uno de los más grandes poetas españoles.

Cuando Góngora se inspira en la anónima epopeya de la Edad Media y escribe elegantes romances embellecidos con las galas de la fantasía andaluza, la crítica vulgar le encomia, porque entonces llama el poeta *al pan pan y al vino, vino*.

Pero cuando sacude el yugo y esquiva absurdas disciplinas; cuando aspira á crear un lenguaje para la poesía, tan distinto de la prosa como diferente es el modo de sentir del poeta de la manera de razonar del dómine, la gárrula chusina levanta la voz y cubre de denuestos al cantor insigne!

Los que se atreven á pensar y se hacen la ilusión de que piensan porque saben repetir en vulgares términos lo que otros pensaron antes, no comprenderán jamás el valor de las palabras, sino en el sentido directo; y no serán nunca capaces de enterarse de nada que no se les diga en estilo machacón y muy castizo, por el procedimiento insoportable que un poeta ilustre ha bautizado con el nombre expresivo de *literatura del sobre*.

En cambio, para los pocos que saben en España que el poeta es grande por lo que sugiere y no por lo que dice, para los que creen que la palabra tiene un valor gráfico independiente de rancias etimologías y un valor eufónico incompatible con las trivialidades de la prosodia, para los que no conciben al poeta rodeado de libros en la soledad del gabinete, contando por los dedos las sílabas de cada verso y amontonando, con facilidad funesta de prestidigitador, ripios y vaciedades, será Góngora más grande por ser autor de lo que le censuran los doctos otogenarios y los eruditos educados bajo su férula, que por lo que éstos le aplauden, bello, sin duda, pero que no hubiera bastado á señalar los enérgicos.

rasgos que dan carácter y originalidad á la fisonomía literaria del gran poeta cordobés.

Ya se adivina, y hasta con claridad se distingue, esta fisonomía á través de la física eternizada por el genio de D. Diego Velázquez.

La frente espaciosa y la capacidad del cráneo, acusan viva inteligencia y poderosa fantasía. El brillo austero y agresivo de la mirada, denota la independencia del carácter y la confianza en el propio valer. La pronunciada comisura del labio, dice el tesón con que había de perseverar en su campaña innovadora y la osadía con que, espoleado á veces por el orgullo, había de extremar las tendencias revolucionarias de su musa, proporcionando así á la eterna estulticia humana armas para combatirle y pretexto para insultar, con huera declamaciones, la prodigiosa obra del poeta.

En la soledad espiritual en que me tienen los azares de la vida diplomática, bajo este cielo, siempre nebuloso, en medio de estos lagos turbios y de estos nevados bosques de pinos, son para mí una grata compañía las *Soledades* del maestro.

Originales y personalísimas, como esas de ha cerca de tres siglos, acaban de llegar á mis manos las que Antonio Machado cariñosamente me dedica.

Yo, que tuve la suerte de leer, en boceto todavía, varias de las hermosas páginas de este nuevo libro, no creo necesario ponderar con cuán noble alegría saludo su aparición.

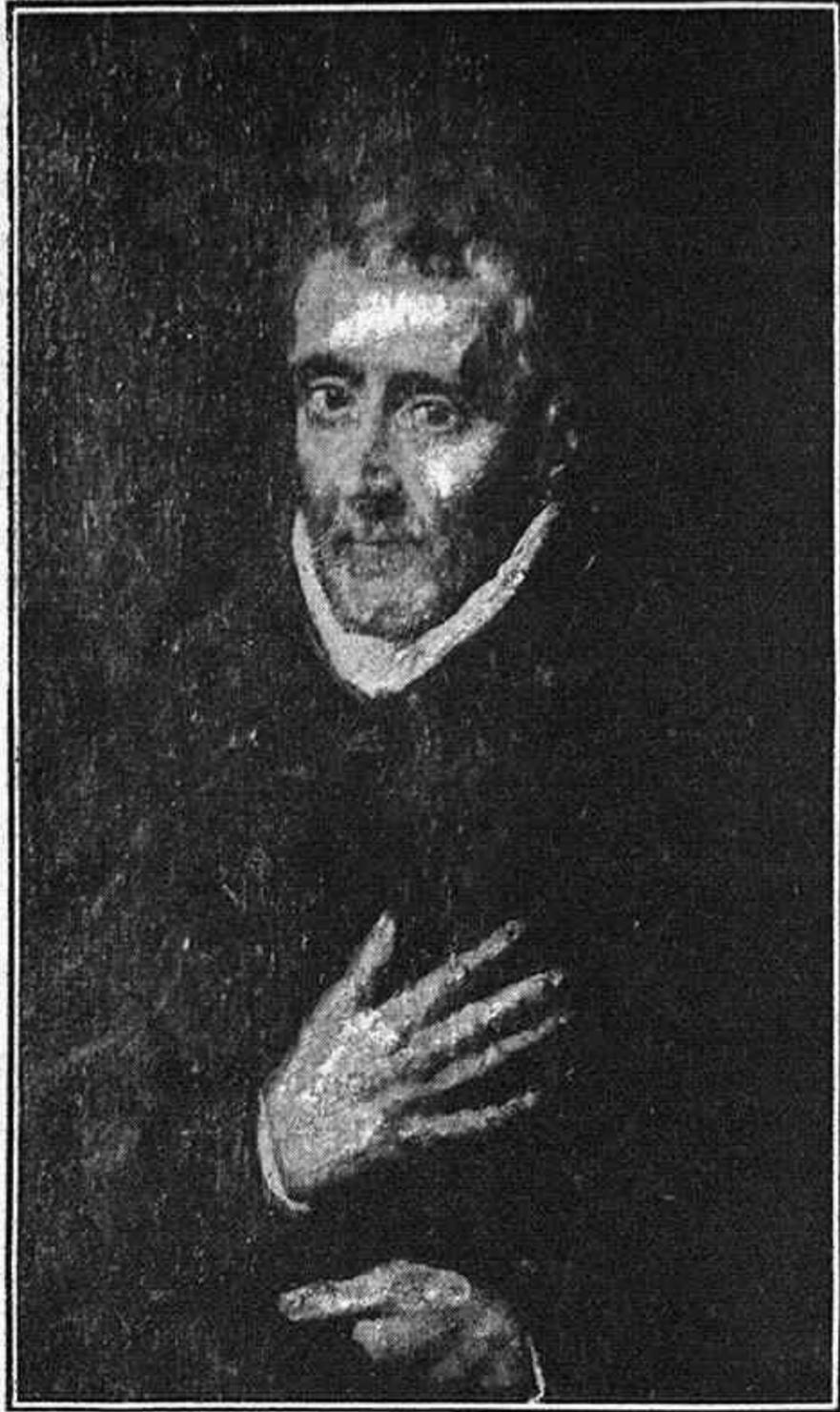
Fruto de las meditaciones y de los ensueños del poeta, en largos y solitarios paseos, esta obra genial deja para siempre esculpidas las recónditas sutilezas de la sensibilidad complejísima y del gusto depurado de su autor.

Unido á él casi desde la infancia por una amistad desinteresada y constante, séame permitido, aun á riesgo de que á alguien parezcan parciales mis elogios, enviarle, con mi aplauso entusiasta, mi fraternal enhorabuena.

ANTONIO DE ZAYAS.

Stockolmo, 23 de Abril de 1903.

DE ARTE



JUAN DE ÁVILA (?) ··· RETRATO
DEL GRECO, QUE SE CONSERVA
EN EL MUSEO PROVINCIAL DE
TOLEDO ··· ··· ··· ··· ··· ··· ··· ···

Es de los varones de dolor, que saben lo que es padecer (Isaías, c. LIII). Lleva la mano sobre el corazón porque su espíritu sufrió profundamente el dolor de la vida. Su mirada es de intensa espiritualidad; sus ojos no estaban oscurecidos por el velo de Maya y brilla en su fondo la luz divina. Comprendió la terrible verdad; pero la expresión de su boca, de inefable dulzura, revela que las lágrimas de su espíritu fueron enjugadas por el supremo consuelo; que vivió en el seno del Padre, en el santo refugio de su pecho, de donde manan los efluvios calmantes, benignos, la dulzura de la palabra de Dios.

Aunque Juan de Avila ya no vivía cuando el Greco llegó á Toledo (1577, según Cossío) puede ser la persona aquí retratada, puesto que Domenico pintó el maravilloso retrato de Tavera mucho después de muerto el cardenal y sin que jamás lo hubiera visto. Pero en esta época se sabe que estaba en Toledo el P. Alonso de Avila, jesuíta, cuya edad, puesto que nació á mediados del siglo XVI, puede coincidir al tiempo en que se pintó este retrato—que pertenece á la última época de su autor, ya comenzado el siglo XVII—con la que representa tener el original.

Su factura corresponde á la más exquisita manera del Greco, la que revela, bajo los rasgos con que su *sabia mano* fija la auténtica impresión sensible del objeto, el sentimiento que despierta. Pero no es el sentimiento tal como inmediatamente va unido á la representación, sino el mismo después de un proceso sedativo de depuración, en que se hace más intenso, más espiritual, desprendiéndose de los elementos afectivos, del *pathos* de la emoción, que perturbaban la claridad y serenidad del espíritu, pues entonces es cuando emerge de su fondo la idea que en él reside, la viva realidad que entraña y cuando en éstas aguas transparentes y serenas iluminadas por luz interior, se produce el santo amor á la idea, en cuya vida son creadas, dolorosamente, las obras del arte verdadero.

...En este amor se engendraron los ángeles femeninos é infantiles del Greco y sus místicas orantes, de cuya gracia y espiritual consistencia se prenda nuestro corazón.

J. L. R.

QUEROL... BENLLIURE... BLAY
 CRÍTICA PSICOLÓGICA

CREO con los modernos que el arte más perfecto es el que más se acerca á la verdad; pero creo también que el artista ha de elegir para reproducirlas, aquellas verdades que más se aproximen á la belleza. Como tendencia, la fealdad en el arte plástico, el inmoralismo carnal en la literatura téngolos por degeneraciones malsanas, indignas de acogerse bajo las alas cándidas del ideal. Verdad que el arte es buen disfraz de las ideas antihermosas; pero creo que prostituye su inspiración quien la lanza—veladora oropelesca de podredumbres—á los bullicios de un carnaval cualquiera. Y no es que me seduzcan las obras atildadas y correctas; prescindo ahora del procedimiento, de la habilidad técnica y hablo de la hermosura formal y del interior reflejo comunicado á la materia por el espíritu.

Dice Maeterlinck: «Hay tiempos de la historia en los cuales el alma sube á la superficie de la humanidad.» Cierto, y en tales tiempos, el arte, á pesar de la imperfección de la forma, es bello. Así en Egipto. Hay edades de la humanidad en que el alma duerme. ¿Muere en ellas el arte? No; mas para vivir ha menester la hermosura maravillosa de la forma. Así en Grecia.

¿Habrá en esto que digo contradicción? No lo creo. ¿Confusión acaso? Todo se reduce á la sencilla fórmula siguiente, casi matemática.

Factores del arte: hermosura y espíritu. Juntos son maravilla; separados, triunfan por poderosos; cuando ambos faltan, la más exquisita perfección de procedimiento no puede crear obra artística. Tal es mi criterio de arte en general. Y pienso que el artista no confinado en la torre de marfil, sino habitante voluntario en el huerto cerrado de la paz, ha de ser dominador de su obra, tirano de su

idea, maestro de su propia inspiración, soberano señor en la república de sus ensueños.

Viniendo á la escultura, pienso que debe ser el trono de la serenidad soberana, y creo único lenguaje que en este arte debe hablar la belleza, el desnudo; y adoro la línea en sus serenidades y en sus atrevimientos; pero abomino de ella cuando, halagadora del gusto, trueca la grandeza en molicie y se hace cariciosa. Estimo á los forjadores de lindas obras, únicamente como á propagadores de la idea artística entre los incultos; labor noble es, por cierto, ganar prosélitos á la belleza, ir poco á poco levantando los ojos de la multitud por gradaciones insensibles hasta la visión purificante; pero el que crea franca, solemne y despreocupadamente belleza por belleza, y sin halagos, ese es artista.

Pláceme la ligereza cuando es de buena ley, producto inevitable de un espíritu alegre; pláceme la elegancia que como sonrisa anima una obra; mas la grandiosidad, aunque no sonría, es corona y es luz y es esencia misma del arte escultórico.

Tenemos en España tres buenos escultores, ó más bien hay en el mundo del arte tres buenos escultores españoles. Y que por cierto tienen la rara propiedad de resultar incomparables; tan distintos son. No columnas de un pórtico, árboles de un jardín, en el cual fuesen, Querol el roble—ara antigua de drúidicos misterios,—Benlliure la fronda florecida de un almendro; Blay, la copa hierática de aquel ciprés ensoñador.

Es generalmente la escultura de Querol sóbria, con la serena sobriedad de la idea que vive, porque es hermosa: en alguna de sus obras destaca tan soberana esta cualidad, que sobrecoge; parece que la obra se formó en una pieza, cristalizada y limpia como un soneto. Y luego es esta sobriedad severa, con austeridades de culto; Querol en el respeto á su arte es sacerdote, y su cincel como que va oficiando á un tiempo sobrecogido y orgulloso dentro del templo de la idea. Por eso su labor, en lo hondo de un paganismo deslumbrante de forma, guarda reflejos

místicos, lumbradas de creyente, claridades purísimas que la visten de espiritualidad. Es poeta cuando concibe, y gran poeta, el autor de *La Tradición*; pero es poeta épico; sus monumentos, estrofas rotundas, surgen con arrogancia. Y he aquí una de las mejores páginas en la vida artística de Querol: sus monumentos. Tiene para idearlos—él, griego por esencia—el empuje verdaderamente romano. Surgen, he dicho, surgen como el caballo que surgió de las aguas á la voz de Neptuno, grandes y tembladores de entusiasmo.

Respecto á escuela creo á Querol muy griego; pero respecto á espíritu téngole por retoño de la cepa española de Montañés y Alonso Cano; lleva, como ellos, marcada en indelebles caracteres la austeridad de aquesta católica raza. Es hombre del Norte, pero del Norte levantino, de la Cataluña que mira junto á la sombra de los montes las aguas azules del Mediterráneo. Y así es su obra: la cuadruga rutilante de Apolo, y sobre ella una cruz.

La corrección absoluta en el dibujo y el dominio perfecto del procedimiento, son características de su arte; puede afirmarse que ni el cuerpo humano ni las maneras de reproducirle guardan secretos para él. Además, tiene—¿quién puede saber si adquirido ó innato?—el talento de *encajar* con precisión incomparable, y posee el don que pudiéramos llamar *ubicuidad de perspectiva*; sus obras, contéplense de donde se contemplan, son armónicas, estables, serenas y componen siempre. Esta cualidad es apreciable, sobre todo en sus monumentos, no porque en ellos se destaque más claramente—hasta el menor de sus bustos la posee en grado máximo—sino porque en esta clase de obras, por su misma grandiosidad y complicación, es harto más difícil de conseguir. Mérito supremo de Querol—todo el mundo lo sabe, pero, ¿no hay que decirlo?—es el haber traído la escultura española á sendas de realidad; ha sido el campeón del realismo, triunfante á pesar del escándalo producido por sus primeras obras, por aquel admirable *San Francisco curando á los leprosos* en el que tantos, cegados por tinieblas de convenciona-

lismos, creyeron ver desacato á las leyes eternas de estética, cuando sólo era rompimiento de teorías académicas, aherrojadoras sempinternas de la fresca y lozana verdad. Y esta labor de realismo es contraste fiel del arte verdadero, porque habla de esfuerzo tenaz, de estudio hecho á conciencia, de muchas horas tediosas y amargas, de todo lo que santifica una labor de arte, porque es sangre de la inteligencia vertida sobre ella.

A Benlliure un hada buena le hizo, sin duda, el dón amable de la gracia. La pompa de sus obras es elegante pompa de mujer bonita; por todas ellas corre una sonrisa sensual. Si la imaginación de Querol es potente, la suya es florecida: pero no hay una lágrima sobre ninguna de sus flores. Ligera siempre, á ratos loca, en toda ocasión llena de gracia, á un tiempo ingenua y sabia. Cincel habilidoso, técnica refinada: demasiado pictórico, y aun acaso *efectista* en detrimento de la bondad de la obra. Es un meridional que se durmió en Valencia y despertó en Italia. Parece que sobre su arte, hecho de aire y de espumas, llueven rayos de sol. Alcanza la perfección de su arte en las estatuas, que modela con delectación casi pueril en fuerza de cuidadosa. Es en la factura primoroso.

Sin complacencias pecaminosas, ha sabido comunicar á toda su obra sabor amable que le ha abierto sin lucha el camino del triunfo. La libertad airosa, el desenfado gallardo de su inspiración le han conquistado una corona en que hay tantas rosas como laureles. Y no ha de tenerse en menos esta deliciosa feminidad. Nadie ha menospreciado á Goya por haber puesto alma de mujer en sus admirables retratos de mujeres. Lo *femenino* en arte—digo á lo delicado, femenino,—vive con vida propia, fuerte como la fuerte virilidad. Hase dado por esos mundos de Dios en llamar con el horrible nombre de *arte macho* al arte digno de vivir: yo creo, con muchos, que el arte no tiene sexos, sino cualidades: bueno y malo, esto es todo. Y venga lo bueno de donde viniere.

...Y mientras la escultura de Querol canta y solloza, y la escultura de Benlliure ríe, la de Blay, el lejano, en-

sueña entre brumas. Tiene Blay mucho espíritu. El alma ensoñadora y atormentada del siglo, el alma sibilina de París trasciende en su obra de misticismo inquieto y melancólico. Blay no es un heleno como Querol, ni un italiano como Benlliure; no es tampoco español como ellos, es francés, y su escultura, nacida en el regazo de la gran Babilonia. Aquí llegan mensajeras, imágenes de su obra, bien pocas veces la obra misma, y nos saben á cosa lejana y delicadísima, y las gustan algunos, los que han aprendido á gustar delicadezas, con verdadero placer; pero las multitudes no saben de él, porque para los muchos nunca tiene razón el que está lejos. Además, la escultura de Blay es harto íntima para llegar á todos. Descúbrese apenas la materia, velada tras un cendal de ensueños, y el espíritu que aparece es complicado y acaso amargo, poco atractivo para los inconscientes. No tienen sus estatuas aquel empuje soberano, merced al cual, según uno de los críticos de Rodin «l'amplification de la fougue devient la serenité,» Su serenidad nace, por el contrario, de la serenidad misma, y su fuerza emotiva de la santa y melancólica delicadeza.

Dice Bernard hablando también de Rodín: «La forma se convierte en vida; primero hace los hombres y después los anima, ó mejor dicho, viven en cuanto son perfectos.» Tengo para mí que el procedimiento de Blay es diametralmente opuesto; toma la vida, su vida interior, y después le da forma; primero hace vivir la idea. y luego, pesaroso, la envuelve en ropajes de carne. Por eso el elemento material resulta en ellas siempre doloroso. Es Blay en la factura correcto y atildado; posee el dejo de buen tono, el aristocrático empaque propio de la moderna escuela francesa. Así son sus figuras como estrofas de Baudelaire, de insidiosa tristeza y de ritmo perfecto; dejan como una estela suspirante en el alma del contemplador. Su desnudo es castísimo y gusta de velarlo arrebuajándolo en lienzos litúrgicos: de sus estatuas, algunas parecen dormidas en el fondo de inacabables ensoñamientos.



Si se tratara de alzar un monumento á la Verdad, yo bien sé que Agustín Querol, irguiéndola desnuda, la cubriría de majestad y triunfo; pienso que Blay habría de envolverla en los cendales místicos caros á su melancolía, y sospecho que al cuerpo airoso habría de ceñirle Benlliure vestimenta de encajes.

Y de estas tres verdades, ¿cuál la verdad que en arte se llama perfección? Bien cierto estoy de que la mayestática, la triunfal, la desnuda fuera mi preferida; porque para mí, grandes artistas los tres, el que más en la totalidad de su obra se ajusta al concepto verdadero de la escultura, es Agustín Querol.

G. MARTÍNEZ SIERRA



FÉMINA

•• DE LA INFLUENCIA SOCIAL DEL
CELIBATO SOBRE EL FEMINISMO ••
CAPACIDAD POLÍTICA DE LA MUJER

EN un admirable artículo publicado en la *Revue de Morale sociale*, Raoul de la Grasserie escribe sobre la proposición entrañada en el epígrafe. Y dice á este propósito: El derecho de la mujer parece una protesta contra el del marido, una disminución conyugal de éste, y tendrá por adversarios á todos los que respeten el principio de autoridad. ¿Cómo admitir que una mujer, que ha transmitido á su esposo la administración y, de hecho, la disposición de todos sus bienes, conserve sus ideas políticas y sociales y pretenda hacerlas prevalecer enérgicamente? El feminista más acérrimo debe reconocer esta inconsecuencia. El matrimonio es muro donde se estrella lamentablemente la autonomía femenina y el mayor obstáculo á su admisión, en particular al electorado. Por eso, si se trata de elegibilidad, la objeción es más poderosa. Consigue la mujer su candidatura, y he ahí destruída de golpe la autoridad marital: el marido es quien tiene ahora que aislarse en el hogar, cuidar de los hijos, obscurecer su personalidad y ¡caso extremo! implorar la protección de su esposa. Los papeles se han cambiado; la mujer se ha convertido socialmente en hombre, y por lo mismo, el hombre hase rebajado á la categoría de mujer.

Sigue la Grasserie argumentando: Si á tan falsas consecuencias conduce este cambio, esta inversión social-sexual, digno es de que reparen en él todos, especialmente los hombres que ven sus intereses personales amenazados de muerte... Si esta suerte cupiese á nuestra hija, si llegase á ser elegida y á entrar en el Parlamento, nos enorgulleceríamos y no nos opondríamos; pero... se trata de nuestra mujer, y eso ya es otra cosa; preferiríamos ver triunfar al adversario, y si votásemos, sería contra ella. Por eso, cuando disintimos acerca de la admisión de las mujeres á los derechos políticos, siempre nos colocamos en la hipótesis de la mujer casada; pues, de esta suerte, estamos seguros de la oposición sistemática de todos los maridos... ¿que digo de todos los maridos?... Y de los que están en potencia de serlo y de los que lo han

sido. ¿Con qué partidarios contamos entonces para defender esta subdivisión del feminismo?

Por otra parte, esta cuestión toca á dos intereses, tan sagrados cada uno de por sí, que dan lugar á grandes vacilaciones; estos intereses son: el de la autonomía de la mujer y el del lazo de la familia; son tan fuertes y tan opuestos, que parece imposible conciliarlos. Perplejo se ve todo el que no mire las cosas superficialmente, sin penetrar en su fondo. Acción impía parece romper los vínculos del hogar, del hogar respetado por todos los pueblos, y al llegar á este punto, se duda ó se retrocede instintivamente. Cierto es que tras este temor se oculta un puro fantasma, que se desvanece á la luz del sano criterio; pero ha sido la impresión tan fuerte, que la mente conserva durante algún tiempo el temblor de que fué acometida. No sólo en materia de derechos políticos, sino también en lo civil, exageran y llevan hasta el fanatismo sus opiniones los innovadores del feminismo en el matrimonio, por lo que atañe á la persona y á los bienes de la esposa, y siempre por los mismos motivos, á saber: la autoridad y el predominio del marido, el interés de la indivisibilidad de la familia y el de los hijos. La mujer debe sacrificarse á todo esto, y en este sacrificio encontrará su felicidad; simple agente de transmisión de la raza, debe contentarse con cumplir este destino; su aniquilamiento jurídico y moral es tan natural, que no exige ningún esfuerzo. Así, la mujer separada de bienes, es un verdadero fenómeno en los países de comunidad; la mujer divorciada en los países de simple separación de cuerpo, la casada en segundas nupcias y con hijos en todos los países, es opinión corriente que, una vez casada, se debe á su marido, cualquiera que éste sea, y viuda, á sus hijos. Quien reina sobre la familia es, hasta el presente siglo, el marido ó la sombra del marido. Desde este punto de vista económico, el régimen de comunidad es la enérgica expresión de un sistema que todos adoptamos.

El interés del hombre en el matrimonio es, pues, el gran obstáculo á la admisión del feminismo. Sería, no obstante, erróneo creer que esta situación es la única considerada en este sentido. La mujer no sólo debe ser dependiente del hombre, sino reputada incapaz. Lo es, en efecto, no por naturaleza, sino porque la sociedad la ha hecho tal. Se le ha privado de toda instrucción útil, se le ha tenido alejada de los negocios, excluída de las discusiones políticas. En otros tiempos estaba continuamente encerrada en casa; hoy se le permite respirar el aire libre,

pero con grandes restricciones, en muchos países, acompañada invariablemente hasta llegar á cierta edad, obligada á ceremonias religiosas y mundanas que le alejan de todas partes. Primero estaba bajo la tutela perpetua, sujeta al dominio paternal, después al marital, no emancipándose por completo con la viudez. Siglos se necesitaron para que esta tutela cesase. Hoy día la mujer mayor de edad y celibataria disfruta plenamente de sus derechos civiles y sólo se somete á sujeción cuando contrae matrimonio: pero continua excluída, lo mismo que la mujer casada, de los derechos electorales. Hemos proclamado los *derechos del hombre*, pero, como no dimos á esta palabra su sentido lato, los *derechos de la mujer* no se tuvieron en cuenta para nada.

En presencia de esta situación, ocurre preguntar: ¿Es practicamente posible hacer prevalecer, contrariando la opinión pública en muchos países, la admisión de las mujeres á los derechos políticos? Aún en los países más favorables al feminismo, (Inglaterra y los Estados Unidos), el gobierno federal ó central se opone al electorado femenino: el Estado de Wyoming y la Nueva Zelandia son excepciones. El dominio del feminismo es muy extenso. No basta que las mujeres puedan ser testigos y hasta fiscales, para abrir una brecha en los prejuicios masculinos: el primer derecho es una ventaja, más que nada, para el público, y en cuanto á la profesión de abogado, es tan disputada entre hombres, que admitir á las mujeres viene á ser una galantería legal. Pero el feminismo integral debe dividirse, no por disminución de principios, sino por una táctica necesaria.

La que vamos á exponer, nos parece nueva y eficaz: La mujer celibataria disfruta de todos los derechos civiles ó de casi todos; la mujer casada, sólo tropieza con el obstáculo del marido: esta dificultad, puede ser lentamente allanada, se puede escoger entre varios sistemas: el de la separación, que existe ya, asegura, en lo que respecta á los bienes, la autonomía de la mujer. De los bienes, la independencia se extenderá á la persona; el divorcio ha sido un movimiento muy eficaz en este sentido, sólo se trata de hacer su acción más extensiva. Entonces, y únicamente entonces, podremos hablar de derechos políticos. La mujer formará parte, primero de los consejos de familia, luego de los consejos de beneficencia, por fin, de ciertas asambleas locales. Cuando este uso anglo-americano se haya extendido en el continente, la mujer penetrará en todos los demás consejos puramente administrativos. Fi-

nalmente, en época aún muy lejana, la mujer será elegible y podrá sentarse en el Parlamento. Tal es el porvenir vislumbrado por los más audaces.

Este proyecto tiene un inconveniente capital: el de aplazar indefinidamente el advenimiento de los derechos políticos de la mujer. Otro más grave aún, y es, que la priva del instrumento necesario para dar validez á los demás. Por espíritu de sexo, el hombre no votará jamás francamente las leyes favorables á la mujer, no lo hará, sino con gran lentitud, con mil restricciones, enderezadas á depravar y hacer inválida la ley adoptada. Otros medios hay de introducción parcial de los derechos electorales femeninos, que no deben ser puestos en práctica.

Como hemos dicho, la introducción integral del feminismo en la esfera política traería graves inconvenientes. El primero consiste, en que la opinión pública en masa lo rechazaría. Hay otro más serio, y es que, si se duplicase el número de electores y elegibles nuevos, de no gran capacidad, ó por lo menos no habituados al sufragio, esta brusca admisión podría ser un arma que se volviese contra el feminismo, por no saber manejarla.

Hay un medio que impediría tales resultados y que sería favorablemente acogido por el público.

Se trata simplemente de anular una antigua fórmula. Todo el mundo cree, que, en efecto, las mujeres tienen derecho á colaborar en la institución de leyes que se ven obligadas á guardar. Esto es lo generalmente admitido. Pero, he aquí, que esta generosa concesión tropieza en su camino con el esposo; y, toda vez que el hombre es más capaz, más fuerte, más externo, por decirlo así, más apto para la vida activa, la mujer casada, no puede, sin su autorización, disponer de nada: con mayor motivo, pues, no podrá ser elegida ni elegir, porque se vería en el caso de anular, de disminuir el mando de su señor y soberano, que estaría subordinado en la vida civil y pública á su mujer. Ello, parece repugnar al buen sentido. Pues bien: esta idea, dominante en tiempos pasados, ha perdido hoy su fuerza, aunque se conserve en parte. «El marido, soberano y señor de la familia»: he ahí la fórmula que se trata de anular, la fórmula envejecida, como la de todo poder tiránico. Y del mismo modo que los reyes absolutos andan de púrpura caída, el marido tampoco puede ya ser más que *constitucional*...

MARGARITA MARÍA DE MONTERREY.

LOS LIBROS

CHRISTIAN CORNÉLISSEN ··· THÉORIE

DE LA VALEUR ··· PARÍS, 1903 ··· ···

Dos grandes doctrinas se disputan hoy, por lo que al valor se refiere, el campo de la Economía social: la *utilitaria*, representada principalmente por Böhm-Bawerk, de la escuela austriaca; la del trabajo, á la cual dió un relieve extraordinario Marx. Según la primera, lo que determina el valor de las cosas es su utilidad, su utilidad límite, la del último átomo, conforme á la fórmula de Gossen; se prescinde aquí en absoluto del trabajo como elemento determinante del valor; no hay, en último término, más valor que el de uso; el valor de cambio se fija en virtud de evaluaciones subjetivas de compradores y vendedores, sin que intervenga para nada el costo de producción de los objetos. Para Marx, en cambio, como para Roolbertus, como para todos los economistas de la escuela Smith-Ricardo, el fundamento del valor es el trabajo humano cristalizado. Aquí se prescinde en absoluto de la utilidad, del valor de uso, y se identifica el valor de producción precapitalista, puesto que se atiende únicamente al valor de trabajo con el de cambio.

Claro es, que ambas doctrinas son limitadas, incompletas. La utilitaria, al pretender que no hay más valor que el de uso, al olvidar lo que en el valor objetivo representa el elemento trabajo en la producción precapitalista, el elemento capital en la actual producción burguesa, se aparta de la realidad, se convierte en una logomaquia indescifrable, dando á las fórmulas y esquemas la importancia y el espacio que debiera reservar para los datos de la vida social. La doctrina que representa Marx, prescindiendo en absoluto de la utilidad, del valor de uso, se aparta igualmente de la realidad y lleva á conclusiones del todo falsas, tales como la famosa doctrina de la plus-valía, dando, á la larga, origen á la no menos famosa doctrina de los *hombres prácticos*, según la cual, los pueblos como el nuestro, del que se asegura, sin que sepamos por qué, que ha venido hasta el presente padeciendo empacho de idealismo, deben inspirarse, para llegar á la suspirada regeneración, en el positivismo de Demolins y de Sergi, cuando lo que de fijo les hace falta, es buscar idealidad y horizontes en los discursos de Fichte, á la nación alemana.

De completar una y otra doctrina, de recoger lo que en las dos hay de cierto, se encarga Cornélissen. Resulta así una teoría del valor, en la cual, se da al elemento utilidad y al elemento trabajo, la debida importancia. El cambio de los objetos, se manifiesta influido por el valor de uso de los mis-

mos, y por el costo de su producción. Tal es la conclusión á que llega Cornélissen. Su libro, de tendencias comunistas, lo cual debe importarnos muy poco, no es, ni con mucho, de los que se leen en una tarde.

HENRI HAUSSEER
 . . . L'ENSEIGNEMENT DES SCIENCES
 . . . SOCIALES . . . PARIS . . . 1903.

CADA época tiene su idea-fuerza. Fué lo religioso la musa que inspiró á la Edad Media todas sus grandes creaciones. Fué lo político el gran resorte de la actividad durante la Edad Moderna. En nuestro mundo novísimo, la gran preocupación es lo social. De religión, como el ilustre Alfredo Calderón hacía notar en un maravilloso artículo, sólo se ocupan los que viven de ella. ¿Quién escucharía hoy á Pedro el Ermitaño? ¿Quién seguiría á Godofredo de Bouillon? ¿Quién abandonaría hogar, familia, fortuna, para ir á reconquistar el Santo Sepulcro? ¿Qué Tasso cantaría la Jerusalén libertada? Los problemas políticos han pasado á segundo término. ¿Qué pueblo sacrificaría hoy su tranquilidad, su dinero, su sangre á la palabreja sonora de *equilibrio europeo*? ¿Quién se lanzaría á una guerra como la de sucesión al trono de España á la muerte de Carlos II? ¿Quién secundaría la obra de un Luis XIV? La cuestión de las cuestiones es hoy la cuestión-social. Si se quiere que los viejos ideales interesen á las generaciones nuevas, es preciso que respondamos á la gran aspiración de nuestra época. Hablaré así de cristianismo social, de política social...

No sólo surge una ciencia nueva, la sociología, la *ciencia social*. La tendencia, el sentido social, manifiéstase en las ciencias viejas. La historia ha dejado de ser una lista de reyes y de batallas; ya no la llenan la vida de los príncipes y los hechos militares; va poco á poco estudiando los *petits faits*, convirtiéndose en historia del pueblo, de la civilización, en *historia social*; no es ya un Marx, es un Rogers quien habla de *sentido económico de la historia* y asegura que la guerra de las *dos rosas* no hubiera durado cien años si Inglaterra no ejerciese en aquella época el monopolio de la lana que Flandes necesitaba para sus tejidos. La moral ha dejado de ser algo que importa puramente al individuo; las colectividades, los grupos, tienen también su aspecto ético; de aquí una *moral social*. La misma psicología, está influenciada por la tendencia nueva; no se concibe al yo, sino en su medio, en relación con él, con los medios pasados de que es consecuencia el actual ambiente; de aquí esa *psicología social*, que cuenta ya con estudios como los de Tarde, el de Le Bon sobre las muchedumbres, los de Boutmy sobre los pueblos inglés y americano, y el de Fouillée, recientemente publicado, sobre los pueblos europeos. Al lado de la moral, de la

psicología, prodúcense una *filosofía*, una *estética* y una *metafísica sociales*. Hasta en las Ciencias naturales y médicas, se manifiesta el sentido moderno. Quetelet, hablaba ya en 1835 de *física social*. Duclaux dió, no ha mucho, á la estampa, un notab'e tratado de *higiene social*. Ni aún la literatura pudo escapar á esta corriente avasalladora. Hay una *novela social*, un *teatro social*.

Dar una idea de este grandioso movimiento, en lo que respecta á la enseñanza, es el objeto del libro de M. Hausser. El ilustre autor de *Ouvriers du temps passé*, nos ofrece un cuadro completísimo, de un interés extraordinario, de las instituciones consagradas en los diferentes países á la difusión de la ciencia social. Toda una revelación para esos *hombres de Estado*, que se ríen de los que hablan de dar á los viejos programas políticos un contenido que responda á las exigencias de nuestro tiempo.

ALVARO DE ALBORNOZ

.. «EL MAYORAZGO DE LABRAZ», ..

NOVELA DE PÍO BAROJA.

LIBRO extraño y triste el del distinguido escritor vascongado. Pertenece Pío Baroja á esa nueva generación de artistas y escritores, de que habla el autor de *Tristeza contemporánea* y que, como el personaje de *Rosmersholm*, buscan anhelantes, pero en vano, «un pobre ideal». De entre las páginas de sus libros se exhala un perfume evocador de otros tiempos y otras vidas, perfume de cosa muerta y perdida en las lejanías del recuerdo, como de entre las hojas apolilladas y amarillentas de los *folios*, en las viejas bibliotecas monásticas, surge, como una idea, la diminuta mariposa que en sus pliegues tenía la guarida.

¡Oh, las cosas viejas que el poeta cantara!

«Las cosas viejas, tristes, desteñidas,
sin voz y sin color, saben secretos
de las épocas muertas, de las vidas
que ya nadie conserva en la memoria,—
y á veces á los hombres, cuando inquietos
las miran y las palpan, con extrañas
voces de agonizante, dicen, paso,
casi al oído, alguna rara historia
que tiene obscuridad de telarañas,
son de laúd y suavidad de raso.

.....

Valle-Inclán dijo hace años, hablando de *La Casa de Aizgorri*, otra novela de Pío Baroja: «*La Casa de Aizgorri* es una casa hidalga y triste, con largos corredores oscuros y angostas ventanas de montante, donde se queja el viento lúgubremente. Las grandes salas, entarimadas de rogal, austeras y silenciosas, guardan, con el perfume de las manzanas agrias y otoñales, que maduran al sol, puestas sobre el alfeizar de las ventanas, el recuerdo lejano de otras vidas... Todo

el libro es así: una lejanía de niebla por donde pasan vidas de ensueños».

Lo que el ilustre escritor dijo entonces de *La Casa de Aizgorri*, puede hoy repetirse del *Mayorazgo de Labraz*. Su lectura produce la misma impresión penosa de las cosas de ensueño, de pesadilla mejor, que la lectura de *La España Negra*, del sombrío Verhaeren. Yo he releído los capítulos en que el gran escritor belga habla de Vizcaya, y mi espíritu continuó experimentando, *sufriendo*, la misma impresión que le había producido el *Mayorazgo de Labraz*.

Hombre de su tiempo Pío Baroja, obsérvanse en él las influencias de los dos grandes hombres, á cuyo alrededor se agrupa la juventud actual. Ruskin y Nietzsche. Del primero, toma su desprecio por las cosas vulgares, su odio al maquinismo, y encarna estos sentimientos en el delicioso Mister Bothwell Crawford, el inglés extravagante y original, como tal vez en la adorable Marina, la niña soñadora y romántica, que se contrapone en todo á su hermana Blanca, tipo del equilibrio y de la vulgaridad.

A Nietzsche se le recuerda en muchas ocasiones. Por ejemplo: en los sentimientos aristocráticos de Bothwell y su panegírico de los grandes hombres, entre los cuales incluye á César Borgia, el refinado artista del crimen; en el modo de presentarse D. Ramiro á Micaela, como hombre en quien predominan los instintos, las grandes energías de los temperamentos fuertes.

Tales son las impresiones, que produce la lectura de la última novela de Pío Baroja, hermosa de modo sombrío, con la vaga y poética hermosura de un jardín abandonado, en una pintura de Rusñol, ó de uno de aquellos lienzos oscuros del «gran caballero y gran samiota», por quien brinda mister Bothwell Crawford.

F. M. TURNER.

LO INCONSCIENTE

.. .. . POR EL DR. COSTE

HAY en nosotros dos seres, dice el Dr. Coste, que tienen una impresionabilidad diferente y obran cada uno á su modo: estos dos seres son el sér consciente y el inconsciente. El primero, el sér consciente, percibe algunos de los fenómenos que nos rodean, pero sólo uno después de otro, porque no puede conocer más que una cosa á la vez; piensa, razona, quiere intervenir en todos los actos de la vida en que el pensamiento reflejo, «la conciencia del yo», se manifiesta.

El segundo, el sér inconsciente, percibe todos los demás fenómenos que el primero; por debilidad, por distracción ó por costumbre deja de observar y preside á los actos vitales, instintivos y habituales. Coste, que estudia sobre todo el sér inconsciente, le asigna una multitud de facultades: el ser

inconsciente regula nuestra vida física y el funcionamiento de nuestros órganos; es el que nos hace tener una salud mayor ó menor; el que resiste el frío y el calor; el que adapta nuestro cuerpo á las diferentes circunstancias; el que determina los sentimientos de alegría ó de tristeza, las simpatías ó las antipatías; el que posee y conserva, en fin, las ideas fijas, las ideas morales y las disposiciones para el trabajo.

Tiene á veces intuiciones maravillosas y una especie de previsión del porvenir; sin embargo, es muy susceptible de caer en el error y de adquirir malas costumbres, que son el origen de todas las enfermedades y de todos los vicios.

Es el personaje que aparece en los sueños anormales ó en el sueño clorofórmico; es el que permanece despierto en el período hipnótico y el que obedece en el hipnotismo bastante cuando el individuo se hace sugestible, sin estar verdaderamente adormecido. En estos momentos, cuantos buenos consejos les demos se traducirán en salud y moralidad para el individuo total. El doctor Coste da á dos niños muy pequeños excelentes avisos para desarrollarse: á la niña le recomienda pensar en su maestro de música, que es muy alto, é imitarlo. Al niño le aconseja hacer movimientos centrífugos y pensar en su maestro de alemán, que es también de alta estatura.

El autor cree que se podría usar de la catalepsia para desarrollar la fuerza de los músculos y aun la fuerza de la inteligencia. Por desgracia, no nos indica con precisión los resultados prácticos que han podido tener estos buenos consejos. Se puede, según él, hacer sugerencias relativas á los deberes morales que hay que cumplir; se halla esta docilidad del sér inconsciente en muchas circunstancias: los prisioneros que viven en la soledad; los penitentes que se confiesan; los adeptos al espiritismo; los enfermos curados con el *masage* ó la metaloterapia nos ofrecen numerosos y palpables ejemplos. No hay en este libro demostración ni discusión alguna; se contenta con exponer su teoría; verdad es que tal exposición tiene la ventaja de estar hecha con sencillez, con claridad y en un estilo agradable y fácil.

ELY STAR •• «LOS MISTERIOS DEL HORÓSCOPO» •• •• •• LIBRO OCULTISTA

EL ocultismo ó la magia, como se llamaba en la Edad Media, no es en realidad más que una ciencia aun desconocida que será verdadera mañana. Las hostilidades, indiferencias ó desprecios que halla á su paso, son los mismos que los de que ha sido objeto todo esfuerzo científico, inadaptable á alguna época. Es la historia de siempre: el porta-estandarte de una idea nueva es llevado al ridículo ó al martirio, muere pobre, y después de su muerte los demás se enriquecen con lo que él había imaginado. La humanidad no tie-

ne derecho á enorgullecerse de sus adelantos, porque el impulso parte exclusivamente de algunos individuos que son escarnecidos ó despreciados. En tanto el progreso triunfa de las resistencias generales de las masas. Cuando se llega á los resultados, la humanidad se aprovecha de ellos. Pero cuando se trata de abrir camino, siempre cierra el paso. Crucifica á Cristo, hace beber la cicuta á Sócrates, deja morir de hambre á Camöens y quema á Giordano Bruno, Francamente, hay poco de que enorgullecerse, por pertenecer á una raza que trata de esta suerte á sus mejores hijos.

Bien pronto la ciencia no tendrá misterios. Hay libros que ponen la medicina al alcance de todos. Otros que revelan los secretos del hipnotismo y de la sugestión; algunos que enseñan como nos hemos de comunicar con las sombras por medio de los veladores. Conste que las sombras no aparecen por ninguna parte. Ely Star en *Los Misterios del horóscopo*, nos da el procedimiento para averiguar el porvenir que nos está reservado. Se busca en mapas preparados *ad hoc* la constelación bajo la cual hemos nacido. Este primer indicio se combina con el nombre de la familia y también con el apellido. El número de letras que los compongan es de extrema importancia é incontestablemente de influencia sideral. El libro de Ely Star, cabalístico desde luego, es una obra de alta literatura. Imaginar á Alberto el Grande hablando el lenguaje de la pitonisa y tendréis idea adecuada de él.

THE IDEA OF GOD

.. .. . POR PABLO CARUS

DIOS es un hecho abstracto; pero es un hecho, dice Pablo Carus. La virtud existe en los hombres virtuosos, y la idea de la virtud es como una presencia viviente que no podría ser eliminada del dominio ideal del espíritu humano.

Así la idea de Dios no existe como tal deidad, como un sér sobrenatural. infinitamente Sabio y Todopoderoso, Omnipotente y Eterno, limitado á la vez á la existencia personal de un yo como cualquier hombre. Dios existe lo mismo que la virtud. ¿O es que no hay nada de divino en la naturaleza y en el hombre por donde se pueda reconocer la presencia de Dios como una realidad actual? A buen seguro que la idea de Dios será un misterio durante largo tiempo, que nuestros espíritus, ensimismados con la noción pagana de que Dios es una idea concreta ó un fenómeno, no lo penetrarán. Comprenderemos mejor á Dios si convenimos en que es lo que Kant llama un *noumeno*, una idea, si convenimos en que Dios es *la vida moral de la naturaleza*. Esta definición contiene todo lo que hay de verdadero en las definiciones de conceptos análogos, pero está al mismo tiempo ajena á toda especie de sobrenaturalismo y de antropomorfismo. Dios en

este sentido es la vida en su acrescencia y la humanidad en su progreso. Esto es más que una idea: es un ideal; un ideal es una idea viva, esto es, una idea susceptible de realización, siempre progresiva y perfeccionada. Llegaremos á lo que alguien ha llamado *enteísmo*, al concepto de un Dios monista, que es inmanente y no trascendente, que es en ciertos aspectos distintos de la naturaleza, y que penetra sin embargo toda la naturaleza, á un Dios, en fin, que sin ser objeto de culto ó de plegaria idolátrica, nos sea necesario adorar, según las magníficas palabras de Cristo, *en espíritu y en verdad*....

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO.

CANCIONES DE LA TARDE

.. .. . POR J. SANCHEZ RODRIGUEZ

Al leer el nombre del poeta malagueño en la cubierta de un nuevo libro, marcan los labios una sonrisa de agrado; el corazón se promete un día dichoso. La guitarra empieza su rasgueo y al rumor acompasado y triste de sus cuerdas nace una voz de modulaciones largas, voz encantada y vaga:

Dime que me quieres,
que yo me lo crea;
morena del alma, dime que me quieres
aunque no me quieras.

La cabeza cae lánguidamente y se apoya en una mano; el alma se inunda en cosas lejanas; se siente tedio de vivir; la frente se extremece, cargada de lágrimas, y el llanto ciega los ojos, mientras en el paisaje de ensueño la luna melancólica baña la huerta con sus resplandores serenos.

El poeta que supo lanzar esa copla de lo más hondo de su alma, nos ofrece otra vez sobre la blancura de unas páginas la huella de su otoño de tristezas; y éstas páginas exhalan un efluvio de jazmines mustios, de jazmines viejos; olor triste y tranquilo. Sánchez Rodríguez es uno de esos hombres—poetas que traen al mundo, por alma, una lira: hay en sus versos una cadencia llorosa, entrecortada, inextinguible, un dejo sentimental de angustia y de nostalgia; desde luego se advierte que es de los soñadores que se lanzan á la obscuridad llena de flores, de matices, de cosas mágicas y misteriosas. Del ensueño en que su libro nos abisma, surge una figura de poeta joven vestido de negro, nacido fuera de su tiempo, y á su lado, apoyada en su hombro la figura de una muchacha triste, vestida de blanco, con la carita pálida iluminada por la luz de sus ojos grandes; esta muchacha, soñadora y santa, pronta, en los giros del amor, á llenar de besos los labios del poeta, y ser pura á mística, á huir del hogar, á secar la fuente de sus lágrimas en su arrepentimiento, voluble sin saber por qué (quizás por ser buena, por ser sumisa), es la que dice entre sollozos, apre-

tando su cara contra los hierros de la reja, con los ojos cerrados y la voz bajita, una noche de tristezas íntimas, noche de desolaciones, con estrellas en el cielo y flores en la tierra:

Cuando tú estés triste,
yo con mis cantares ahogaré tus penas,
y si tú me olvidas,
dejaré sin flores todas mis macetas
y haré una corona
para que mi madre me corone muerta.

Mientras se leen los versos andaluces del poeta malagueño, una serenata invisible acompaña el ritmo de las palabras con una eterna cadencia monótona; la música gitana acaricia el alma, y una brisa cálida y aromada penetra hasta lo más escondido, donde el corazón tiene el secreto vivo y parado de sus desesperaciones. Esta poesía acaricia y hiere; no es rica en detalles, y no lo es, seguramente, porque el poeta mira mucho detrás del horizonte, hacia lo que no se ve; es fresca y melancólica, sin el afán de luz de la poesía de Salvador Rueda, sin la pompa oriental, á lo Emerson ó á lo Castelar, de los versos de Manuel Reina, otros dos cantores de Andalucía; languida, sencilla, llena de quejas, llena de besos, henchida de amor y de piedad:

¿Quién oirá su canción esta noche?...
madre, ¿y cuántos besos le darán por ella?

Hay soñadores que no ven, que no vuelan en la brillantez de la luz, nictálopes, que viven en las tardes de encanto suave, serenas y sonrosadas, y en las noches azules de grandes lunas de plata: estos soñadores buscan sus compañeras por el misterioso sendero del jardín, lleno de sombras y de ramas bajas con luciérnagas en los cálices de sus flores; y allá al lado de los naranjos llenos de azahar, junto á la fuente que canta, mirando las estrellas en el fondo azul del agua, encuentran á las chiquillas tristes, blancas y de enormes ojos negros sombreados de ojeras, flores de sombra que se mueren llorando cuando llega el otoño viejo y frío, Preguntad á vuestro corazón y veréis como os dice que el poeta de *Canciones de la tarde* está ciego en los mediodías de sol.

El libro es corto y termina pronto; al cerrarlo se han quedado prendidas á los labios y al alma las coplas ritmicas y pasionales; y de noche, de día, por las calles, en los parques entre la algazara atronadora de las multitudes y en el silencio de la tarde, bajo el cielo rosa, giran como mariposas sombrías cerca de nuestros oídos, y vibran sus entrecortadas cadencias bohemias en una eterna ronda de compases y sollozos:

Contigo á los cielos;
contigo á las penas;
contigo á la muerte, y en el mismo instante,
y en la misma tierra.

JUAN R. JIMENEZ.

NOTAS DE ALGUNAS

REVISTAS ❧ ❧ ❧ ❧

BOSSERT estudia en la *Revue Bleue* á Schopenhauer como estilista. Las ideas de Schopenhauer sobre el estilo, están definidas en un capítulo de su última obra *Parerga und Paralipomena*. El primer deber del hombre que escribe, es ser inteligible, y el filósofo, á pesar de la dificultad que para ello tiene, dadas las materias que trata, no puede estar dispensado de ese deber. «Los que hablan con frase obscura y afectada, prueban únicamente que no entienden bien lo que quieren decir. No buscan otra cosa que disimular ante los demás y ante sí mismos, que en el fondo no tienen nada que decir. Todo lo que penetra en el cerebro del hombre, puede traducirse en términos claros é inequívocos.» (Cap. XXIII: *Ueber Schriftstellerei und stil.*) Una lengua es una obra de arte, un legado ancestral que se debe tratar con tino y virtuosidad. Platón comenzó siete veces la *República*. Los españoles y franceses solemos preocuparnos bastante del estilo. En cambio, «es un defecto común á los escritores alemanes lo que pudiéramos llamar *subjetividad del estilo*. Consiste esta subjetividad en que el autor se contenta siempre con saber lo que va á decir. En cuanto al que lee, allá se las haya. Se hace un monólogo de lo que debía ser un diálogo.» El estilo es la fisonomía del espíritu, más infalible que la del cuerpo. Imitar un estilo vale tanto como ponerse una careta. Bossert hace notar la semejanza que hay entre el estilo de Schopenhauer y el de Montaigne, testimoniándola con argumentos que Nietzsche exponía en su libro *Schopenhauer als Erzieher*, cuando decía que «tenían un rasgo común, una serenidad peculiar que se comunica al lector. En toda la literatura alemana no hay quien pueda compararse á Schopenhauer, á no ser Goethe. Sabe decir sencillamente cosas profundas, conmover sin declamar y ser estrictamente científico sin pedantería.» Montaigne tiene, positivamente, de común con Schopenhauer la sinceridad, la buena fe y, aunque se haya dicho lo contrario, la «materia de su obra». «No he hecho mi libro — escribe Montaigne; — el libro me ha hecho á mí. Libro consustancial conmigo, miembro de mi vida», y Schopenhauer dijo un día á su discípulo Franenstoedt: «La mayor parte de los libros serán olvidados; sólo subsisten aquellos en que el autor está dentro, y yo lo estoy en toda mi obra (*in meinem Werke stecke ich selbst ganz.*)»

HALPÈRINE-KAMINSKY traduce en la misma revista el noveno capítulo del *Llamamiento al clero*, del conde León Tolstoy. «En su prólogo á la *Vie de Jesus*, dice Tolstoy, el padre Didon proclama su creencia sencilla literal, sin metáforas, en que Cristo resucitó y subió á los cielos, donde

está á la diestra del Dios Padre. Pues bien; yo conozco á un campesino inculto de Samara á quien su confesor había preguntado si creía en Dios, y que respondió categóricamente: *Es mi gran pecado, pero no creo*. Y explicó su increencia por el hecho de que su vida no está conforme con lo que Dios manda. El padre Didon declara que cree en Dios y en la ascensión de Cristo, en tanto que el *moujik* de Samara dice que no cree en Dios porque no ha cumplido su santa voluntad. Es evidente que el campesino de Samara sabe lo que es la fe, en tanto que el padre Didon la desconoce, y que, á pesar de sus negaciones, aquél cree en Dios y su creencia es la verdadera.»

EN el *Mercure de France*, Jorge Palante estudia el bovarismo de *Une moderne philosophie de l'illusion*, libro reciente de Jules de Gaultier. «De Gaultier—escribe Palante,—parte de un hecho de psicología corriente que todo el mundo ha podido observar en sí mismo, y merced al que Flaubert explicaba la evolución espiritual de sus principales personajes.» Gaultier extiende á la universalidad de las razas este problema particular de la ilusión, que se encuentra ya en el *Sofista*, de Platón, dando lugar al mismo asunto fundamental, á saber: ¿Cuál es el nexo entre el sér y el no sér, entre lo real y la ilusión? Si el Sér ha puesto delante de sí mismo el espejo de la existencia fenomenal, es que este espejo le era indispensable para tener conciencia y poseerse en el conocimiento de sí mismo. Palante llega en su estudio lógicamente á la proclamación de este axioma de idealismo transcendental: «La última palabra del ilusionismo es el subjetivismo absoluto de Protágoras: el panfenomenalismo. No existe más verdad que mi sensibilidad individual y el estado presente de esta sensibilidad. El universo no es, en último término, más que un estado de mi sensibilidad.» Palante es un escéptico: para mitigar en algo su asercion, echa mano de aquel texto de Nietzsche que dice: «El mundo-verdad lo hemos abolido. ¿Cuál es el que nos queda? ¿El mundo de las apariencias? No, porque con el mundo verdad hemos abolido también el mundo de las apariencias.»

EN la revista alemana *Zeitschrift für Psychologie und Physiologie der Sinnesorgane*, volumen XXV, el profesor Witasek diserta sobre *El análisis psicológico de la exteriorización estética del yo*. Ya Lipps, en el volumen XXII de la misma revista, consagró merecida atención á este hecho psicológico el *Einfühlung*. Dos opiniones, igualmente apreciables, se disputan la indagación de la naturaleza de los estados psicológicos que objetivamos ó exteriorizamos en la actividad estética y que atribuimos á un sér ó á un objeto extraño, siendo así que son estados de nuestra propia conciencia. La más defendida de estas opiniones, entiende que tales estados son pensamientos ó emociones reales de nues-

tro yo; según la otra, que hasta ahora sólo ha sido considerada como posible y casi siempre rechazada, son simples reproducciones ó imágenes, esto es, estados secundarios. Witasek acepta y sostiene la segunda opinión, que llama *Vorstellungsansicht*, es decir, teoría de la naturaleza imaginaria de los estados exteriorizados, por oposición á la naturaleza real ó primaria de estos mismos estados (*Actualitätsansicht*). Limita su análisis á las emociones y sostiene, verbigracia, la ingeniosa teoría de que si una obra musical nos produce honda impresión de tristeza, no es porque realmente mane del sujeto exterior á quien atribuimos la tal impresión, sino que es producida por un estado secundario de tristeza, una como imagen de dolor que en nosotros preexiste. Cuidase bien de notar el sabio alemán que entre las emociones provocadas por un objeto estético, las hay reales, como las de la tragedia, que nos hacen experimentar un terror y una compasión que son reales, pero que son también personales. Las emociones exteriorizadas son imágenes de emociones. La prueba de ello es que, cuando estas emociones se producen, las razones que deberían existir para que fuesen reales son deficientes. Lipps ha identificado el *Einfühlung* con el estado de conciencia en la contemplación estética. Witasek hace restricciones sobre este punto. Primero, sostiene que el placer y el disgusto estéticos pueden existir sin exteriorización, y pueden sernos directamente procurados por sonidos, colores, formas. Inversamente, el *Einfühlung* puede existir fuera de la vida estética; esto ocurre cuando adivinamos los pensamientos ó sentimientos de otros hombres. Con todo, la exteriorización del yo y la contemplación estética están estrechamente ligadas, hasta el punto de que, siempre que la exteriorización contribuye á la producción del estado estético, es, por las imágenes de acciones psíquicas que introduce en la conciencia, la causa del placer ó disgusto estético.

EN *The Monist*, el Dr. Carus escribe sobre el *Papel de Kant en la historia de la filosofía*. Analiza el kantismo y sus relaciones con el dogmatismo en particular; con el *Cogito* cartesiano; con el escepticismo de Hume; con el misticismo de Swedenborg (crítica de un artículo de S. J. Edmunds, intitulado *Hints givenby Swedenborg to Kant*. Se puede considerar el idealismo místico de Swedenborg y su teoría de la irrealidad del espacio, como la forma vaga de una idea que flota en el ambiente y que busca forma filosófica.) La segunda parte del artículo trata de las tres ideas que Kant juzgaba dialécticas: la cosmológica, la psicológica y la teológica. En realidad, estas ideas tienen un valor puramente objetivo, y la naturaleza de donde brotan las sugiere al espíritu humano.